Cuaderno de Historia Militar 4

XL Congreso Internacional de Historia Militar (Varna, 2014)

La Primera Guerra Mundial 1914-1918

Comisión Española de Historia Militar

MINISTERIO DE DEFENSA

Cuaderno de Historia Militar 4

XL Congreso Internacional de Historia Militar (Varna, 2014)

La Primera Guerra Mundial 1914-1918

Comisión Española de Historia Militar

MINISTERIO DE DEFENSA

CATÁLOGO GENERAL DE PUBLICACIONES OFICIALES
http://publicacionesoficiales.boe.es/

Edita:

MINISTERIO DE DEFENSA
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

http://publicaciones.defensa.gob.es/

© Autores y editor, 2015

NIPO: 083-15-184-X (impresión bajo demanda)

Fecha de edición: julio 2015

NIPO: 083-15-185-5 (edición libro-e)
ISBN: 978-84-9091-084-9 (edición libro-e)

Las opiniones emitidas en esta publicación son exclusiva responsabilidad del autor de la misma.
Los derechos de explotación de esta obra están amparados por la Ley de Propiedad Intelectual. Ninguna de las partes de la misma puede ser reproducida, almacenada ni transmitida en ninguna forma ni por medio alguno, electrónico, mecánico o de grabación, incluido fotocopias, o por cualquier otra forma, sin permiso previo, expreso y por escrito de los titulares del © Copyright.

ÍNDICE

Página

Presentación 7

XL Congreso Internacional de Historia Militar (Varna, Bulgaria 2014)

Ponencia 1

Buscando la batalla perfecta: Schlieffen y el espíritu de Cannæ. Germán Segura García 9

Ponencia 2

La Primera Guerra Mundial: evaluación y consecuencias para España. Diego Gimeno García-Lomas 23

Ponencia 3

La labor humanitaria de España en la Primera Guerra Mundial. Manuel Gracia Rivas 43

Ponencia 4

Pérdidas de la marina mercante española durante la Primera Guerra Mundial. José María Blanco Nuñez 61

Recensiones 79

Presentación

Incluimos en este cuarto número de los Cuadernos de Historia Militar las cuatro ponencias presentadas por la Comisión Española de Historia Militar en el XL Congreso Internacional de Historia Militar, celebrado en Varna (Bulgaria) del 30 de agosto al 6 de septiembre de 2014, y que estuvo dedicado a la «Primera Guerra Mundial. 1914-1918».

Completamos el presente cuaderno con las recensiones de los libros científicos dedicados al campo de la historia militar de reciente publicación que hemos juzgado relevantes para la historiografía militar de nuestro país.

CEHISMI

XL Congreso Internacional de Historia Militar
(Varna, Bulgaria 2014)

Ponencia 1

Buscando la batalla perfecta: Schlieffen y el espíritu de Cannæ

Germán Segura García
Capitán de Artillería, AGMS

«Para avanzar de modo que uno no pueda ser resistido, carga contra lo vacío...
El agua, al moverse, evita lo alto y se apresura hacia lo bajo.
El ejército, en su victoria, evita lo que está lleno y ataca lo vacío».

Sun Tzu, *El Arte de la Guerra*, (Siglo v a.C.)[1]

Introducción

Un siglo ha transcurrido desde el inicio de la 1ª Guerra Mundial y de la ofensiva alemana en Francia, el verano de 1914. En víspera del estallido del conflicto, Alemania estaba obsesionada por una posible lucha en dos frentes y su estrategia militar se centraba en poner cuanto antes fuera de combate al ejército francés para afrontar luego la amenaza rusa que se cernía sobre Prusia Oriental. El plan de guerra puesto en ejecución en agosto de 1914 fue ordenado por el jefe del Estado Mayor General, Helmuth von Moltke «el joven», si bien estaba basado en una memoria (*Denkschrift*) redactada en 1905 por su antecesor en el cargo, el mariscal de campo general Alfred von Schlieffen. La detención de la ofensiva germana a orillas del Marne, con la consiguiente estabilización de los frentes

[1] SUN TZU, *El arte de la guerra* (Madrid 2004), 55-58.

y el inicio de la guerra de desgaste, pesó negativamente en la imagen que dejó para la historia el conde von Schlieffen, tachado de ser una persona obsesiva, partidaria de los procedimientos mecánicos y con una limitada visión estratégica[2]. Otra corriente crítica, sin embargo, arremetió contra von Moltke por haber desvirtuado el plan original de Schlieffen, intentando así dejar incólume el honor del Estado Mayor alemán[3]. Pero parte de la historiografía, ofuscada a su vez por el fracaso alemán en el frente occidental y la derrota final en 1918, no siempre se ha molestado en indagar en profundidad el pensamiento militar de Schlieffen, reduciéndose sus ideas estratégicas a un plan que incluso algunos autores han llegado a cuestionar su misma existencia[4].

La Historia al servicio de la Estrategia

Alfred von Schlieffen

Entre 1909 y 1913, Schlieffen publicó una serie de ensayos que fueron posteriormente reunidos en un mismo volumen bajo el título de *Cannae Studies*[5]. El general alemán quería demostrar, a través de varios ejemplos extraídos de la historia, que el principio del doble envolvimiento era la pieza clave de la victoria en una batalla. La aniquilación del ejército romano en la llanura de Cannae (2 de agosto de 216 a.C.) a orillas del río Ofanto (*Aufidus*) y frente a un enemigo inferior en número se convirtió en el paradigma de Schlieffen, «*a battle of complete extermination... won by a numerical inferiority*»[6]. En efecto, se calcula que los cónsules Terencio Varrón y Emilio Paulo dispusieron de un ejército de aproximadamente 70.000 soldados mientras que el general cartaginés Aníbal contaba con cerca de 50.000 hombres, sin embargo éste consiguió infligir una aplastante derrota a los romanos a costa de relativamente pocas bajas.

[2] FORSTER, Stig, «Der deutsche Generalstab und die Illusion des kurzen Krieges, 1871-1914: Metakritik eines Mythos», en *Militärgeschichtliche Mitteilungen* (54/1995), 61-95.

[3] GROENER, Wilhelm, *The Testament of Count Schlieffen* (Fort Leavenworth 1936).

[4] ZUBER, Terence *Inventing the Schlieffen Plan: German War Planning, 1871-1914* (Oxford 2002).

[5] VON SCHLIEFFEN, Alfred, *Cannae* (Fort Leavenworth 1931).

[6] Ibíd. 3.

La clave, según Schlieffen, radicó en el doble flanqueo llevado a cabo por el cartaginés:

> *«The hostile front is not the aim of the principal attack. It is not against that point that the troops should be massed and the reserves disposed; the essential thing is to crush the flanks. The wings ought not to be sought at the advanced flank points of the front, but along the entire depth and extension of the hostile formation. The extermination is completed by an attack against the rear of the enemy. The cavalry plays here the principal role. It need not attack "intact infantry", but may wreak havoc among the hostile masses by long range fire. A condition of success lies, it is true, in a deep formation of the hostile forces with shortened front through massing of reserves, thus deepening the flanks and increasing the number of combatants forced to remain in inactivity»*[7].

A pesar del tiempo transcurrido desde la batalla de Cannae, Schlieffen considera que los principales conceptos de la guerra han permanecido inmutables: «*The battle of extermination may be fought today according to the same plan as elaborated by Hannibal in long forgotten times*»[8]. La historia proporcionó al general alemán nuevos ejemplos que parecían confirmar este aserto, aunque no de forma tan contundente como la victoria cartaginesa junto al Ofanto.

Federico el Grande fue uno de los generales más capacitados para dar una batalla de aniquilación con fuerzas inferiores en número, sobre todo en sus brillantes triunfos sobre los austriacos en Leuthen (5 de diciembre de 1757) y sobre los rusos en Zorndorf (25 de agosto de 1758). En Leuthen, el ejército prusiano tenía la mitad de efectivos que el austriaco, si bien Federico utilizó su orden de batalla oblicuo para conseguir la superioridad de fuerzas en un punto del dispositivo enemigo. El orden oblicuo del rey de Prusia fue resumido por el mismo Federico con el siguiente enunciado: «*on refuse une aile a l'ennemi et on renforce celle qui doit faire l'attaque. Par-là vous portez toutes vos forces sur l'aile de l'Ennemi que vous voulez prendre de flanc*»[9]. Federico dejó fuera de combate a un tercio de los efectivos austriacos, pero dada su inferioridad numérica no pudo efectuar la completa destrucción del enemigo. Por ello Schlieffen considera que «*Leuthen could be only a mutilated Cannae*», mientras que «*the turning movement at Zorndorf was executed in a still more effective way*»[10] a pesar de que en este encarnizado enfrentamiento las fuerzas estaban más equilibradas y ambos ejércitos perdieron el tercio de sus efectivos. En cualquier caso, en estas batallas quedó claro que no era fácil ani-

7 Ibíd. 4.

8 Ibíd.

9 *Instruction militaire du roi de Prusse pour ses géneraux* (1761), 144-145.

10 VON SCHLIEFFEN, *Cannae*, 11.

quilar a un enemigo superior en número, ni siquiera de forma parcial, y que la victoria prusiana hubiera sido dudosa si no se hubiera conseguido engañar al adversario ocultando hasta cierto punto la maniobra envolvente. Pero para Schlieffen estaba fuera de toda duda la superioridad del pensamiento militar de Federico el Grande en comparación con sus adversarios:

> *«His aim was to attack from the very beginning a flank or even the rear of the enemy, to push him, if possible against an insurmountable obstacle and then to annihilate him by enveloping one or both of his flanks»*[11].

Napoleón Bonaparte es el siguiente estratega que se asoma a las páginas de *Cannae*. Schlieffen considera que fue capaz de ejecutar a nivel estratégico, con antelación de días e incluso de semanas, movimientos envolventes a gran escala, consiguiendo clamorosos éxitos en el norte de Italia y, sobre todo, en la campaña de 1805 contra Austria. En esta última, después de copar y rendir en Ulm (19 de octubre) a 30.000 hombres del ejército austriaco, Napoleón buscó en Austerlitz (2 de diciembre) una victoria decisiva sobre un ejército austro-ruso que le superaba en más de 10.000 hombres y tenía el doble de piezas de artillería. Necesitaba aniquilar al adversario para forzarle a firmar la paz y separar a Austria y Rusia de la Tercera Coalición patrocinada por el Reino Unido. El genio militar de Napoleón pergeñó una estratagema para atraer a las confiadas fuerzas austro-rusas al terreno por él previsto, mientras los franceses ocupaban el punto central del dispositivo enemigo —la meseta de Pratzen— y conseguían destrozar completamente su ala izquierda.

Napoleón consiguió triunfos similares siguiendo el método de reunir el máximo de fuerzas en la retaguardia o en el flanco de sus adversarios:

> *«He endeavored to assemble his forces on the battle field by only threatening the enemy on his front, while a detached unit was advancing from afar for a flanking attack. This could succeed when the enemy attacked and the detached army unit arrived rapidly. It did not succeed when the enemy preferred to await the attack and the detached unit was held back by a hostile detachment»*[12].

Si el adversario optaba por esperar, el ataque frontal de sus posiciones no era desechado ya que era un expediente válido para distraer la atención del enemigo mientras se ejecutaba el flanqueo. Aunque Napoleón, según Schlieffen, tuvo muchas ocasiones de luchar una batalla de aniquilación por medio de movimientos envolventes, al final de su carrera buscó la decisión de forma más directa, confiando en la capacidad de sus tropas en abrir brecha en el dispositivo enemigo:

[11] Ibíd. 12.

[12] Ibíd. 42.

> *«This brought him to frontal attacks and attempts at piercing. Two of his battles, Borodino and Hanau, may be considered as victorious purely frontal battles. He owed it to his artillery that he was the victor in these combats»*[13].

Los últimos modelos históricos expuestos por Schlieffen corresponden a dos campañas en las que él mismo tomó parte como oficial del ejército prusiano: la campaña de 1866 contra Austria y la Confederación Germánica, y la guerra franco-prusiana (1870-1871).

Helmuth von Moltke «el viejo» era desde 1857 el jefe del Estado Mayor alemán y desde su acceso al cargo había empezado a introducir cambios en la doctrina, armamento y entrenamiento del ejército prusiano. En los primeros lances de la campaña de 1866, sin embargo, Moltke encontró dificultades en desarrollar sus teorías encaminadas a buscar la batalla de aniquilación, cometiéndose innumerables errores de mando y control achacables al extremo grado de independencia de sus generales:

> *«The Prussian generals, notwithstanding their prominence and excellence [of Moltke], could not enter into the cycle of ideas of the gray-haired theorist who had never commanded even a company. They held to the views they had absorbed from Napoleonic principles, which they had misunderstood, and from experience gleaned in time of peace on maneuver grounds. These did not teach them annihilation battles, pursuits, turning movements, and similar phantasies. An enemy occupies a position, the other, having one or two battalions more than the former, attacks. The defeated retreats. The victor allows him to go his way and turns to the problem of the following maneuver day»*[14].

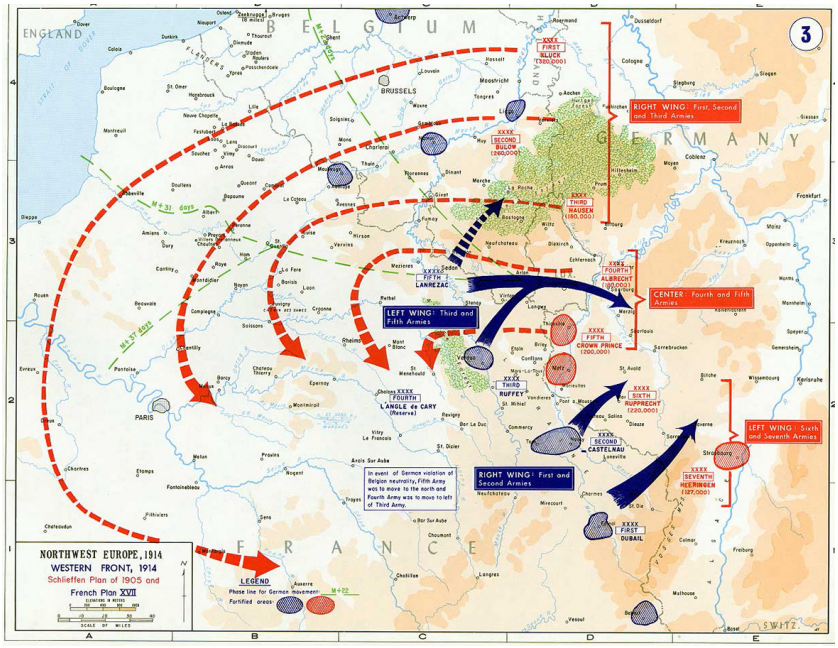
A pesar de la victoria de Königrätz (3 de julio de 1866) contra un ejército austriaco reputado superior al prusiano, Moltke no quedó del todo satisfecho con la actuación de sus fuerzas. Según Schlieffen, en varias ocasiones pudo repetir la maniobra de Cannae, rodeando completamente al adversario y destruyéndolo; pero era ésta una idea que escapaba a los generales prusianos, quienes tampoco se aplicaron con energía en perseguir al enemigo vencido. Las órdenes de Moltke, fruto de la situación táctica del momento, simplemente no fueron ejecutadas o, como apunta Schlieffen, no pudieron ser ejecutadas porque no eran entendidas:

> *«Under such circumstance no battle of annihilation or annihilating pursuit could be thought of. It had to be left to the enemy to gradually exhaust himself. Other generals also had to contend with the lack of understanding, training, and decision of their subordinates. They tried to eliminate these defects by the infallibility of their authority and the decision of their orders. Moltke, being no commander-in-chief, but only*

[13] Ibíd. 38.

[14] Ibíd. 83-84.

the Chief of the General Staff, lacked the necessary authority and was not vested with the right to speak with the assurance of a man in command. He had to content himself with polite advice, pleasant expostulations, suggestions and similar means, and only rarely could he avert the grossest mistakes by a Royal "I order"»[15].



Plan Schlieffen (1905) y Plan Francés XVII.

Las cosas iban a cambiar en la campaña de 1870 contra Francia, aunque Schlieffen reconoce que las primeras operaciones fueron decepcionantes:

«The Germans marched to the Saar and to the Moselle according to Napoleon's mass tactics. They were to overwhelm the hostile position by continuous, well fed combat, shock after shock. (...) In the shortest time the linear tactics of infantry and artillery, condemned since Jena, were again assumed, though in a rough form. Line fought against line and in this combat the one who with greater front, could turn the hostile flank, won the victory. Instinctively did they return to the old mode of warfare...»[16].

El ejército francés al mando del mariscal Bazaine no pudo ser arrinconado en la frontera Norte según las intenciones de Moltke, aunque se retiró a Metz para ser más tarde completamente rodeado. En Chalons, mientras

15 Ibíd. 179.

16 Ibíd. 257.

tanto, se encontraban el general MacMahon y el emperador Napoleón III dispuestos a socorrer a Bazaine con un ejército de 120.000 hombres. Frente a él, Moltke disponía de dos ejércitos y una amplia superioridad numérica.

En Beaumont (30 de agosto de 1870) uno de los ejércitos prusianos consiguió interceptar y derrotar la vanguardia francesa sobre el Mosa, imposibilitando a MacMahon el movimiento hacia Montmédy y Metz. Finalmente el mariscal francés optó por retirar su ejército a Sedán, posición defendida al Sur y al Este por los ríos Mosa y Givonne. Las únicas vías de escape estaban al Norte en la frontera belga y al Oeste a través del Mosa por Mézières. Sin embargo, los franceses no aprovecharon la posibilidad que se les brindaba y fueron envueltos por los ejércitos prusianos:

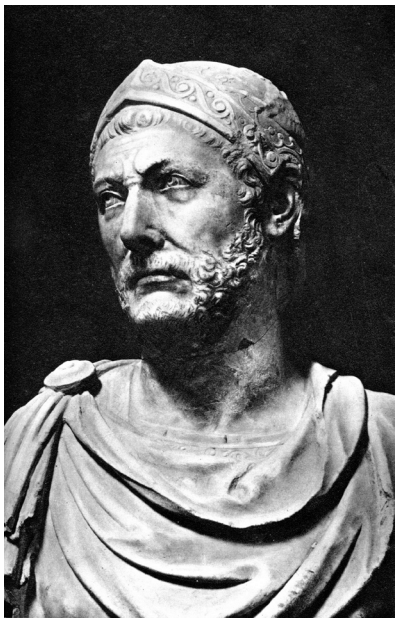
> *«On the whole, the enemy, who must be pitilessly encircled, was freed from all molestation and could retire calmly and without danger in either of two directions. He fortunately, failed to use the advantage offered him by the generous enemy, and, after a short march, halted again in resignation to his fate before the annihilating blow, and, fortunately, Moltke was there to unravel the gigantic mass into which the two German armies had assembled and to render possible an attack from three sides, and later from four»*[17].

Schlieffen, entusiasmado por el alcance del triunfo conseguido por las armas prusianas, consideró que Sedán (1-2 de septiembre de 1870) había sido un nuevo Cannae y que Moltke había sido el único general capaz de destilar todas sus enseñanzas:

> *«A battle of Cannae had at last been fought, a complete surrounding of the enemy achieved. None of the great generals of the last century had known the course of that battle on the Aufidus. Only its final results floated before their eyes as a goal to be striven for. (...) According to the principle of Cannae a broad battle line goes forth against a narrower, but generally deeper one. The overlapping wings turn against the flanks, the cavalry preceding them, against the rear. Should the flanks be separated from the center, for some reason or other, it is not necessary to assemble them against the latter in order to continue jointly the march for a surrounding attack, as they can immediately advance, by the shorter road, against flank or rear. This was what Moltke called "the junction of separated units on the field of battle" and declares it the highest achievement of a general. It is also the most effective and, of course, the most risky. Most generals and almost all able commanders apprehend the danger of the units being defeated before their junction and zealously endeavor to execute the junction of separate units, and on the battlefield itself, but as long as possible before the battle. In this*

[17] Ibíd. 305.

manner they relinquish the decisive result and must be satisfied with a lesser or with no result whatever»[18].



Supuesto busto de Aníbal. Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.

Sin embargo, a diferencia de Aníbal en Cannae, Moltke contó con una superioridad numérica a su favor, ventaja que supo crear en 1870 gracias a sus acertadas disposiciones. Schlieffen concluye que una batalla tan completa como la de Cannae se da raramente en la Historia: «*for this achievement, a Hannibal is needed on the one side, and a Terentius Varro, on the other, both cooperating for the attainment of the great goal*»[19].

Un análisis somero de los *Cannae Studies* evidencia que Schlieffen no está interesado en la verdad histórica ni tampoco esta es su objeto. Articula su discurso en torno a algunos hechos de armas históricos que utiliza como herramientas para exponer y apoyar la supuesta certeza de sus teorías tácticas y métodos operacionales. Sus estudios sobre batallas concretas se realizan de modo subjetivo, rescatando o rescribiendo los pasajes que pueden conducir a los fines que como estratega se ha señalado y presuponiendo acciones y decisiones más que discutibles. Nunca se propuso realizar una investigación histórica con objetividad ni creyó que fuera de ninguna utilidad para un Estado Mayor que debía afrontar una inminente guerra y cuyos oficiales necesitaban pautas, modelos capaces de inspirar la respuesta militar acertada a las amenazas que se oteaban en el horizonte. La Historia militar quedaba así, de forma consciente, subordinada a los apremiantes dictados de la Estrategia, sirviendo de paso, depurada y mitificada, para uso político como elemento aglutinador de la nación alemana.

La batalla total: *Gesamtschlacht*

El legado de Schlieffen fue perpetuado en el periodo entreguerras (1918-1939) por una serie de militares alemanes que consideraban que el Plan

[18] Ibíd. 297.
[19] Ibíd. 305.

de 1905 habría sido una garantía de éxito para derrotar contundentemente a Francia, una oportunidad desaprovechada por Moltke «el joven» de acabar el conflicto con un golpe magistral en 1914. Hans von Seeckt, jefe del Estado Mayor alemán (*Truppenamt*) en el periodo 1919-1920, fue uno de los discípulos más influyentes de Schlieffen y estaba convencido de que sus lecciones seguían siendo útiles para el nuevo ejército alemán (*Reichswehr*). La idea de victoria de Schlieffen, repetida hasta la saciedad por sus partidarios, quedaba sintetizada en tres postulados:

> *«The annihilation of the enemy is the goal of warfare, but many routes lead to this end.*
>
> *Every operation must be governed by a simple, clear concept. Everything and everyone must be subordinated to this concept of operation.*
>
> *The decisive strength must be placed against the decisive point. The result is only to be achieved through sacrifice»*[20].

De esta manera, el pensamiento militar de Schlieffen quedó encorsetado por sus mismos compañeros de armas, reducido a una memoria escrita en 1905 y que, supuestamente, constituía la respuesta válida a los retos estratégicos que debía afrontar Alemania al inicio de la 1ª Guerra Mundial. De poco sirvió que Schlieffen, como jefe del Estado Mayor alemán, hubiera valorado distintas hipótesis en sus ejercicios de planeamiento, optando incluso por la defensiva en el frente occidental. Sus ideas quedaron pronto reducidas al lema «*The Germans must therefore be as strong as possible on their right wing, because here the decisive battle is to be expected*».[21]

Estatua de Federico II en el Palacio de Charlottenburg, Berlín.

Sin embargo, Schlieffen escribió otros trabajos aparte de los *Cannae Studies*. En especial, en enero de 1909, publicó un ensayo titulado *La guerra en nuestros días* (*Der Krieg in der Gegenwart*[22]) que refleja de forma más amplia las ideas del autor

20 Ibíd.

21 Texto de la *Memoria* en RITTER, Gerhard, *The Schlieffen Plan* (London 1958), 148.

22 VON SCHLIEFFEN, Alfred „Der Krieg in der Gegenwart", en *Deutsche Revue* (enero 1909), 13-24.

y anticipa algunos de los problemas operacionales que deberían ser resueltos por el mando en las guerras futuras.

Helmuth von Moltke, el viejo.

En las páginas de *La guerra de nuestros días*, Schlieffen introduce el concepto «guerra total» (*Gesamtschlacht*) para caracterizar la guerra moderna. A finales del siglo XIX, los teóricos militares subrayan que el tamaño de los ejércitos ha crecido tan exponencialmente que no existe la posibilidad de acabar una guerra por medio de un golpe decisivo. Schlieffen considera que los avances tecnológicos han proporcionado innumerables medios que favorecen la defensa y desaconsejan el ataque. La artillería de fuego rápido, las ametralladoras y otras armas de destrucción hasta entonces nunca vistas, manejadas por ejércitos masivos protegidos en fortificaciones modernas, condicionan la efectividad de cualquier maniobra ofensiva que, de triunfar, sería a un coste inasumible en comparación a los beneficios tácticos alcanzados:

> *«The Russian-Japanese war has proven that the frontal attack may succeed in spite of all possible difficulties. Nevertheless, the results or successes obtained in this manner, even in the most favorable cases, are of negligible or doubtful value. It is true that a successful (frontal) attack will drive the enemy back. However, he (the enemy) can still resume the defensive at some place in rear, which he may have previously abandoned and, as a result, the war drags on and on. Such wars are, however, unfeasible or impossible during an era in which the life of a nation depends on the uninterrupted course of commerce and industry and where, when such course is interrupted, must be put into motion anew. A policy of attrition cannot be followed when the maintenance of millions of men requires billions in money»*[23].

El concepto de «guerra total» no sólo hace recaer sobre la retaguardia la responsabilidad de sostener un esfuerzo bélico sin precedentes en la historia, sino que también implica que todas las operaciones militares en un teatro de operaciones están interconectadas. De esta forma, la mínima actuación de una unidad de combate acaba incidiendo en el resultado final de la campaña y favorece la maniobra de conjunto. En este escenario a escala gigantesca y surcado por millones de hombres, el jefe ya no puede dirigir personalmente las operaciones y debe aprovechar las nue-

[23] VON SCHLIEFFEN, «Der Krieg in der Gegenwart», en WILHELM GROENER, *The Testament of Count Schlieffen* (Fort Leavenworth 1936), 8.

vas tecnologías para hacer sentir su voluntad desde el remoto lugar donde permanece informado de los acontecimientos que se suceden:

> *«Not even Napoleon, surrounded by a brilliant following, would attempt to personally conduct and lead all operations. In these times, the commander is located well to the rear, in a building having ample office space and where he has telegraph, radio, telephone and such signal apparatus available. He also has numerous automobiles and motorcycles available for distant journeys and missions. The modern Alexander will be found seated before a large table, and before him will be an operations map of the whole battlefield, staked out, so as to give him, at a glance, the complete picture of the conflict»*[24].

Retrato de Napoleón en su gabinete de trabajo. Galería Nacional de Arte, Washington.

La verdadera acción de mando debe ser relegada en los mandos tácticos confiando en que su preparación e iniciativa les permitirá resolver los imprevistos que surjan durante las operaciones sin desvirtuar las órdenes del jefe superior. Como Schlieffen adelantó en sus *Cannae Studies* «*there are needed subordinate commanders, well trained in their profession, and able to comprehend the intentions of their chiefs*»[25], y espera que actúen con decisión esforzándose siempre en tratar de arruinar las preparaciones del adversario. Por otro lado, el autor critica el viejo axioma de concentrar las tropas antes del combate en lugar de ejecutar la unión de fuerzas provenientes de distintas direcciones convergentes sobre el campo de batalla:

> *«Concentration for battle begins as soon as the troops disembark from the trains. From the points of debarkation, Corps and Divisions, all marching at different rates, will approach their planned or assigned objectives. These objectives must be such, or be so located, that the forces can advance from them to their battle positions and assigned frontages without confusion or interference. The old idea of concentrating troops on the field of battle is unequivocally out of the question in future wars. All troops, who, during the advance, make contact with the enemy, must be prepared to engage them at once, without additional support or assistance»*[26].

---

[24] Ibíd. 5.

[25] VON SCHLIEFFEN, *Cannae*, 306.

[26] VON SCHLIEFFEN, «Der Krieg in der Gegenwart», en GROENER, *The Testament of Count Schlieffen*, 6.

Aunque Schlieffen, como buen observador, reconoce las dificultades de ejecutar una maniobra ofensiva en las guerras futuras, trata de sobreponerse a la multitud de objeciones proponiendo un modus operandi ya conocido, la maniobra envolvente, pero a mayor escala que en Cannae. Considera que los medios de aerostación permiten descubrir más fácilmente el dispositivo enemigo y que una buena coordinación de fuego y movimiento puede permitir el ataque de uno o de los dos flancos del adversario, al que no debe permitirse, a base de sucesivas acciones desbordantes, que se estabilice en una fuerte posición defensiva. Al no poder contarse con una superioridad numérica que facilite esta sucesión de maniobras, Schlieffen aboga por vaciar el centro de su dispositivo, dejando mínimas fuerzas dotadas de armas modernas y municiones suficientes para sostener la acción mediante el fuego:

> *«In order to achieve a decisive and annihilating victory, it is necessary to attack from two or three directions, that is, against the front and one or two flanks. Such an attack should be comparatively easy for the side that has numerical superiority. It appears almost impossible to count on such superiority under our present circumstances. The means necessary for us to accomplish a powerful and successful envelopment can be gained, only by making the frontal attack as weak as possible. However, no matter how weak this frontal attacking force is made, it cannot be limited in its action to taking up a strong defensive position under cover and containing the enemy by means of long range fire. Under all circumstances, the enemy front must be attacked and an attempt made to advance against it. The long range quick firing small arms which have been developed to supplant the musket are admirably suited for this purpose, that is, providing sufficient ammunition is available»*[27].

Termina su esquema aconsejando que las reservas debían ser empleadas en la maniobra principal, no acumuladas en la retaguardia sin tomar parte activa en la acción:

> *«Instead of massing reserves behind the front, where they will remain inactive and unavailable insofar as rendering assistance to the decisive effort is concerned, it is much more preferable to provide ample ammunition reserves for the force making the frontal attack. The best and most reliable means of providing an ample ammunition reserve is to have it brought up in trucks. All those combat units which were formerly kept well in rear and which were supposed to have been available and utilized in order to obtain a decision, should be sent with the enveloping force, that is, the force making the decisive effort. The stronger this enveloping force is made, the more decisive will be, the results obtained»*[28].

27 Ibíd. 8-9.

28 Ibíd. 9.

En definitiva, Schlieffen intenta sacar partido de las nuevas tecnologías para ponerlas al servicio de la maniobra, intentando evitar la más que previsible guerra de frentes estabilizados que posteriormente proliferaría en la 1ª Guerra Mundial. Continúa confiando en los movimientos envolventes para conseguir éxitos a nivel táctico e incluso estratégico, aunque siempre fue consciente de que, a diferencia de Aníbal o Moltke, el mando debía esforzarse más que nunca en inducir al enemigo a cometer errores para explotarlos a fondo. Su optimismo y fe en este tipo de operaciones que había estado fraguando en su mente durante décadas no impidió que fuera realista e intuyera perfectamente la faz de la guerra moderna.

El pensamiento militar de Schlieffen, su idea de que la batalla ya no era un acto singular sino una combinación de acciones interconectadas a nivel global, es un modelo que aún tiene validez hoy en día, un buen ejemplo de *Gesamtschlacht*. Por otro lado, su tan ponderada teoría del flanqueo no consistía simplemente en copiar una y otra vez la conocida maniobra de Aníbal en Cannae sino, yendo más lejos, implicaba una actitud del mando, que debía siempre tratar de adivinar las intenciones del adversario, inducirle a cometer errores, encontrar sus puntos débiles y buscar el resultado más decisivo con el mínimo esfuerzo. En el siglo V a.C. Sun Tzu lo había resumido con los siguientes versos:

> *«El ejército, en su victoria, evita lo que está lleno y ataca lo vacío. Del mismo modo que el agua establece su movimiento de acuerdo con la tierra, el ejército establece la victoria de acuerdo con el enemigo»*[29].

Epílogo: un Cannae en el frente oriental

El Plan Schlieffen fracasó en el frente occidental en parte por la decisión de sustraer tropas de Francia para enviarlas a Prusia Oriental. Sin embargo, el ejército alemán consiguió reproducir allí el paradigma de Schlieffen: la maniobra de doble envolvimiento al más puro estilo de Cannae.

El mariscal Paul von Hindenburg, junto a su jefe de Estado Mayor Erich Ludendorf, fueron enviados al frente oriental para recomponer la situación después de la invasión de dos ejércitos rusos a mediados de agosto de 1914. Hindenburg consiguió atraer al 2º Ejército ruso, al mando del general Alexander Samsonov, hacia una posición cercana a Tannenberg (26-29 de agosto), nombre que tomaría esta batalla por el hecho de que en 1410 se había dado otra del mismo nombre en la que los caballeros de la Orden Teutónica habían sido derrotados por polacos y lituanos. Las fuerzas rusas sumaban 230.000 hombres y ocupaban un frente de 50 kilómetros, mientras que los alemanes contaban con 150.000 hombres.

[29] SUN TZU, *El arte de la guerra*, 58.

Dada la disposición de los rusos, con un frente estrecho y mucha profundidad, Ludendorf propuso ejecutar el doble envolvimiento a gran escala, manteniendo un centro débil para hacer caer a Samsonov en la trampa. Al cabo de varios días de marcha de las unidades alemanas, el cerco se fue cerrando y los rusos fueron completamente embolsados, rindiéndose cerca de 100.000 hombres del 2º Ejército y perder otros 70.000, entre ellos Samsonov, que se suicidó al conocer el alcance de la derrota. Una semana más tarde, el dúo Hindenburg-Ludendorf intentó hacer lo propio con el 1er Ejército ruso del general Pavel (Paul von) Rennenkampf en la batalla de Angerburg o de los lagos masurianos (8-11 de septiembre). En esta ocasión, sin embargo, Rennenkampf se mostró lo suficiente hábil para sustraer su ejército de la amenaza de envolvimiento que ya dibujaban las columnas germanas. El 11 de septiembre, ordenó la retirada hacia la frontera rusa no sin dejar atrás abundante material y cerca de 120.000 hombres entre prisioneros y bajas.

Al fin, los discípulos de Schlieffen, en especial Ludendorf, habían conseguido un éxito contundente contra un enemigo numéricamente superior siguiendo las líneas trazadas por su predecesor. El espíritu de Cannae seguía vivo en la oficialidad alemana, pero no sólo en su variante geométrica —el doble envolvimiento completado en Tannenberg y trazado en Angerburg— sino también en su vertiente doctrinal, pocas veces valorada en su justa medida: «*Para avanzar de modo que uno no pueda ser resistido, carga contra lo vacío…*»[30].

Hindenburg, el Kaiser Guillermo II y Ludendorff en enero de 1917.

[30] Ibíd. 55.

La Primera Guerra Mundial: evaluación y consecuencias para España

Diego Gimeno García-Lomas
Coronel Interventor (R)

Ponencia 2

El sistema de alianzas: hacia el Armagedón

En 1900 había en Europa seis potencias, que eran: Alemania, Austria-Hungría, Francia, Gran Bretaña, Italia y Rusia. No habían existido guerras entre ellas, desde la guerra franco-prusiana de 1870-1871, y también escasos encuentros internacionales, exceptuando el Congreso de Berlín de 1878, en el que se actualizó el tratado de paz que Rusia había exigido a Turquía[1].

Bismarck estableció un sistema distinto, cuando hizo una alianza con Austria-Hungría en 1879, y en 1882 Italia se incorporó a esta relación, constituyéndose de esta manera la Triple Alianza. El equilibrio se mantuvo, con la alianza en 1894 entre Francia y Rusia. En 1904 se formalizó la Entente Cordial, entre Gran Bretaña y Francia. En 1907 se estableció la Entente, entre Gran Bretaña y Rusia, para arreglar sus diferencias sobre Persia, Afganistán y el Tíbet[2]. De esta forma se llega a la constitución de la Triple Entente.

Una vez expuesto el panorama general europeo, nos preguntamos. ¿Cuál es la posición de España, respecto a estas dos alianzas?

1 TAYLOR, A.J.P., *L Guerra Planeada. Así empezó la Primera Guerra Mundial,* Traducción Sara Estrada, Barcelona, Nauta, 1970, p. 5.

2 Ibídem, p.8.

Después de la crisis de 1898, la Regencia española tenía que moverse entre las siguientes directrices: los vínculos de todo tipo, que unían a España con Francia y Gran Bretaña, la relación complicada con la Tercera República Francesa, la defensa de los principios monárquicos en consonancia con los imperios centrales, y por último, la dificultad que ocasionaba la política colonial francesa en Marruecos, propiciada por Bismarck[3].

La relación de España con la Triple Alianza, nunca fue muy estrecha, y a finales del siglo XIX quedó bastante debilitada, pues con ocasión de la guerra con Estados Unidos en 1898, se buscó el apoyo diplomático en Paris y Londres[4].

Después de unos veinte años de mayor relación con Alemania, es decir, desde el comienzo de la Restauración hasta finales del siglo XIX, España vuelve a su tradicional política exterior de la primera parte del siglo[5]. Mediante el Tratado de 1834, la España liberal se incardina entre Paris, Londres y en menor medida Lisboa, siguiendo un aforismo que se mantendrá mucho tiempo: «Cuando Francia y Gran Bretaña marchen juntas, seguirlas, cuando no, abstenerse».[6]

Este cambio de rumbo de España, se plasmó en los «Acuerdos de Cartagena» de 1907, iniciados por la labor diplomática de Fernando León y Castillo, mediante los cuales, las dos potencias principales de la Entente garantizaban el *statu quo* de la región del Estrecho, así como los archipiélagos importantes, es decir, las islas Baleares y Canarias[7]. El interés británico era notorio, pues el embajador alemán Ratibor escribió al canciller Bethmann Hollweg, que Gran Bretaña haría todo lo posible para que el archipiélago canario, no terminase en poder de otra potencia, decía el embajador alemán al final de su carta: «Islas Canarias por la Gracia de Inglaterra»[8].

Los Acuerdos de 1907, representaron para España una seguridad exterior, al quedar comprometida en el sistema de seguridad de las potencias

[3] SALON COSTA, Julio, «La Restauración y la política exterior de España» en *Corona y Diplomacia. La Monarquía española en la historia de las relaciones internacionales,* Madrid, Ministerio Asuntos Exteriores, 1988, p. 135.

[4] DE LATORRE DEL RIO, Rosario, *Inglaterra y España en 1898,* Madrid, EUDEMA, 1988, pp. 18-30.

[5] ARAGÓN REYES, Manuel, *et al. El Protectorado español en Marruecos: la historia trascendida, Volumen III,* Edición Colección páginas de historia, Manuel Gahete Jurado, p. 168.

[6] JOVER ZAMORA, José María, *La era isabelina y el sexenio democrático (1834-1874),* Madrid, Espasa-Calpe, 1981, p. CXXXV.

[7] MORALES LEZCANO, Víctor, *León Castillo, embajador (1887-1918). Un estudio sobre política exterior de España,* Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 1975.

[8] RATIBOR, embajador alemán, a Bethmann Hollweg, canciller imperial, Madrid, 29 marzo 1912, *England 91,* R 6069, PAAA (Politisches Archiv des Auswärtigen Amts, Berlín).

occidentales europeas. Al comenzar 1907, tuvo lugar un cambio en la situación interior de España, que con la actuación de Maura y Canalejas cristalizó en un regeneracionismo económico, político y militar[9].

Antes de la Gran Guerra, Alfonso XIII intentó la unidad ibérica aprovechando la crisis portuguesa, que desembocó en el establecimiento de la República Portuguesa en 1910. La pretensión de unir Portugal, que Gran Bretaña nunca iba a tolerar, sobre todo después del Tratado de Windsor que firmó con Portugal, se excedía con mucho de los Acuerdos de Cartagena, meramente defensivos. Tanto[10] el Quai d´Orsay, como el Foreign Office, no prestaron la más mínima atención a las ideas de Alfonso XIII sobre el tema portugués.

La política exterior española, se orientaba a metas poco compatibles con los acuerdos de 1904, 1907, 1911, y de esta forma en 1914, aunque sin variación en los Acuerdos de Cartagena, ya no existía en la realidad, el espíritu de esos Acuerdos[11]. En 1913 se reafirman las opiniones, que España y Francia son adversarios en Marruecos, y en consecuencia no pueden ser aliados, y lo lógico sería una alianza con Alemania.

Por estos motivos, en diciembre de 1913 España toma conciencia de una postura neutralista, y cuando comienza la guerra declara la «neutralidad». Además continúa la discusión de la posición internacional de nuestro país, entre «aliadófilos» y «germanófilos». Un resumen interesante sobre la política exterior de España, antes de la Gran Guerra, se encuentra en el «memorándum» de dimisión con carácter irrevocable, que presentó el 20 de abril de 1917 al rey Alfonso XIII, el Presidente del Consejo de Ministros, Álvaro de Figueroa, conde de Romanones. (Ver apéndice 1)

La posición de España: la neutralidad

El 28 de julio de 1917, Austria-Hungría declara la guerra a Serbia y empieza el conflicto europeo. El 4 de agosto, Gran Bretaña y Bélgica declaran la guerra a Alemania, siendo la última de las declaraciones de guerra, que se producen entre todos los contendientes[12].

Según la opinión de la mayoría de los investigadores, el comienzo de la conflagración se debió al célebre Plan Schlieffen, que imponía la rapidez

[9] DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito, «El destino de la regeneración internacional de España (1898-1918)», en *Proserpina, nº 1,* UNED, Mérida, diciembre 1984 pp. 9-22.

[10] DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito, *Antagonismo y fractura peninsular. España y Portugal, 1910-1919,* Espasa-, Madrid, Calpe, 1983, pp. 20-40.

[11] DE LA TORRE DEL RIO, Rosario, *La política española en el año de la Crisis de 1911 a través de la correspondencia del Marqués de Alhucemas*. Homenaje a los profesores Palacio y Jover, Universidad Complutense Madrid, 1990, vol.1.

[12] *Op. Cit*. 1, p.122.

en la ofensiva. Es de destacar, que era un plan puramente militar, que no tenía en cuenta el aspecto político. Era todo lo contrario a lo que enseñó Clausewitz, al establecer que la guerra es la continuación de la política por otros medios, o dicho de otra manera, un plan de guerra, no puede ser solo militar[13].

Clausewitz, en su obra *De La Guerra,* Libro Primero, que trata sobre la naturaleza de la guerra, y más concretamente en el capítulo XXIV, dice: «Así vemos, pues, que la guerra no es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de las relaciones políticas, una gestión de las mismas con otros medios».

La Gaceta del 30 de julio de 1914, publicaba un decreto por el que el gobierno conservador de Eduardo Dato, se creía en: «el deber de ordenar la más estricta neutralidad a los súbditos españoles con arreglo a las leyes vigentes y a los principios del Derecho Internacional»[14]. En un telegrama al embajador español en Bélgica, el 4 de agosto de 1914, el ministro de Asuntos Exteriores, marqués de Lema, señala la intención de España de: «... observar la neutralidad más absoluta...»[15].

Pero, ¿qué es la neutralidad?, para algunos es un signo de cobardía, una falta de valor para distinguir lo correcto, de lo incorrecto. Para otros, la neutralidad representa la capacidad de una nación, de superar la barbarie de la guerra y utilizar los métodos más civilizados de la diplomacia. Merriam-Webster define como neutral: «el que no favorece a uno, ni a otro en una pelea, concurso o guerra»[16]. Así pues, la neutralidad no es una decisión fácil, es una elección calculada, para no tener implicación militar y evitar el favoritismo a cualquiera de las partes.

Estamos de acuerdo, con el autor Hermógenes Cenamor, en que: «la neutralidad no es imparcialidad». La neutralidad puede crear en la sociedad, las mismas divisiones que la guerra, porque es prácticamente imposible eliminar o ignorar las filias y fobias, es decir, las pasiones que se originan, en cada lado de la nación[17].

Por lo tanto, la declaración de guerra trae unas consecuencias en un determinado sentido, de vencer o perder en la contienda, con las consecuencias que eso acarrea. Mientras que la neutralidad, lleva aparejadas múltiples consecuencias, de todo tipo, unas a favor y otras en contra del

[13] VON CLAUSEWITZ Karl, *De La Guerra,* Madrid, Ediciones Ejército, 1978, p. 43.

[14] *Op. Cit.* 5, p.173.

[15] Marqués de Lema citado en AGUIRRE DE CÁRCER, Nuño, *La Neutralidad de España durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918),* Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1995, p. 1.

[16] *The Merriam-Webster Dictionary,*s.v. «neutral».

[17] CENAMOR, Hermógenes, *Los intereses materiales de España en la guerra europea,* Madrid, Librería de la Viuda de Pueyo, 1916, p. 163.

país neutral, que como veremos, le sucedió a España, en la Primera Guerra Mundial[18].

Para los liberales y demócratas españoles, Francia era el centro mundial de la libertad, y por reacción aumentó la francofobia de los españoles tradicionalistas, que orientaron sus simpatías hacia Alemania. Suiza siempre ha sido neutral, porque su pueblo no ha querido mezclarse en asuntos extranjeros, pero España fue neutral porque media España, era contraria a la otra media, y las dos posturas se anularon mutuamente[19].

El conde de Romanones publicó en el periódico «Diario Universal», el 19 de agosto de 1914, un editorial célebre que terminaba diciendo: «hay neutralidades que matan». (Ver Apéndice 2). Lerroux, declaró a «Le Journal» parisino: «Todo nos empuja a colocarnos al lado de Francia». Ángel Ossorio era germanófobo, dado su antimilitarismo, pero paradójicamente actuó como germanófilo. Como representante germanófilo estaba Juan Vázquez de Mella[20].

La germanofilia más característica, era propia de los tradicionalistas, y de casi todas las derechas políticas y católicas. Por el contrario, las izquierdas eran casi todas aliadófilas, pues en principio no tenían nada que esperar, y sí mucho que temer, con el triunfo de los imperios centrales[21].

Pero la neutralidad, era también una demostración de la postración española, con una economía poco desarrollada, un sistema político ineficaz, un Ejército poco preparado, como demostraba en Marruecos, y una Armada muy pequeña para defender las extensas costas atlánticas y mediterráneas, contra cualquier ataque[22].

La realidad era que, aunque el Gobierno de Dato había ordenado la neutralidad, España por su situación geográfica y por sus relaciones comerciales, estaba muy relacionada con la Entente[23]. Fernando León y Castillo, manifestó en 1916, con motivo de su incorporación a la Embajada española en París: «Somos neutrales en la Gaceta, pero no en el espíritu, porque no podemos aguardar indiferentes e impasibles el resultado de esta contienda, con el cual están ligados nuestros intereses, los más vitales»[24].

---

18 LOWRY, Carolyn S., At *what cost?: Spanish neutrality in the First World War,* University South Florida, 2009, p.12.

19 MADARIAGA, Salvador de, *Carácter y Destino en Europa,* Madrid, Espasa-Calpe, 1980, p.261.

20 DÍAZ-PLAJA, Fernando, *Francófilos y germanófilos,* Madrid, Alianza, 1981, p.30.

21 DUQUE DE MAURA Y MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO, *Por qué cayó Alfonso XIII,* Madrid, Ediciones Ambos Mundos, Segunda Edición, 1948, p.270-275.

22 *Op. Cit.* 8, pp. 44-54.

23 *Op. Cit.* 5, p.174.

24 Borrador de un discurso, *Fondo Fernando León y Castillo,* Legajo 21, Archivo Histórico Provincial de Las Palmas.

La neutralidad oficial de España, se mantuvo durante los cuatro años que duró la guerra, pero las relaciones comerciales, se intensificaron hacia los países de la Entente. Entrando en consecuencia, en la órbita de los aliados, y llegando a ser España, uno de los países llamados «neutrales aliados»[25].

Impacto económico del conflicto en la sociedad española

Numerosos historiadores militares, entre los que se encuentra Brian Bond, consideran que a partir de principios del siglo xx, se difumina la separación entre militares y civiles. Esto origina la diferenciación, entre la historia militar y la historia de la guerra. La historia militar trata de planes de guerra, estrategia y el conflicto armado, pero eso ya no basta. Una parte importante, de la población civil de los países beligerantes e incluso neutrales, sufrió las consecuencias de la guerra[26].

Al comenzar la contienda, se preveía que tendría una duración corta, pero al prolongarse más tiempo, tuvo cada vez más importancia la «guerra económica». Dada la situación de España, como acabamos de ver, cada vez más en la influencia de la Entente y por su situación fronteriza con Francia, se convirtió en un importante abastecedor de materias primas, así como de mano de obra en las fábricas francesas, con menos personal, por estar en el frente de guerra[27].

Como reacción lógica ante esta actitud, es decir, que España dejase de ser neutral en favor del lado aliado, Berlín ofreció a Madrid ayuda financiera y política, para poder convertirse en una potencia después de la guerra. Además, si Alemania lograba derrotar el poder británico en el mar, insinuaba que Portugal ya no tendría la protección británica y podría pertenecer al territorio español[28].

España fue un importante abastecedor de productos para Francia, y en menor medida para los otros países aliados. La economía española, antes de la guerra, estaba pasando lentamente de un sistema basado en la agricultura, a otro basado en la industria, y gracias a estas exportaciones se aceleró este desarrollo industrial[29].

---

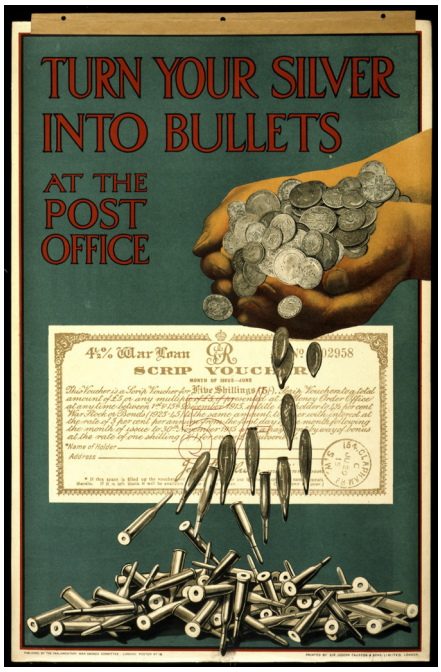
25 PONCE MARRERO, Javier, *La Política exterior española de 1907 a 1920: entre el regeneracionismo de intenciones y la neutralidad condicionada,* Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Historia Contemporánea, 34, 2007, p. 103.

26 BOND, Brian, *Guerra y Sociedad en Europa (1870-1970),* Madrid, Ministerio de Defensa, 1990, p. 179.

27 DELAUNAY, Jean-Marc, «España trabajó por la victoria», *Historia 16,* nº 63, Madrid, 1981, pp. 38-44.

28 *Op. Cit.* 9, p.74.

29 «Spain during the First World War», disponible en <http://www.firstworldwar.com/features/spain.html> [consulta: 12 enero 2014]



La guerra se gana con tres cosas: dinero, dinero y dinero (Napoleón). Sir Joseph Causton & Sons, Ltd, Londres, 1915[31] .

Durante los primeros meses después del estallido de las hostilidades, hubo cierto estado de desorden y confusión en la economía. Es interesante constatar, que ya en una carta fechada en Madrid el 25 de agosto de 1914, el presidente del Consejo de Ministros, Eduardo Dato, advertía a Antonio Maura de esta posibilidad al decir. «... realizamos esfuerzos gigantescos para librarnos de la ruina económica. Hasta ahora parece que Dios nos va auxiliando y si no se pierde la serenidad tal vez seamos nosotros de los que menos padezcan...»[30].

Sin embargo, a principios de 1915, se produjo una caída radical de las importaciones, y a su vez se produjo un creciente volumen en las exportaciones, con un aumento espectacular de los precios. En consecuencia, se produjo un enorme flujo de oro hacia España, que permitió una rápida acumulación de capital. Las reservas de oro del Banco de España, se duplicaron entre 1914 y 1916, desde 543 millones, a mil treinta y dos millones en julio de 1916, y como resultado el gobierno pagó una parte de su deuda nacional[32].

Gracias a las nuevas salidas comerciales, se produjo en la industria y el comercio español, un crecimiento espectacular. El textil, artículos de cuero, la minería, el hierro, el transporte y las industrias químicas, prosperaron, porque la demanda de las potencias beligerantes creció exponencialmente. Entre 1913 y 1918, la capacidad eléctrica casi se duplicó[33].

Mientras que la guerra, ayudó a la expansión de empresas industriales y financieras, favoreciendo a las clases medias vascas y catalanas, también produjo una escasez de alimentos, productos manufacturados y aumento de precios. En general, un empeoramiento de las condiciones

30 *Op. Cit.* 18, p. 471.

31 Traducción: Convierta su plata en balas en la Oficina de Correos.

32 CARDEN, *German Policy Toward Neutral Spain,* p. 100.

33 BALFOUR, *The End of the Spanish Empire,* p. 211.

de vida de los trabajadores rurales y urbanos, especialmente del sur de España. Esta situación se conoce como la «Crisis de Subsistencias»[34].

A pesar de la publicación por el Gobierno de la Ley de Subsistencias, el 18 de febrero de 1915, para mantener estables los precios de los alimentos básicos, y de todo tipo, éstos se dispararon. La Ley de Subsistencias decía: «...para contrarrestar las deficiencias de nuestras cosechas siempre amenazadas por los rigores de nuestro clima, la creciente alza de precios en los mercados extranjeros y el ininterrumpido encarecimiento de los fletes y conseguir que vendiendo los productos de primera necesidad de manera reglada, se impidan las perturbaciones al consumo...». Para su aplicación se crearon las Juntas Provinciales de Subsistencias, formadas por el gobernador civil, el alcalde y el delegado de Hacienda, en cada capital de provincia[35].

La prensa anunció el 27 de febrero de 1915, que nuestra moneda la peseta, se apreciaba en las bolsas mundiales con total libertad de cotización, siendo esa revalorización, del dos por ciento sobre la paridad de la libra esterlina y franco francés, seis y medio por ciento sobre el franco suizo, cero ochenta por ciento sobre el dólar y quince un cuarto por ciento sobre el marco alemán. De la misma manera, se apreciaba un aumento del dinero circulante, al aparecer en numerosas localidades establecimientos de ocio, como cafés con mesa de bacarrá y casinos con ruleta[36].

Pero también, el 4 de noviembre de 1915, la misma prensa se hacía eco de las protestas contra la carestía de los alimentos[37]. (Ver apéndice 3).

A finales de 1915, el Gobierno abandonó los esfuerzos para enderezar la economía, Dato opinaba que las reformas militares debían tener prioridad, sobre cualquier otra de tipo económico, incluido el presupuesto. El conde de Romanones presentó una propuesta que equivalía a una moción de censura, y Dato al no tener apoyos dimitió como presidente del Consejo de Ministros[38].

El Gobierno de Romanones, prometió resolver la Crisis de Subsistencias, estimulando la economía, mediante un plan de medidas económicas y financieras, para luchar contra la escasez, la inflación y el desempleo. Además de fomentar la agricultura, el crédito, el transporte público, evitar la emigración, fortalecer la defensa nacional y mantener una estricta neutralidad[39].

Aunque pueda parecer contradictorio, que como veremos no lo es, aumentaba tanto el valor de la peseta, como el coste de la vida. A finales de

[34] GARCÍA DELGADO, S. ROLDÁN y MUÑOZ, *La formación de la sociedad capitalista en España,* Madrid, 1973, p.35.

[35] BERNÍS, Ignacio, *Consecuencias económicas de la guerra,* Madrid, 1923, p.41.

[36] *Op. Cit.* 18, p. 280.

[37] *Op. Cit.* 18, p. 281.

[38] DE LA CIERVA, Juan, *Notas de mi vida,* Madrid, 1955, p. 180.

[39] LACOMBA, Juan Antonio, *La crisis española de 1917,* Málaga, 1970, p. 31.

1916, el franco francés valía 79 céntimos y la libra esterlina 22 pesetas, pero el coste alimentario seguía subiendo. Los desórdenes y motines, contra la carestía de los alimentos básicos, con asaltos a panaderías fueron frecuentes, y a veces de forma sangrienta.

La razón de esta aparente contradicción, se encuentra en la estructura económica española. Unos exportadores, actuando de forma especuladora, por la necesidad acuciante que tenían los beligerantes de bienes, generaron amplios medios financieros. Pero al quedar desabastecido el mercado nacional por dichas exportaciones, subieron fuertemente los precios de los alimentos, sin estar respaldada esa subida, por el incremento en los salarios[40]. (Ver apéndice 3)

Acciones militares con relación a España

España fue un país neutral durante toda la contienda, y en consecuencia, no estuvo implicada en ninguna acción militar directa. Sin embargo, es interesante ver las acciones en las que estuvieron implicados efectivos militares, y que afectaron de forma indirecta a nuestro país. Consistieron principalmente, en el internamiento de una pequeña fuerza alemana en el noroeste de la colonia africana de Guinea española, la intervención en zonas de guerra para ayudar a prisioneros de guerra, y el ataque de los submarinos alemanes a buques españoles[41].

1. En febrero de 1916, tropas coloniales alemanas destinadas en Camerún, entraron en la Guinea española, ante el empuje de las fuerzas británicas y francesas en la zona[42]. Gran Bretaña y Francia dieron su consentimiento al internamiento de sesenta oficiales alemanes, para su posterior traslado a la Península española, además del internamiento de los soldados nativos al servicio de los alemanes, en la colonia española[43].

   En octubre, el embajador francés Geoffray, expresó su malestar al ministro de Asuntos Exteriores español Amalio Gimeno, por la aparición de rifles y municiones en el campo de internamiento de los oficiales alemanes. Y porque todavía, no se había realizado el traslado de dichos oficiales a la Península, ni de los soldados nativos al servicio de los alemanes de vuelta al Camerún, para que no volviesen a tomar parte en la contienda[44].

---

40 CARR, Raymond, *Spain, 1808-1975,* Oxford, 1982, pp. 481-482.

41 *Op. Cit.* 9, pp. 389-43.

42 ROMERO SALVADÓ, Francisco J., *Spain: and the First World War: Neutrality and Crisis,* Queen Mary and Westfield College, 20 June 1994, p. 144.

43 *Op. Cit.* 36, p.145, Apud. A.G.A., Foreign Office Section, Paris, Box 5947.

44 *Op. Cit.* 36, p. 146, Apud, Foreign Office 371-2762/229.037, Hardinge to Grey, 11 noviembre 1916.

Se hizo evidente, el grado de entendimiento entre los oficiales alemanes y las autoridades españolas, que eran el gobernador Ángel Barrera y el comandante jefe Manuel Giménez Pidal, pues eran conscientes de la existencia de armamento en poder de los alemanes, que pretendían volver a su antigua colonia del Camerún. En octubre de 1916, dos cruceros franceses, el Surcouf y el Astrea llegaron a la colonia española, para impedir la presencia de alemanes armados, amenazando a su nueva colonia, el Camerún. En vista de lo cual, el ministro Gimeno fletó dos barcos para traer a la Península a los oficiales alemanes y terminar este incidente[45].

2. El rey Alfonso XIII se convirtió en «espejo de neutrales», como explicaba Víctor Espinós al decir: «Convirtió nuestro rey a España en un albergue del dolor universal, un remanso de esperanza y de consolación, donde tiene su alivio la pena oculta...»[46]. Alfonso XIII, como iniciativa personal al margen del Gobierno, organizó una infraestructura llamada «Oficina Pro Cautivos», cuyos gastos se cubrían con las rentas del patrimonio real[47].

   La acción humanitaria de la «Oficina Pro Cautivos», consiguió ayuda para 120.000 prisioneros franceses y belgas, 7.950 ingleses, 6.350 italianos, 400 portugueses, 350 americanos, etc. Los agregados militares españoles, realizaron unas 4.000 visitas a campos de concentración, para ver el trato a los prisioneros de guerra. Se gestionó, desde la «Oficina», medio centenar de indultos de pena capital, casi todos con buen resultado, se atendieron unas cinco mil demandas de repatriación de heridos graves y se realizaron cerca de veinte mil informes familiares, en territorios ocupados. También Alfonso XIII consiguió un acuerdo, para que no se torpedeasen los buques-hospital[48].

3. El hundimiento de barcos mercantes españoles por submarinos alemanes, constituyó al principio de la guerra un asunto diplomático menor, pero a medida que se prolongaba el conflicto, estuvo a punto de involucrar a España en la guerra[49]. Numerosos buques españoles de todo tipo fueron hundidos, siendo una gran pérdida para la economía española. Se calcula que fueron unos 65 barcos

[45] *Op.* Cit. 36, P. 147, Apud. Para actividades del gobernador de Fernando Poo en favor de las alemanes, Foreign Office 371-2762/260.662, Grey to Hardinge, 23 diciembre 1916.

[46] *Op. Cit.* 18, p. 275.

[47] CORTÉS-CABANILLAS, Julián, *Alfonso XIII. Vida, confesiones y muerte,* Barcelona, Juventud, 1966, p. 79.

[48] «La primera misión de paz española», REYES Luis, disponible en <http://www.tiempodehoy.com/cultura/historia/la-primera-mision-de-paz-espanola> [consulta: 13 enero 2014].

[49] *Op. Cit.* 15, p.39.

mercantes de tamaño medio, sin embargo, los alemanes pensaban que contribuían al esfuerzo de guerra aliado[50].

A partir de febrero de 1915, y durante un periodo de siete meses, los submarinos alemanes hundieron 787.120 toneladas de barcos mercantes. Al final de este periodo, suspendieron la campaña submarina por el daño que se estaba produciendo en los países neutrales, sobre todo en EEUU. En 1916 se reanudó una campaña submarina restringida, y en consecuencia, la continuación de hundimientos de mercantes españoles, produjo una grave crisis[51].

Durante la primera semana de abril de 1916, las tensiones se agudizaron cuando hundieron al vapor «Essex», falleciendo el compositor Enrique Granados y su esposa. En las siguientes semanas, también hundieron a los barcos «Vigo» y «Santanderino». Por las protestas de Alfonso XIII, los alemanes presentaron una disculpa el 14 de mayo de 1916[52].

El 31 de enero de 1917, Alemania anunció la renovación de su campaña submarina sin restricciones, en las aguas próximas a Gran Bretaña y Francia, que afectaban a España. El ministro español Gimeno, expresó su disconformidad al embajador alemán Max von Ratibor, aunque sin amenazar con romper las relaciones diplomáticas[53].

Los alemanes se mostraron indiferentes ante los ruegos españoles, y hasta abril de 1917, treinta y tres barcos españoles con 80.000 toneladas fueron hundidos. El momento culminante tuvo lugar el 9 de abril de 1917, cuando fue torpedeado el barco «San Fulgencio», que iba a España[54]. El conde de Romanones vio la oportunidad de romper relaciones con Alemania, pero Alfonso XIII no estuvo de acuerdo. Romanones al no estar respaldado presentó la dimisión. (También en el apéndice 1)

Crisis militar en España

Por último, nos referiremos a la crisis militar de carácter interno. Se produjo por la reducción de la capacidad adquisitiva de los militares, con retribuciones estancadas ante las fuertes subidas de precios[55]. El Ejército, se había convertido desde la Ley de Jurisdicciones de 1906, en un grupo de presión[56]. En el primer trimestre de 1916, los oficiales se orga-

50 DE LA SIERRA, Luis, *El mar en la Gran Guerra,* Barcelona, Juventud, 1984, p. 99.

51 SONDHAUS, Lawrence, *Navies of Europe, 1815-2002,* London, Longman, 2002, p. 162.

52 «Demands That Spain Act», *New York Times,* 15 April, 1916.

53 Ministro Asuntos Exteriores Amalio Gimeno al embajador alemán Max von Ratibor, 6 febrero 1917, en *Algunos datos sobre la guerra submarina,* pp. 10-11.

54 Conde Romanones a Fernando León y Castillo, 14 abril 1917, citado en Salvadó, *Spain, 1914-1918,* pp. 79-80.

55 *Op. Cit.* 34, p. 500.

56 *Op. Cit.* 5, p.178.

nizaron en una especie de sindicato, no previsto en la legislación, llamado «Juntas de Defensa», porque entendían que lo mejor para defender sus intereses, era crear un movimiento reivindicativo pacífico[57].

A finales de mayo de 1917, el Gobierno de García-Prieto[59] ordenó el arresto de los dirigentes de la Junta de Infantería, presidida por el coronel del Regimiento de Vergara, de guarnición en Barcelona, Benito Márquez[60]. Pero inmediatamente, se formó una Junta Suplente, que recibió el apoyo de las Juntas de Artillería e Ingenieros y también de la Guardia Civil. El 1 de junio, las «Juntas de Defensa» pidieron la libertad para los arrestados, y ante estas circunstancias García Prieto prefirió dimitir. Le sustituyó como presidente del Consejo de Ministros, Eduardo Dato, que aceptó las peticiones de las «Juntas de Defensa», permaneciendo su reglamento hasta 1922[61].

¡Ahorre jabón!¿pero cómo?. Lucian Bernhard, Berlín, 1915-18[58].

La petición militar del 1 de junio, marcó el momento decisivo de la monarquía constitucional, pues salieron a la superficie las fuerzas de la reacción y de la revolución[62]. Para controlar la agitación social que existía, y que se manifestó en la huelga general de 1917, el Ejército se puso del lado de la Corona, favoreciendo decisiones autoritarias. En septiembre de

[57] DÍAZ PLAJA, Fernando, *España, los años decisivos: 1917,* Barcelona, Plaza & Janes, 1969, p. 19.

[58] Traducción: ¡AHORRE JABÓN! Pues está hecho con las tan necesarias y escasas grasas y aceites. PERO ¿CÓMO? ¡No sumerja nunca el jabón en el agua de lavar! ¡Nunca lo mantenga bajo agua fluyendo! ¡Evite espumas superfluas! ¡Mantenga el paño del jabón siempre seco! ¡No tire los restos de jabón! ¡Ayúdese con el uso de cepillos, arena, piedra pómez, cenizas de madera, estropajo (cola de caballo), cenizas de cigarro y a través del frecuente lavado en agua caliente! Comité de guerra para aceites y grasas. Berlín NW 7

[59] *Op. Cit.* 5, p. 181.

[60] *Op. Cit.* 18, p. 298.

[61] RAMOS OLIVEIRA, A., *Politics, Economics and Men of Modern Spain 1808-1946,* New York, Arno Press, 1972, p. 169.

[62] *Op. Cit.* 52, p.183.

1923 Primo de Rivera no derrocó al último Gobierno constitucional, sino que rellenó un vacío que existía desde 1917[63]. (Ver apéndice 4)

Conclusiones: aplicación a situaciones futuras

La labor del historiador es comprender y describir los acontecimientos pasados, para evitar que se vuelvan a producir los errores acaecidos. La opinión, generalizada al principio de la guerra, consistía en creer que la neutralidad, con sus ventajas económicas al abastecer a los dos grupos beligerantes, mejoraría la condición de España y la convertiría en una gran potencia.

Esta idea fue equivocada, y al terminar la conflagración, España era una sombra de su pasado reciente. Esta conclusión, puede ser la «lección aprendida», para que en un futuro se impida la ruina de los ciudadanos, cuando en un país afluyen desde el exterior cantidades importantes de medios financieros.

Respecto al ámbito internacional, Francia recordó la «germanofilia» de importantes instituciones españolas, y España ni siquiera fue invitada a participar en la Conferencia de Paz de Versalles. Tampoco se tuvo en cuenta al rey Alfonso XIII, por sus esfuerzos en favor de los heridos y prisioneros en cautividad. El resultado de este aislacionismo, dio lugar en gran parte, al desastre de Annual en 1921, parecido a la crisis de 1898.

En cuanto la situación interna, fue la Primera Guerra Mundial, con los cambios que originó, quien aceleró la desintegración del sistema político español. En 1917, nombrado Dato presidente de Gobierno, dada la grave crisis, militar, parlamentaria y de agitación social, suspendió las garantías constitucionales y aceptó el reglamento de las «Juntas de Defensa», para desactivar la protesta militar. Ante esta situación, recurrió al Ejército, para sofocar la huelga general revolucionaria de Agosto de 1917, convocada por los sindicatos mayoritarios UGT y CNT.

En 1918, en la mayoría de las ciudades se generalizaron los disturbios por la falta de alimentos, y se sucedieron las protestas de los trabajadores contra el creciente coste de la vida. La situación, era igual o peor para los campesinos, que tenían salarios muy bajos y dietas poco saludables.

Las clases dominantes, temían una victoria revolucionaria como en Rusia. La burguesía no quería perder sus privilegios, y se volvió hacia el Ejército para buscar su protección. Éste fue movilizado en 1919, tras la declaración del estado de guerra, para desalojar a los campesinos de los latifundios ocupados, sobre todo, en Andalucía y Extremadura.

63 *Op. Cit.* 36, p. 201.

Entre 1917 y 1923, hubo 30 crisis de gobierno parciales y 13 totales. El poder auténtico en un territorio, estaba en manos del correspondiente capitán general. Los militantes de los sindicatos fueron perseguidos, Eduardo Dato fue asesinado, y en definitiva, España parecía un país en guerra civil. En muchos ámbitos se esperaba una solución autoritaria, que llegó en 1923 con Primo de Rivera.

Bibliografía

ARAGÓN REYES, Manuel *et al. El Protectorado español en Marruecos: la historia trascendida, Volumen III,* Edición Colección páginas de historia, Manuel Gahete Jurado.

BALFOUR, *The End of the Spanish Empire.*

BERNÍS, Ignacio, *Consecuencias económicas de la guerra,* Madrid, 1923.

BOND, Brian, *Guerra y Sociedad en Europa (1870-1970),* Madrid, Ministerio de Defensa, 1990.

CARDEN, *German Policy Toward Neutral Spain.*

CARR, Raymond, *Spain, 1808-1975,* Oxford, 1982.

CENAMOR, Hermógenes, *Los intereses materiales de España en la guerra europea,* Madrid, Librería de la Viuda de Pueyo, 1916.

CIERVA DE LA, Juan, *Notas de mi vida,* Madrid, 1955.

DE LA TORRE DEL RIO, Rosario, *La política española en el año de la Crisis de 1911 a través de la correspondencia del Marqués de Alhucemas*. Homenaje a los profesores Palacio y Jover, Universidad Complutense Madrid, 1990, vol.1.

DE LA TORRE DEL RIO, Rosario, *Inglaterra y España en 1898,* Madrid, EUDEMA, 1988.

DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito, *Antagonismo y fractura peninsular. España y Portugal, 1910-1919,* Madrid, Espasa-Calpe 1983.

DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito, «El destino de la regeneración internacional de España (1898-1918)», en *Proserpina, nº 1,* UNED, Mérida, diciembre 1984.

DELAUNAY, Jean-Marc, «España trabajó por la victoria», *Historia 16,* nº 63, Madrid, 1981.

DÍAZ-PLAJA, Fernando, *Francófilos y germanófilos,* Madrid, Alianza, 1981.

DÍAZ PLAJA, Fernando, *España, los años decisivos: 1917,* Barcelona, Plaza & Janes, 1969.

DUQUE DE MAURA Y MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO, *Por qué cayó Alfonso XIII,* Madrid, Ediciones Ambos Mundos, Segunda Edición, 1948.

GARCÍA DELGADO, S. ROLDÁN y MUÑOZ, *La formación de la sociedad capitalista en España,* Madrid, 1973.

JOVER ZAMORA, José María, *La era isabelina y el sexenio democrático (1834-1874),* Madrid, Espasa-Calpe, 1981.

LACOMBA, Juan Antonio, *La crisis española de 1917,* Málaga, 1970.

LOWRY, Carolyn S., *At what cost?: Spanish neutrality in the First World War,* University South Florida, 2009.

MADARIAGA, Salvador de, *Carácter y Destino en Europa,* Madrid, Espasa-Calpe, 1980.

MORALES LEZCANO, Víctor, *León Castillo, embajador (1887-1918). Un estudio sobre política exterior de España,* Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 1975.

PONCE MARRERO, Javier, *La Política exterior española de 1907 a 1920: entre el regeneracionismo de intenciones y la neutralidad condicionada,* Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Historia Contemporánea, 34, 2007.

RAMOS OLIVEIRA, A., *Politics, Economics and Men of Modern Spain 1808-1946,* New York, Arno Press, 1972.

RATIBOR, embajador alemán, a Bethmann Hollweg, canciller imperial, Madrid, 29 Marzo 1912, *England 91,* R 6069, PAAA (Politisches Archiv des Auswärtigen Amts, Berlín).

ROMERO SALVADÓ, Francisco J., *Spain: and the First World War: Neutrality and Crisis,* Queen Mary and Westfield College, 20 June 1994.

SALON COSTA, Julio, «La Restauración y la política exterior de España» en *Corona y Diplomacia. La Monarquía española en la historia de las relaciones internacionales,* Madrid, Ministerio Asuntos Exteriores, 1988.

SIERRA DE LA, Luis, *El mar en la Gran Guerra,* Barcelona, Juventud, 1984.

SONDHAUS, Lawrence, *Navies of Europe, 1815-2002,* London, Longman, 2002.

TAYLOR, A.J.P., *La Guerra Planeada. Así empezó la Primera Guerra Mundial,* Traducción Sara Estrada, Barcelona, Nauta, 1970.

VON CLAUSEWITZ, Carlos, *De La Guerra,* Madrid, Ediciones Ejército, 1978.

Enlaces Web

«Spain during the First World War», disponible en <http://www.firstworldwar.com/features/spain.html> [consulta: 12 enero 2014]

«La primera misión de paz española», Luis Reyes, disponible en <http://www.tiempodehoy.com/cultura/historia/la-primera-mision-de-paz-espanola> [consulta: 13 enero 2014]

Apéndice 1

Escrito de dimisión del presidente del Consejo de Ministros Álvaro de Figueroa, conde de Romanones, entregado al rey Alfonso XIII, el 20 de abril de 1917:

«El profundo convencimiento adquirido de que la defensa de las vidas e intereses españoles no puede hacerse eficaz mientras nuestra política ante la guerra se desenvuelva dentro de las mismas limitaciones que hasta ahora, obligan Señor, a mi conciencia de patriota y de gobernante conocedor de sus obligaciones ante el presente y el porvenir de la Patria, a hacer a V.M. y a la Nación las manifestaciones que este documento contiene y a adoptar irrevocablemente la resolución que tales convencimientos imponen...

Siempre he estado convencido de que la política internacional que permitía engrandecer a España es la emprendida en 1902. Aquella política se inició con un Gobierno del cual tenía el honor de formar parte y fue reiterada y acentuada en los Tratados de 1904, 1905 y en las declaraciones de Cartagena de 1907 y 1913...

Siendo ésta mi convicción en punto que afecta a las futuras directrices de la Patria, honradamente no puedo gobernar sino ajustando a ella mis actos. Vuestra Majestad, dispensándome una honra para la cual nunca será bastante la gratitud mía, depositó en mí su absoluta confianza, autorizándome en todo momento para proceder como a mi juicio mejor conviniera a los intereses del país. Pero lealmente reconozco, después de haber recogido con patriótica ansiedad las manifestaciones de la conciencia pública (algunas surgidas del propio partido que me honra con su dirección y Jefatura), que hoy una gran parte de la opinión española no participa de mi convicción... Ni debo ni quiero gobernar contra la opinión. No la comparto; pero ante ella me rindo. Y por eso pongo en manos de V.M. la dimisión del Gobierno que tengo la honra de presidir...

Esta dimisión tiene carácter irrevocable. Por eso no someto a V.M. la elección de dos políticas, sino que declaro resueltamente que hoy no puedo seguir asumiendo las responsabilidades del Gobierno de mi país.»

Fuente: DUQUE DE MAURA Y MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO, Por qué cayó Alfonso XIII, Madrid, Ediciones Ambos Mundos, Segunda Edición, 1948, p. 292.

Apéndice 2

Editorial publicado en el «Diario Universal» por Álvaro de Figueroa, conde de Romanones, el 19 de agosto de 1914 y del que se extractan estos párrafos:

«España, aunque se proclame otra cosa desde la Gaceta, está, por fatalidades económicas y geográficas, dentro de la órbita de atracción de la Triple inteligencia, Francia, Inglaterra y Rusia; asegurar lo contrario, es cerrar los ojos a la evidencia. España, además, no puede ser neutral, porque, llegado el momento decisivo, la obligarán a dejar de serlo...»

«Si triunfa el interés germánico, ¿se mostrará agradecido a nuestra neutralidad? Seguramente, no. La gratitud es una palabra que no tiene sentido cuando se trata del interés de las naciones...»

«Por el contrario, si fuese vencida Alemania, los vencedores nada tendrían que agradecernos; en la hora suprema no tuvimos para ellos ni una palabra de consuelo; nos limitamos tan sólo a proclamar nuestra neutralidad y entonces ellos, triunfantes, procederán a la variación del mapa de Europa como crean más adecuado a sus intereses...»

«La suerte está echada; no hay más remedio que jugarla; la neutralidad no es un remedio; por el contrario, hay neutralidades que matan.»

Fuente: DUQUE DE MAURA Y MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO, Por qué cayó Alfonso XIII, Madrid, Ediciones Ambos Mundos, Segunda Edición, 1948, p. 273.

Apéndice 3

Se pueden ver el alza de precios desde octubre de 1914: kilo de carne de carnero desde 1,60 a 2,40, de vaca desde 1,90 a 2,60, de ternera desde 2,10 a 3,00, de jamón desde 3,50 a 4,50, kilo de pescado: de sardinas desde 0,85 a 1,10, de merluza desde 1,88 a 2,00. La langosta, una pieza había subido desde 17 reales a un duro, el kilo de patatas, desde 16 céntimos a 22 y el ciento de huevos que se compraba el año anterior a 12 pesetas y media, ahora costaba 14 pesetas.

Balance de Comercio, 1914-1920					
	Valor			Volumen	
	En millones de pesetas Oro			Índice 1913=100	
	Importaciones	Exportaciones	Balance	Importaciones	Exportaciones
1914	1,169	937	-232	79,0	74,9
1915	1,367	1,454	+87	77,9	98,0
1916	1,531	1,975	+443	68,9	105,0
1917	1,556	2,541	+985	52,9	102,1
1918	1,683	2,437	+754	43,1	73,8
1919	2,119	2,470	+611	66,9	101,8
1920	2,571	1,875	-706	100,0	79,6

Evolución de los Precios. (1914-1920)		
Semestres	Campo	Ciudad
Abril 1909-Marzo 1914	100	100
Abril 1914-Septiembre 1914	106	106,9
Octubre 1914-Marzo 1915	110,8	107,7
Abril 1915-Septiembre 1915	117,1	113,8
Octubre 1915-Marzo 1916	118,4	117,6
Abril 1916-Septiembre 1916	123,4	120,3
Octubre 1916-Marzo 1917	125,6	123,6
Abril 1917-Septiembre 1917	139,8	136,1
Octubre 1917-Marzo 1918	149,3	145,4
Abril 1918-Septiembre 1918	172,8	161,8
Octubre 1918-Marzo 1919	178,5	167,7

Evolución de los Precios. (1914-1920)		
Abril 1919-Septiembre 1919	190,9	180
Octubre 1919-Marzo 1920	208,1	192,3
Abril 1920-Septiembre 1920	220,3	202,3

Fuente: ROMERO SALVADÓ Francisco J., Spain: and the First World War: Neutrality and Crisis, Queen Mary and Westfield College, 20 June 1994, pp. 49-50.

Apéndice 4

La pregunta sobre el impacto del gasto militar en la riqueza económica, ha generado muchos estudios y bastante atención en las tres últimas décadas, con bastante controversia sobre la incidencia de este gasto, asociado con los índices de crecimiento más altos o más bajos.

Gran parte de la discusión de las políticas económicas de seguridad nacional y gasto militar llevan implícitas un modelo de defensa tipo «racional» o «neoclásico». Éste asume que el bienestar social es función del presupuesto civil y de una variable, la seguridad; y esta seguridad depende, entre otras cosas, del gasto militar.

El papel del Estado por tanto sería hacer un balance entre el beneficio en bienestar de seguridad extra derivada del gasto militar con su oportunidad de coste en presupuesto civil perdido. Para evaluar esto de forma objetiva, hay que recurrir a un modelo matemático neoclásico.

El beneficio W, puede expresarse en función de la seguridad S y del gasto que cuesta:

$W=W(S, C)$

A su vez, la seguridad S, es función del volumen del gasto militar M y de la peligrosidad del ambiente estratégico E:

$S=S (M, E)$

El presupuesto final Y, estará compuesto por gasto civil C y militar M:

$Y=pC+qM$

Donde «p» y «q», son los precios relativos respecto al presupuesto total.

Por lo tanto, nos queda la función:

$W(S, C)=W [S (M, E), C (M)]$

Por último, todo lo que se requiere es maximizar el beneficio W, bienestar social agregado, con la restricción del presupuesto Y, y con la función de seguridad S=S (M, E).

Fuente: Elaboración propia.

Ponencia 3

La labor humanitaria de España en la Primera Guerra Mundial

Manuel Gracia Rivas
Coronel médico (R)

Introducción

Cuando el 28 de julio de 1914 se produjo la declaración de guerra del imperio austro-húngaro a Serbia, en España se encontraba al frente del gobierno D. Eduardo Dato, del Partido Liberal Conservador, quien inmediatamente se decantó por una postura de neutralidad que fue apoyada por todas las fuerzas políticas. Dos días después del estallido del conflicto, la *Gaceta de Madrid* insertaba una nota del Ministerio de Estado[1] ordenando la más estricta neutralidad a los súbditos españoles y prohibiendo el reclutamiento de soldados para servir en los ejércitos contendientes. El 7 de agosto, aparecía en la *Gaceta* otra nota similar[2], tras la declaración de guerra por parte de Alemania contra Rusia, Francia y el Reino Unido, volviendo a aparecer cada vez que el conflicto se extendía[3].

1 *Gaceta de Madrid* nº 211. 30 de julio de 1914. p. 238.

2 *Gaceta de Madrid* nº 219. 7 de agosto de 1914. p. 308.

3 Así, por ejemplo, con ocasión de la declaración de guerra de Austria Hungría a Montenegro (Gaceta de Madrid nº 226. 14 de agosto de 1914. p. 390); en la de Austria Hungría a Francia y el Reino Unido (*Gaceta de Madrid* nº 227. 15 de agosto de 1914. p. 418) o con motivo del conflicto entre Alemania y el Japón (*Gaceta de Madrid* nº 229. 26 de agosto de 1914. p. 489), por citar otros ejemplos. Todas las notas citadas carecían de firma por lo que, en contra de lo que habitualmente se afirma, no pueden ser consideradas como reales decretos de declaración expresa de neutralidad.

Han sido varias las causas aducidas para justificar la postura del gobierno español y algunos autores consideran que fue una neutralidad «obligada» por la situación de las Fuerzas Armadas y la vulnerabilidad económica del país[4]. De hecho, esa había sido ya la opinión expresada por Manuel Azaña en una conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid, en 1917, donde aseguró que la neutralidad española no había sido libre, sino forzosa, «impuesta por nuestra propia indefensión[5].

El 25 de agosto, Dato envió una carta personal a Antonio Maura, justificando la postura adoptada que estaba dispuesto a mantener, salvo en caso de agresión, y apuntando la posibilidad de que la misma sirviera para que España fuera escenario de una conferencia de paz que pusiera término a la lucha[6].

Más tarde, el presidente del Gobierno volvió a reafirmar su posición, respondiendo a una pregunta parlamentaria formulada por la minoría republicano-socialista, recabando una verdadera solidaridad nacional para «la mejor salvaguardia de los altos y sagrados intereses de la Patria»[7].

Es cierto que, en aquellos momentos, se abrigaba la esperanza de que el enfrentamiento se resolviera con rapidez; pero conforme la guerra se fue dilatando y nuevos países se incorporaron a la misma, surgieron posturas contrapuestas en el seno de la sociedad española, llegando en algún momento a plantearse la posibilidad de un cambio radical de postura.

De hecho, las fuerzas conservadoras se mostraban más proclives a los imperios centrales, mientras que los progresistas eran decididamente partidarios de la Triple Entente, aunque evitaron que el debate llegara a las Cortes para que no se acrecentara la polarización de la opinión pública. La caída de Dato en diciembre de 1915 y la llegada a la Presidencia del Gobierno del conde de Romanones representó una discreta alteración del equilibrio que hasta entonces se había mantenido, debido a su posición claramente favorable a los aliados. Fueron los hundimientos de mercantes españoles por los submarinos alemanes los que, entonces y especialmente en 1918, estuvieron a punto de provocar una ruptura con

---

4 PONCE MARRERO, Javier. «La neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial: Nuevas perspectivas». *IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*. Universidad de Murcia, 2008.
PARDO SANZ, Rosa. «España ante el conflicto bélico de 1914-1918: ¿Una espléndida neutralidad?» en Salvador FORNER (Ed.). *Coyuntura internacional y Política española*. Alicante, 2010. pp. 45-63.

5 AZAÑA, Manuel. «Los motivos de la germanofilia». Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid el 25 de mayo de 1917.

6 Carta de D. Eduardo Dato a D. Antonio Maura de 25 de agosto de 1914. Citada por MORALES LEZCANO, Víctor. «La neutralidad española» en *España y la Gran Guerra*. Cuadernos Historia 16, nº 197. Madrid, 1985. pp. 4-7, entre otros autores que la reproducen parcialmente.

7 *Diario de Sesiones del Congreso*. Legislatura 1914. Sesión de 5 de noviembre de 1914.

Alfonso XIII con Eduardo Dato.

Alemania que no llegó a materializarse.

En realidad uno y otro bando prefirieron que España mantuviese su posición inicial, a lo largo de todo el conflicto. Ello no fue obstáculo para que, en determinados momentos presentaran propuestas para el caso de que el gobierno español se inclinara hacia ellos. Alemania llegó a prometer Tánger, Gibraltar y libertad de acción en Portugal, a cambio de nuestra beligerancia. Sin embargo, era consciente que ello desembocaría en un inmediato ataque a las islas Baleares y Canarias y a la interrupción de las comunicaciones con Marruecos, sin que se pudiera hacer nada por evitarlo[8].

Aunque el gobierno español no llegó a tomarla en consideración, se tanteó la posibilidad de una contraoferta por parte de Londres y París. Se ha llegado a sugerir la posibilidad de que los británicos estudiaran la cesión de Tánger y el cambio de Gibraltar por Ceuta[9], pero nunca hubo una propuesta concreta, entre otras razones porque lo que España podía ofrecer al esfuerzo bélico era muy poco y los suministros que les interesaban quedaban garantizados desde una posición de neutralidad.

Mientras tanto, en el seno de la sociedad española se habían ido decantando las posiciones a favor de uno y otro bando. En unos casos por motivaciones políticas pero también por razones geográficas. Mientras las zonas del interior eran partidarias de la Triple Alianza, las periféricas se manifestaban claramente favorables a la Triple Entente. Esto fue especialmente significativo en el caso de Cataluña, donde los sectores nacionalistas mostraron un decidido apoyo a Francia y el Reino Unido con la esperanza de que, al término de la guerra, les ayudaran a conseguir su aspiración de proclamar el estado catalán[10].

La Unió Catalanista creó, en 1916, el «Comité de Germanor amb els Voluntaris Catalans» que presidía el Dr. D. Joan Solé y Pla para ayudar a quienes se habían enrolado en las filas francesas, a través de *Amitiés Françaises*, un órgano constituido por el Ministerio de Guerra francés para canalizar el

8 PONCE GUERRERO, Javier. *Op. cit.*

9 PARDO SANZ, Rosa. *Op. cit.* p. 6.

10 MARTÍNEZ FIOL, David. *Els volontaris catalans a la Gran Guerra 1914-1918.* Barcelona, 1991.

encuadramiento de los voluntarios extranjeros, el cual disponía de centros en París y Perpiñán. La propaganda nacionalista llegó a afirmar que fueron cerca de 12.000 los catalanes que participaron en el conflicto. Sin embargo, esta cifra se aleja mucho de la realidad contrastada por otras fuentes. Myriam Mayer y Emilio Condado[11], que han estudiado la presencia de españoles en la Gran Guerra, hacen referencia al informe del barón de Lyons de Feuchan[12] quien, ante la Cámara de Diputados francesa, cifraba en 1.328 el número de voluntarios españoles, mientras que las fuentes procedentes de la propia Legión Extranjera lo reducen a 642.

Todos ellos estuvieron encuadrados en el regimiento de marcha de la Legión Extranjera, en el que se reagruparon los regimientos de marcha creados al comienzo de la guerra. Es interesante destacar que los voluntarios españoles no fueron solamente catalanes, pues los hubo también de otras regiones. Algunos de ellos se distinguieron en acción de guerra, como los cabos Arocas y Leva, condecorados con la Legión de Honor[13].

No fue la única iniciativa de apoyo a los ejércitos aliados ya que, en Madrid, el duque de Alba, D. Jacobo Fitz-James Stuart creó el Patronato de Voluntarios Españoles, sobre cuya actuación publicó una memoria en 1920[14], así como una obra de José Subirá con testimonios de la presencia española en la contienda[15].

Pero hubo también españoles, aunque en menor número, que apoyaron a los imperios centrales, bien como combatientes o como agentes de espionaje. Alfred López dio a conocer el caso de Adolfo Guerrero, detenido en Londres cuando realizaba actividades a favor del ejército alemán, bajo la cobertura de corresponsal del diario madrileño *El Ideal*. Condenado a muerte, logró salvarse merced a la intervención personal del rey Alfonso XIII[16]. Ya, en 1917, el enviado especial de *ABC* en Londres, Miguel de Zárraga, había hecho alusión a este asunto que tuvo para él complicaciones, al dar a conocer este caso, dando lugar a que ese diario fuera acusado de ser «un periódico germanófilo y, por lo tanto, enemigo declarado de Inglaterra»[17].

---

11 MAYER, Miriam y CONDADO, Emilio. «Españoles en la Gran Guerra: Los voluntarios cántabros». *Monte Buceiro*, nº 10. Santoña, 2004. pp. 172-194.

12 *Rapport sur le biñan des pertes en morts et en blessés des Nations belligérantes. Journal Officiel. Documents parlementaires, annexe 335*. Année 1924.

13 MAYER, Miriam y CONDADO, Emilio. *Op. cit*.

14 *Patronato de Voluntarios Españoles. Memoria de su actuación (1918-1919*). Comité de aproximación franco-española. Madrid, 1920.

15 SUBIRÁ, José. *Los españoles en la guerra de 1914-1918*. 4 volúmenes. Patronato de Voluntarios Españoles. Madrid, 1920.

16 LÓPEZ, Alfred. «Los españoles que combatieron en la Primera Guerra Mundial». *Cuadernos de Historia*. Blog de es.noticias.yahoo.com

17 ZÁRRAGA, Miguel de. «Lo que no puede decirse». *ABC*. Sábado 27 de enero de 1917. p. 6.

Entre los que realizaron labores de espionaje a favor de los aliados destaca Jaume Mir Mas, un catalán residente en Bélgica que pasó numerosos documentos a Holanda en el doble fondo de un carruaje de dos ruedas[18]. El contraespionaje alemán le tendió una trampa y, tras ser detenido, fue condenado a muerte. Una vez más, la intervención de Alfonso XIII le salvó de la pena capital y, en 1920, el gobierno belga le concedió la medalla de la Ordre de Leopold. Seis años después, publicó sus memorias[19] y, durante la Guerra Civil española, llegó a ser comisario de Propaganda del Govern catalá en Bruselas.

Uno y otro caso son, tan solo, meros ejemplos de las muchas personas que colaboraron con los contendientes, realizando labores de espionaje en los distintos países y en la propia España que durante toda la guerra se convirtió en un importante núcleo de este tipo de actividades.

Observadores en los frentes de batalla

Para el Ejército español las acciones bélicas que se desarrollaban en los distintos frentes de batalla suscitaban un interés profesional al que el Ministerio de la Guerra quiso responder creando una revista, en mayo de 1916, que se llamó *La guerra y su preparación*,[20] en la que, desde un punto de vista estrictamente técnico, se abordaron los aspectos más interesantes del conflicto relacionados con armamento, táctica y planteamientos de las operaciones militares.

Atendiendo a un herido.

La información que en ella se insertaba procedía de la recabada por los agregados militares en los diferentes países y, en algunos casos, de las memorias elaboradas por los observadores enviados a los frentes de batalla.

Precisamente, en relación con la labor desarrollada por estos últimos en el transcurso de la guerra, el coronel Redondo Díaz presentó una co-

18 PASTOR PETIT, Domingo. *Espías españoles*. Argos Vergara. Barcelona, 1979.

19 MIR, Jaime. *Mémoires d'un condamné a mort (1914-1918).* Libraire Plon. París, 1926.

20 Era una publicación mensual que se distribuía en todos los centros y dependencias del Ejército de Tierra. Continuó editándose hasta 1931.

municación al X Coloquio de la Comisión Internacional de Historia Militar, celebrado en Stuttgart en 1985, que fue publicada en la *Revista de Historia Militar*[21].

Como señalaba este historiador militar, la presencia de observadores españoles en diferentes conflictos era una práctica que gozaba de larga tradición por lo que, tras el desencadenamiento de la Gran Guerra, se puso especial interés en conocer de cerca el desarrollo de las operaciones, facilitando la presencia de observadores la condición de España como país neutral.

Fue Francia el escenario que más tempranamente recabó la atención de los militares españoles. Por ese motivo, en noviembre de 1914, se creó en París una comisión permanente integrada por el coronel de Ingenieros D. Francisco Echagüe Santoyo y el teniente coronel de Estado Mayor D. Juan García Benítez. De esta comisión formaron parte, más tarde, diversos oficiales de los distintos cuerpos, alguno de los cuales, como el capitán D. Pedro Jevenois Labernade, tenían experiencia en estos cometidos, pues había sido observador en la guerra ruso-japonesa.

Junto a la labor desarrollada por esta comisión permanente hay que señalar la realizada por otras comisiones «extraordinarias» que, por propia iniciativa o atendiendo a las invitaciones formuladas, recorrieron algunos escenarios bélicos.

El 13 de enero de 1916, el infante D. Carlos de Borbón, que era general de división y cuñado del rey Alfonso XIII, visitó el frente francés en compañía del su hermano D. Rainiero de Borbón, príncipe de las Dos Sicilias. En Rossons fueron recibidos por el general Alby, comandante del 6º Ejército y, posteriormente, cumplimentaron al mariscal Joffre en Chantilly.

Respondiendo a invitaciones del gobierno británico visitaron los frentes ingleses en Francia varias comisiones. En agosto de 1916, lo hizo la que presidía el teniente coronel de Estado Mayor D. Emilio Figueras Fernández que ya había estado en la guerra turco-balcánica.

De mayor nivel fue la que, en enero de 1917, presidió el general de división D. Miguel Primo de Rivera. En Amiens, fueron recibidos por el general Rawlinson, jefe del 4º Ejército, y por el general Allenby, comandante del 3º. Aunque la visita había sido programada por iniciativa de los británicos, en París recibieron autorización para recorrer, posteriormente, la zona de operaciones del ejército francés, siendo recibidos en Chalons-sur-Marne por el general Roques.

En marzo de ese mismo año, el general de brigada D. Dámaso Berenguer Fusté presidió otra comisión que, invitada por los británicos, pudo

[21] REDONDO DÍAZ, Fernando. «Los observadores militares españoles en la Primera Guerra Mundial». *Revista de Historia Militar*, nº 58. Madrid, 1985. pp. 197-208.

recorrer sus líneas y, como en el caso anterior, el Ministerio de Guerra francés les permitió visitar posteriormente las posiciones francesas en el Somme.

A estas visitas hay que sumar la llevada a cabo por otra comisión, en agosto de 1918, por invitación de las fuerzas expedicionarias norteamericanas en Francia y alguna iniciativa «privada» como la visita efectuada por el general de brigada D. Manuel Fernández Silvestre al frente francés, en diciembre de 1916, cuando regresaba de Viena, tras haber asistido a los funerales del emperador Francisco José.

Pero no fueron únicamente los frentes de la Triple Entente los visitados por las comisiones de observadores españoles; también recorrieron los de los imperios centrales. La primera de ellas llegó a Berlín el 15 de febrero de 1917 y estuvo presidida por el general de brigada D. Luis de Santiago Aguirrebengoa. A diferencia de las visitas efectuadas a los frentes aliados, generalmente de corta duración, en este caso el recorrido de los observadores españoles se prolongó durante un mes.

También fue muy minuciosa la visita efectuada, durante los meses de abril y mayo de ese mismo año, por otra comisión presidida por el coronel de Estado Mayor D. Bartolomé de Zayas y Borrel que pudo conocer, en Prusia Oriental, los escenarios donde habían tenido lugar las batallas de Tannenberg y de los lagos masurianos, en 1914. Por su parte, en abril de 1917, el gobierno de Austria-Hungría formuló otra invitación para visitar a sus tropas, siendo enviada una comisión que presidió el general de brigada D. Ricardo Burguete Lana. Circunscrita, inicialmente, a un recorrido por los pasos del Danubio utilizados durante la campaña contra Serbia, el viaje se prolongó durante un mes, al ser autorizados a visitar el frente del Tirol y, posteriormente, a Bucarest, atendiendo a una invitación personal del mariscal Mackensen.

Es importante resaltar la importancia de todas estas visitas, tanto por el hecho de formar parte de las comisiones una serie de prestigiosos militares que, más tarde, desempeñarían cometidos relevantes en el Ejército español, como por la influencia que las enseñanzas obtenidas tuvieron a la hora de modificar la doctrina operativa del mismo.

Supervisión de los campos de prisioneros

Cuando dio comienzo la I Guerra Mundial ninguna de las potencias implicadas creyó que el conflicto llegaría a dilatarse en el tiempo. Por este motivo, hubo aspectos que no fueron suficientemente previstos, como el establecimiento de campos de internamiento para prisioneros. Sin embargo, a lo largo del conflicto fueron numerosos los creados en todos los países implicados, tanto para combatientes como para personal civil.

En aquellos momentos, el Derecho Internacional era muy impreciso a la hora de regular todo lo relacionado con la supervisión de los mismos. La Cruz Roja Internacional reconocía que, tanto la Convención de Ginebra de 1864 y la de 1906 en vigor, como los Convenios de La Haya de 1907, eran instrumentos insuficientes para el desarrollo de su cometido. A pesar de ello, al inicio de la guerra, creó la *International Prisoners-of-War Agency* para reunir y transmitir información sobre los prisioneros. Por otra parte, alcanzó acuerdos con los diferentes Estados beligerantes para visitar los campos, comprobar las condiciones de los mismos y elaborar informes encaminados a su mejora que, en ningún momento, tenían carácter vinculante.

Campo de prisioneros.

Junto a las tareas del Comité Internacional de la Cruz Roja, hubo países neutrales que también desarrollaron una gran labor en este ámbito. Entre ellos es preciso destacar la labor de España donde, por deseo expreso de Alfonso XIII, fueron creadas diversas comisiones para la inspección de los campos de prisioneros que dependían del Ministerio de Estado y estaban bajo la supervisión de los respectivos embajadores en cada uno de los países visitados.

Su labor no estuvo exenta de algunas dificultades, como han señalado algunos autores[22]. Así, por ejemplo, sucedió en Alemania cuando una de las comisiones quiso visitar el frente, siéndoles denegada la autorización al considerar las autoridades que no actuaban como militares españoles, sino como delegados de los gobiernos que tenían prisioneros[23].

[22] STIBBE, Matthew. «The Internment of Civilians by Belligerent States during the First World War and the Reponse of the International Committee of the Red Cross». *Journal of Contemporany History*. Vol. 4, nº 1. 2006. pp. 5-19.

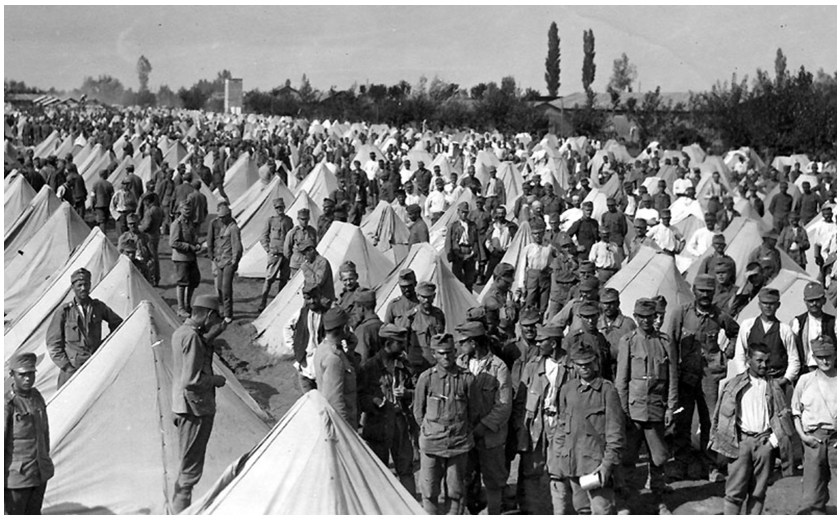
[23] REDONDO DÍAZ, Fernando. *Op. cit*. pp. 200 y ss.

Su labor fue muy importante, aunque no ha sido objeto de un estudio pormenorizado, respecto a sus integrantes ni a los campos visitados. Sabemos, a través de Redondo, que el entonces capitán médico D. Mariano Gómez Ulla, actuó como inspector en Francia y Alemania, antes de ser destinado a la misión permanente en París, junto con el farmacéutico de 1ª D. Antonio Moyano Cordón.

En Alemania desempeñaron esta función un número significativo de oficiales, no sólo médicos sino también de las distintas armas. Entre los primeros hay que destacar a D. Antonio Vallejo Nájera que durante su estancia en Berlín tuvo oportunidad de entrar en contacto con destacadas figuras de la psiquiatría alemana cuyas enseñanzas incidieron de forma decisiva en su definitiva dedicación a esta especialidad[24].

En Austria-Hungría la comisión que se encargó de visitar los campos estuvo presidida, entre marzo de 1917 y 1918, por el entonces comandante de Ingenieros D. Ricardo Álvarez-Espejo y González de Castejón. En esta ocasión pudieron visitar diversos centros militares como la Academia Militar de María Teresa o el campo de aviación de Wiener Neustadt, algo en lo que estaba muy interesado el comandante Álvarez-Espejo que, años después, llegaría a ser jefe del Servicio de Aviación Militar.

En total, fueron 4.000 las visitas realizadas a los campos de concentración por estas comisiones, logrando mejoras significativas que, en 1917, fue reconocida por el presidente de la Conferencia de Cruces Rojas neutrales, a través de un mensaje remitido al rey Alfonso XIII.



Campo de prisioneros.

[24] BANDRÉS, Javier y LLAVONA, Rafael. «La Psicología en los campos de concentración de Franco». *Psicothema*, vol 8, nº 1. 1996. pp. 1-11.

La guerra desde la Armada

Al igual que sus compañeros del Ejército, los oficiales de la Armada siguieron con gran interés el desarrollo de la guerra. A partir de septiembre de 1914, fueron apareciendo mensualmente en la *Revista General de Marina*, unos artículos con el título genérico de «La guerra europea» en los que se reseñaban los principales acaecimientos bélicos en el ámbito naval. Es curioso que los únicos trabajos doctrinales publicados en el transcurso del conflicto hicieran referencia a temas sanitarios, siendo su autor el inspector general del Cuerpo de Sanidad de la Armada D. Federico Montaldo Peró[25], aunque hubo algún otro sobre aspectos concretos, como las pérdidas navales[26].

También se creó una comisión de observadores que visitó Alemania y las zonas ocupadas, en agosto de 1917, por invitación del Almirantazgo[27]. Sus miembros fueron recibidos en Brujas por el almirante Schroeder y, tras visitar diversas instalaciones en la Bélgica ocupada, viajaron a Alemania, donde pudieron embarcar en los submarinos *U-55* y *S-61* y recorrer diversas instalaciones navales[28].

Hundimiento del HMHS Britannic.

[25] MONTALDO, Federico. «Enseñanzas sanitarias de la guerra actual». *Revista General de Marina*. 1915/08. pp. 159-182.
___ «Nuevos medios ofensivos en la guerra actual. Entelequia médico-social». *Revista General de Marina*. 1915/09. pp. 321-337.

[26] United States Naval Institute Proceeding. «Las pérdidas navales de los beligerantes en la guerra». *Revista General de Marina*. 1916/03. pp. 380-387.

[27] De ella formaron parte los tenientes de navío D. Pedro Cardona Prieto, D. Francisco Moreno Fernández y D. José Cornejo Carvajal. El primero de ellos sería, más tarde, el fundador de la Aviación naval española, muriendo fusilado en Barcelona en 1936, mientras que el segundo fue el jefe de la Flota nacional durante la guerra civil española.

[28] REDONDO DÍAZ, Fernando. *Op. cit*. pp. 202-203.

La generalización de la guerra submarina por parte de los imperios centrales no sólo tuvo graves consecuencias para el tráfico marítimo, sino que afectó también a los buques hospitales. Durante el mes de marzo de 1917, fueron hundidos por submarinos alemanes los buques hospitales británicos *Asturias* (21 de marzo) y *Gloucester Castle* (30 de marzo) y el *Georgian*, por el submarino austriaco *UB-47* (8 de marzo). Al mes siguiente y en un mismo día, 17 de abril, dos nuevos buques hospitales británicos sucumbieron a los torpedos alemanes, el *Donegal* y el *Lanfranc*, con la justificación de que eran utilizados para fines distintos de los declarados. Estos hechos provocaron una grave crisis en la que Francia amenazó con embarcar en sus buques a prisioneros alemanes, mientras que Alemania anunció que por cada prisionero alemán embarcado, situaría a tres prisioneros franceses en los lugares más expuestos a los bombardeos aliados. Ante esta situación, el rey Alfonso XIII intervino como mediador, proponiendo la presencia de observadores españoles, a bordo de los mismos, para garantizar el correcto empleo de estas unidades[29].

La propuesta fue aceptada por las partes beligerantes y, desde mediados de 1917, marinos españoles embarcaron en los buques hospitales de diversos países. No conocemos todos sus nombres ni las unidades a las que fueron destinados, aunque Bordejé Morencos[30] fueron tres capitanes de fragata, trece capitanes de corbeta y cinco tenientes de navío los que desempeñaron este cometido a bordo de buques hospitales franceses, británicos, italianos y griegos, actuando como delegados del Gobierno español. Sin embargo, estos datos no concuerdan con las de otras fuentes. Así, por ejemplo, el 22 de junio de 1919 fueron condecorados por el embajador británico en Madrid, sir Arthur Hardinge, con las insignias de la Orden del Imperio Británico, «los marinos españoles que, durante el periodo álgido de la guerra submarina» prestaron servicio «a bordo de los buques hospitales británicos, garantizando así que los buques ingleses no conducían contrabando de guerra». Fueron once capitanes de fragata y tres tenientes de navío los que aparecen reseñados en el *Boletín de Medicina Naval*, que se hizo eco de la noticia, con sus nombres[31].

[29] Tras esta iniciativa disminuyó el número de ataques, aunque no cesó por completo. De hecho, en 1918 fueron hundidos por submarinos alemanes los buques hospitales británicos *Rewa* (4 de enero), el *Kyarra* (26 de mayo) y el *Llandovery Castle* (27 de junio), mientras que también fue torpedeado el *Guilford Castle* (18 de marzo), aunque no llegó a hundirse. También fueron hundidos el *Koningin Regentes*, de los Países Bajos (6 de junio) y el italiano *Cordova* (4 de julio).

[30] BORDEJÉ MORENCOS, Federico Fernando. *Vicisitudes de una política naval*. Editorial San Martín. Madrid, 1978. p. 293 y pp. 321-322.

[31] *Boletín de Medicina Naval*, nº 20. 15 de julio de 1919. p. 496. Los condecorados fueron: capitanes de fragata: D. José Núñez Quijano, D. Gonzalo de la Puerta y Díaz, D. Antonio Gascón Cubells, D. Lorenzo Milá Battle, D. Roberto López Barril, D. Álvaro de Churruca y Murga, D. Ramón Martínez del Moral, D. Lorenzo Moya y Matanza, D. Tomás Sostoa y Martínez, D. Eugenio Montero y D. Eduardo Vardía y Camba. Con ellos, los tenientes de navío D. Adolfo Leria y López, D. José González-Hontoria y D. Ángel Rico.

Por lo que respecta al Cuerpo de Sanidad de la Armada hemos encontrado a tres oficiales médicos que fueron destinados a las órdenes del embajador de España en Berlín y que, por lo tanto, debieron formar parte de las comisiones encargadas de supervisar los campos de prisioneros[32]. En 1917, lo fue el médico 2º (teniente) D. Miguel de Valderrama Miranda[33] y, al año siguiente, los médicos 1º (capitanes) D. José Vallo Salgado y D. Miguel Martínez Falero.

Por su parte, el médico 1º D. Víctor Enríquez Gundín fue comisionado, en julio de 1917, para atender a la dotación del submarino alemán *UB-23*, internado en Ferrol hasta el final de la guerra[34].

Sin embargo, el mayor reto al que tuvo que enfrentarse la Armada durante el conflicto fue la atención a los evacuados de la colonia del Camerún, una posesión alemana que limitaba al sur con la Guinea Española. Allí se encontraban destinados unos 1.000 soldados alemanes y algo más de 3.000 soldados indígenas. Tras la ofensiva franco-belga emprendida desde el Chad, soldados alemanes e indígenas, junto a funcionarios de la administración colonial y sus familias atravesaron la frontera. Su número varía según las fuentes consultadas. Bordejé[35] afirma que fueron 5.621 oficiales y soldados, acompañados por 11.850 civiles, mientras que el médico de la Armada D. Luis Figueras Ballester[36], testigo presencial de los hechos, los reduce a 12.000 personas[37].

Inicialmente, los refugiados acamparon en las playas del territorio continental de Guinea, desde donde fueron llevados muy pronto a la isla de Fernando Poo, cuya población se vio duplicada con los recién llegados. Hubo que construir alojamientos improvisados, tarea en la que colaboraron los soldados, pero el estado en el que se encontraban y la falta de alimentos provocaron la aparición de una epidemia de disentería. Se decidió entonces trasladar a la península a todos los europeos, quedando

32 MARTÍNEZ CERRO, Manuel. *La Sanidad Naval en el siglo xx*. Editorial Editmex. Madrid, 1995.

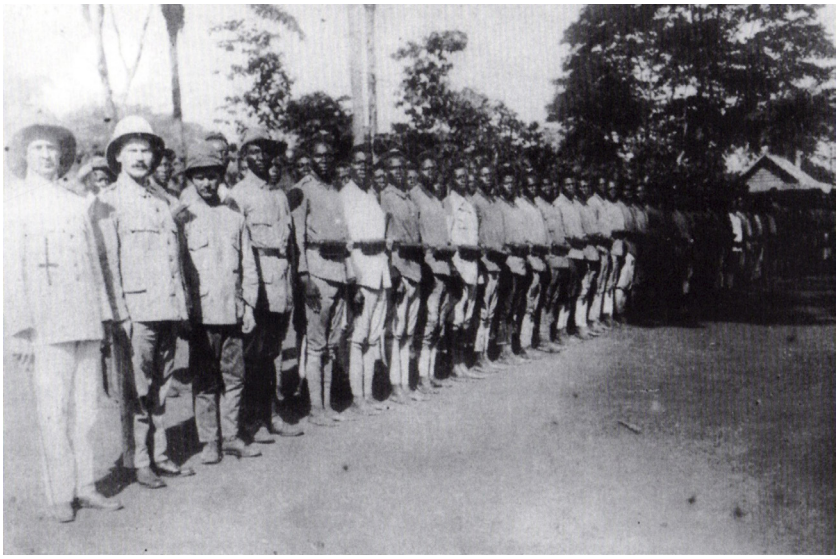
33 D. Miguel de Valderrama falleció en Berna, en noviembre de 1918, cuando regresaba a España, a consecuencia de la epidemia de gripe que, en aquellos momentos, causaba estragos. Al sepelio, presidido por el ministro de Negocios de España en esa ciudad, asistió todo el personal de la Legación y el capitán médico Barbero (del Cuerpo de Sanidad Militar) que le acompañaba. La noticia aparece en *Boletín de Medicina Naval*. Nº 5, 1 de diciembre de 1918. pp. 129-130.

34 MARTÍNEZ CERRO, Manuel. *Op. cit*. p. 24.

35 BORDEJÉ MORENCOS, Federico Fernando. *Op. cit*. Muy similar es la cifra que señala CERVERA PERY, José. *La Marina española en Guinea Ecuatorial*. Santa Isabel-Madrid, 1968. Para este autor fueron unas 17.000 personas las que atravesaron la frontera.

36 FIGUERAS BALLESTER, Luis. «La internación alemana en Fernando Poo desde el punto de vista sanitario». *Revista General de Marina*, 1918/11; 1919/01; 1919/02; 1919/04 y 1919/09.

37 Esta discrepancia pueda deberse al hecho de que la cifra de Ballester haga referencia a los que quedaron en Guinea, tras la rápida evacuación de los europeos.



Tropas indígenas alemanas internadas en la Guinea Española.

solamente 100 en la isla. Según Jesús Perea[38], fueron 900 los alemanes que llegaron a Cádiz el 4 de mayo de 1916, siendo internados en Aranjuez, Pamplona, Alcalá de Henares y Zaragoza.

Mientras tanto, las acertadas medidas adoptadas por el gobernador general de la colonia, contribuyeron a superar la crisis planteada en Guinea, donde se levantaron nuevos edificios y un gran hospital de indígenas. En esta tarea colaboró de manera decisiva la Armada que envió a varios médicos para prestar atención sanitaria y realizar varias campañas de vacunación[39]. Uno de ellos, el Dr. Figueras Ballester señalaba en una serie de artículos publicados en la *Revista General de Marina* «la internación alemana en Fernando Poo puede ser considerada como modelo de actuaciones».

Esta actuación tuvo imprevistas consecuencias, a raíz de que el Káiser decidiera enviar un mensaje personal de agradecimiento al rey de España, por medio del *U-35* que entró en el puerto de Cartagena, donde fue reaprovisionado, lo que puso en una situación muy delicada al gobierno español, ante la protesta de los embajadores de Francia y el Reino Unido, por lo que, a partir de ese momento no se admitieron nuevas visitas a los puertos españoles.

38 PEREA RUIZ, Jesús. «Guerra submarina en España (1914-1918)». *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*. Tomo 16. 2004. pp. 193-229.

39 Junto al citado médico 1º D. Luis Figueras Ballester, fueron destinados a este cometido los médicos del Cuerpo de Sanidad de la Armada D. Rufo Sanz e Iriondo, que sería sustituido más tarde por D. Enrique Enciso Gallurt; D. Rodrigo Suárez Zamora que llegaría a ejercer la dirección del hospital de indígenas; D. Horacio Olivares Bel; D. Plácido Huertas Naves y D. Luis Mena Burgos, junto con varios practicantes.

La actuación personal del rey Alfonso XIII

SM el rey Alfonso XIII.

La actuación personal del rey Alfonso XIII, a lo largo de todo el conflicto, fue especialmente significativa y ha merecido la atención de diversos autores. Especial interés reviste el artículo publicado por el Prof. D. Enrique González Fernández en la revista *Mar Océana*[40], donde realiza una acertada síntesis del esfuerzo del monarca para aliviar los sufrimientos de muchas personas.

Al inicio de la guerra, el monarca era un joven de 28 años, amigo de todos los monarcas europeos, que se enfrentaba al dilema personal planteado en su propia familia por el hecho de que su madre, la reina María Cristina, era austriaca y hermana del archiduque Federico, generalísimo del Ejército de Austria-Hungría, mientras que su esposa, la reina Victoria Eugenia, nacida en Gran Bretaña, tenía a dos de sus hermanos desempeñando altos cometidos en los ejércitos aliados. A pesar de ello, el rey supo mantener la neutralidad española durante todo el conflicto, incluso en los momentos más delicados.

Por otro lado, su compromiso personal con los afectados llegó a alcanzar una dimensión extraordinaria. El desencadenante fue una carta, recibida en palacio, de una sencilla lavandera francesa en la que pedía su intervención para conocer el paradero de su marido, un soldado desaparecido en la batalla de Charleroi el 28 de agosto de 1914. Alfonso XIII puso en marcha todas sus influencias hasta lograr dar con el paradero del soldado, prisionero en Alemania. De esta gestión se hicieron eco, inmediatamente, muchos medios de comunicación europeos que dedicaron grandes elogios al comportamiento del joven monarca.

Como consecuencia de ello, comenzaron a llegar peticiones similares a Madrid y, entonces, el rey decidió crear una oficina en el Palacio Real para atenderlas. Inicialmente, en ella trabajaba únicamente el monarca y su secretario particular D. Emilio María de Torres, pero ante el aluvión de cartas recibidas fue preciso aumentar el personal que llegó a estar integrado por tres diplomáticos y cuarenta empleados que se hicieron cargo

[40] GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Enrique. «La obra humanitaria del Rey Alfonso XIII durante la Primera Guerra Mundial». *Mar Océana*, nº 2. 1995. pp. 283-296.

de las 10 secciones[41] en las que fue estructurada la oficina, financiada con los fondos privados del propio rey[42].

La labor desarrollada por el rey de España fue ingente, pues todos los días dedicaba varias horas a atender los problemas planteados, escribiendo de su propia mano muchos de los comunicados remitidos a diferentes países, contribuyendo de manera decisiva a aliviar la suerte de muchas personas de todo origen y condición.

Según algunas fuentes[43], la acción humanitaria de esta oficina facilitó ayuda a 122.000 prisioneros franceses y belgas, 7.950 ingleses, 6.350 italianos, 400 portugueses, 350 americanos y 250 rusos. Por otra parte, logró repatriar a 21.000 prisioneros enfermos y a unos 70.000 civiles.

Entre las personas que se beneficiaron de sus gestiones figuran el gran historiador belga Henry Pirenne y el profesor de la Universidad de Gante Paul Fredericq, detenidos en Alemania, por quienes, a petición del rey Alberto I, abogó ante Guillermo II, logrando que fueran enviados a Suiza. También logró la liberación del actor y cantante francés Maurice Chevalier, que había sido movilizado, resultando herido en las primeras semanas, siendo enviado cautivo a Alemania; la del bailarín Vaslav Nijinski, detenido en Hungría; o el caso especial de Arthur Rubinstein a quien Alfonso XIII le facilitó un pasaporte español en 1916, para que pudiera viajar libremente durante el transcurso de la guerra.

La simpatía que despertaron sus gestiones fue enorme, así como el eco que tuvieron en los medios de comunicación. No es de extrañar, por lo tanto, que en 1917 el jurista y senador vitalicio del reino D. Francisco Lastres y Juiz presentara su candidatura al Premio Nobel de la Paz que, finalmente, recayó en el Comité Internacional de la Cruz Roja. Volvió a ser propuesto, de nuevo, en 1933. En esta ocasión la candidatura era suscrita por varios miembros del Instituto de Derecho Internacional, cuando el monarca vivía ya en el exilio, aunque tampoco tuvo éxito.

Anteriormente, 9.000 ayuntamientos españoles habían pedido la concesión de la Gran Cruz de Beneficencia, a lo que se negó el rey, afirmando que «No soy yo quien debe lucir esta cruz, sino España», proponiendo

41 Estas secciones eran: Servicio de desaparecidos; Servicio de información y correspondencia en territorios ocupados; Servicio de prisioneros; Servicio de repatriaciones de militares graves y enfermos; Servicio de repatriaciones de población civil; Servicio de internamiento en Suiza; Indultos; Conmutaciones de pena; Remesa de fondos a individuos o familiar que viven en territorios ocupados y que se hallan incomunicadas hace tiempo con sus familiares; e Informes relativos a las visitas de inspección realizadas por los delegados afectos a la Embajada de Su Majestad en Berlín, Viena y Roma.

42 Llegó a gastar en esta tarea más de dos millones de pesetas de la época.

43 REYES, Luis. «24 de octubre de 1914. Alfonso XIII crea la Oficina Pro Cautivos, que ayudaría a más de 200.000 prisioneros en la Primera Guerra Mundial». *Tiempo*, 29 de octubre de 2010.

que se le impusiera a la bandera del Regimiento de Cazadores a caballo «Alfonso XIII»[44].

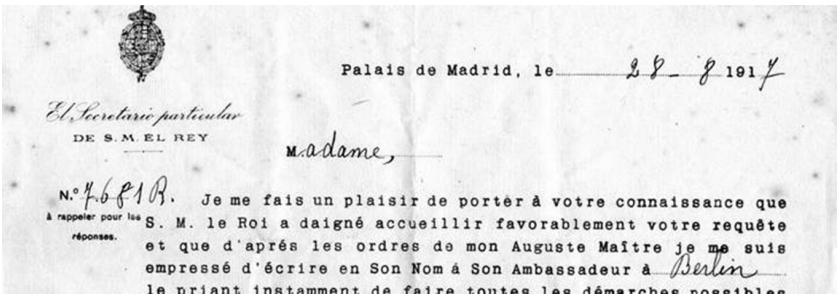
No podemos dejar de recordar la actuación de la reina Victoria Eugenia al frente de la Cruz Roja Española durante aquellos años. Fueron numerosas las cuestaciones organizadas para recaudar fondos y, sobre todo, tuvo una decidida participación en la renovación de esta institución, a la luz de las enseñanzas derivadas del conflicto, al ser consciente del papel que podía desarrollar en situaciones semejantes.

La Comisión de Ayuda a Bélgica

Tras la ocupación alemana de Bélgica se produjo una grave situación sanitaria, agravada por el bloqueo naval inglés. Para paliarla se constituyó una comisión internacional con el nombre de *Commission for Relief in Belgium* (CRB), la mayoría de cuyos miembros fueron norteamericanos y cuyo presidente fue Herbert Hoover que, posteriormente, llegaría a ser presidente de los Estados Unidos de América.

Inicialmente, trató de resolver el problema de los norteamericanos que habían quedado bloqueados en Bélgica pero, posteriormente, organizó numerosos envíos de alimentos que eran distribuidos por la Cruz Roja Belga. Parte de esos alimentos llegaron también al norte de Francia.

Para ello, se fletaron más de 100 barcos que contaban con el salvoconducto de las autoridades británicas y alemanas. Iban identificados con grandes pancartas en sus costados en las que se podía leer «Relief for Belgium»[45] y llegaron a transportar 5,7 millones de toneladas de alimentos, lo que contribuyó de manera decisiva a aliviar la situación de muchas personas.



Palais de Madrid, le 28 - 8 191 7

El Secrétaire particulier
DE S.M. EL REY

Madame,

N.° 7681 B. Je me fais un plaisir de porter à votre connaissance que
À rappeler pour les réponses.
S. M. le Roi a daigné accueillir favorablement votre requête
et que d'aprés les ordres de mon Auguste Maître je me suis
empressé d'écrire en Son Nom á Son Ambassadeur à Berlin
le priant instamment de faire toutes les démarches possibles

Carta de respuesta a una petición humanitaria.

La Comisión constituyó un caso peculiar dentro del Derecho Internacional ya que, en realidad, se trataba de un organismo privado que, sin embargo,

[44] REYES, Luis. *Op. cit.*

[45] A pesar de ello, algunos fueron atacados y hundidos por submarinos alemanes.

dispuso de bandera propia, suscribió acuerdos con las partes beligerantes y sus buques disfrutaron de privilegios que no se concedieron a otros pabellones.

El problema se suscitó cuando Estados Unidos entró en la guerra. Inmediatamente, los alemanes obligaron a la retirada de los representantes de esta nacionalidad, lo que puso en peligro el esfuerzo realizado hasta entonces.

El embajador español en París, siguiendo las instrucciones de nuestro gobierno ofreció la posibilidad de que España se hiciera cargo de la misma[46]. Al deseo de Alfonso XIII se sumó también la reina Guillermina de los Países Bajos y, tras algunas reticencias se tomó el acuerdo de denominarlo *Comité Hispano-Néerlandais pour la Protection du ravitaillement de la Belgique et du Nord de la France*[47], quedando bajo el patrocinio honorífico de los reyes de España y Holanda[48].

Transporte de víveres con destino a Bélgica.

[46] Desde su creación estuvo bajo el patrocinio de Estados Unidos, España y los Países Bajos, como estados neutrales, aunque la labor principal corrió a cargo de los Estados Unidos.

[47] GAY, George I. *Public Relations of the Commision for Relief in Belgium*. Stanford University Press. 1929. 2 volúmenes que contienen amplia información de la historia de la comisión, con numerosa documentación.

[48] Para dirigirlo se nombraron dos presidentes, uno español y otro holandés, y también se designaron representantes de ambos países en Londrés, donde tenía su sede la comisión. Como presidente en Bruselas, fue elegido el diplomático D. Pedro Saura y del Pan, mientras que, como director en Londres, fue designado D. José Eduardo Roura y Vilaret.

Pérdidas de la marina mercante española durante la Primera Guerra Mundial

José María Blanco Núñez
Capitán de navío (R)

Introducción

La situación política de España en la primera década del siglo xx estuvo marcada por el «regeneracionismo», corriente nacional que pretendía sanear la administración española recién salida del «desastre» que supuso la guerra con los EE.UU. de América y el ocaso del antiguo imperio ultramarino. El sistema de partidos turnantes impuesto tras la restauración monárquica (Alfonso XII-1874) tuvo que sobreponerse a las calamidades de un siglo en el que el aludido desastre no fue más que el final de una especie de guerra eterna comenzada cuando la invasión napoleónica, continuada con las guerras de emancipación americanas, alimentada con tres guerras civiles que llamamos «carlistas», con tres más en Cuba, con otra en Filipinas y, por si fuese poco, con otras coloniales en África, comenzada en 1860, Santo Domingo 1864 y una naval en el Pacifico en 1866... Puede comprenderse que lo fácil, en esa primera década del nuevo siglo xx, era adormecerse en brazos del pacifismo, aunque el norte de África volverá enseguida a requerir los esfuerzos bélicos de España (1909), esta vez «apoyada» por las naciones de la «Entente»...

En lo que a política naval se refiere, ese regeneracionismo, profundamente activista en este campo, llevó a la consecución de la ley Maura-Ferrándiz de 1908, que supuso una catarsis para la Marina de Guerra española, en todos sus dominios, y que, en lo que a material se refiere,

se centró en conseguir un plan naval totalmente «a la inglesa», que consiguió los tres «Dreadnoughts» más chicos del mundo (15.000 Tons.), 24 torpederos (en clara concesión al «jeuneecolisme»), 3 destructores y 4 cañoneros, aunque la virtud esencial de este programa fue la creación de un tejido industrial consistente y en la apertura de nuevas vías administrativas que hicieron muy fáciles los programas que continuaron a este. De los tres mencionados acorazados, uno de ellos el «Jaime I» no se pudo entregar a la Armada hasta septiembre de 1921, precisamente a causa de la Gran Guerra.

A la famosa ley de Maura-Ferrándiz, siguieron las del ministro almirante D. Augusto Miranda que tuvieron la virtud de incorporar las primeras lecciones aprendidas de las campañas navales de la Gran Guerra y, por ello, supusieron el nacimiento del Arma Submarina de la Armada española.

Por tanto, hallándose España inmersa en un clima de recuperación, industrial y financiera, lo lógico fue la opción por la neutralidad, lo que no fue óbice para que su tráfico mercante se viese atacado por los submarinos alemanes, o sufriese pérdida por minas a la deriva o fondeadas. Bien es verdad que estamos también de acuerdo con lo escrito por García Sanz: «*La neutralidad esa vieja capa de pobre vergonzante en la que solía arrebujarse España, se demostraría un cuento chino. A medias entre la voluntad y lo inevitable, España no fue neutra (...) en parte porque no quería y en parte porque no le dejaron serlo.*»[1]

Difícil juzgar los distintos posicionamientos de la sociedad española, y las divisiones entre aliadófilos, germanófilos, neutrales a ultranza o belicistas destacados. Sí creemos poder afirmar que en la Armada, los que sufrieron el desastre de Santiago y Cavite, los que se quedaron en Port Said, a bordo de la escuadra Cámara, los que profesaban un lógico anti-yanquismo feroz, estaban de corazón a favor de los alemanes. Sin embargo la guerra submarina indiscriminada estuvo a punto de hacer entrar a España en el bando aliado en los primeros meses del año 1918.

El día 21 de junio de 1916 el submarino alemán U-35 entró en Cartagena portando un mensaje del káiser Guillermo II para el rey D. Alfonso XIII, donde se le agradecía el tratamiento recibido por los alemanes internados en Guinea y procedentes del Camerún. Esa visita provocó un gran revuelo, no sólo en España sino en toda Europa. Durante la guerra otros submarinos alemanes quedaron internados en puertos españoles más los que de ellos se escaparon violando las leyes internacionales causaron profundas crisis en la opinión pública española.

Drama visible de la división de las simpatías españolas por uno u otro bando y que sirve de ejemplo a toda la sociedad hispana, es el que se vivió en la propia Casa Real, donde la reina madre, Doña María Cristina de

[1] GARCÍA SANZ, Fernando, ***España en la Gran Guerra***. Madrid, 2014, p. 32.

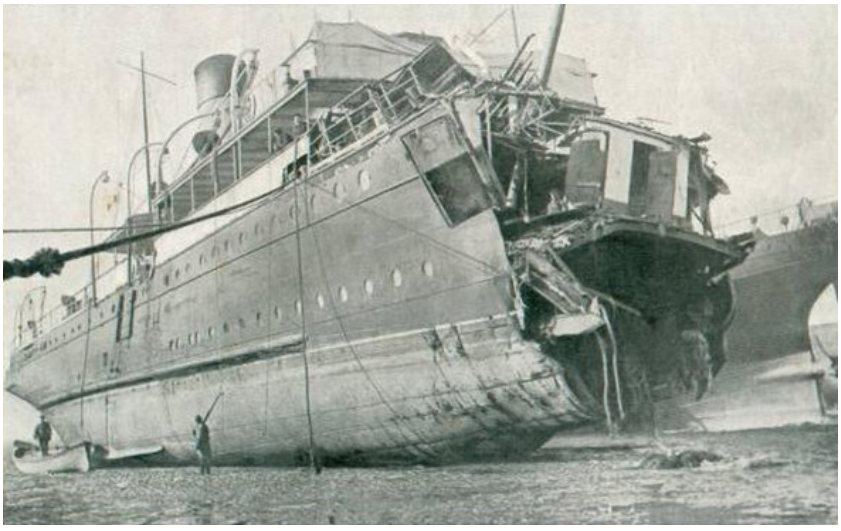
Habsburgo Lorena, era alemana, y la reina, Doña María Victoria Eugenia de Battemberg era inglesa… La exquisita educación y discreción de ambas, procuró no se visualizasen las indudables tensiones provocadas por el desarrollo bélico.

Pérdidas en la marina mercante española

Según las últimas investigaciones del citado García Sanz, la inmensa mayoría de las pérdidas de buques mercantes españoles se debieron a los submarinos alemanes que están, en su mayoría, identificados. También se sufrieron bajas por minas y existen dudas sobre pérdidas por una u otra causa, en una pequeña proporción de los buques hundidos. Conocemos las bajas humanas de casi todas esas pérdidas, la situación geográfica donde ocurrió el ataque y, por supuesto, los nombres de los buques y las navieras a las que pertenecían así como la declaración de la carga que transportaban. Todos esos datos los resumimos en las tablas estadísticas que mostraremos.

Una pérdida irreparable

El día 24 de marzo de 1916, el vapor «Sussex» de bandera francesa, que seguía la derrota de Folkstone a Dieppe, fue torpedeado por un submarino alemán que le provocó gravísimas averías y entre 80 y 100 muertos. Entre estos últimos se encontraba el matrimonio español compuesto por el genial compositor español Enrique Granados y Amparo Gal.

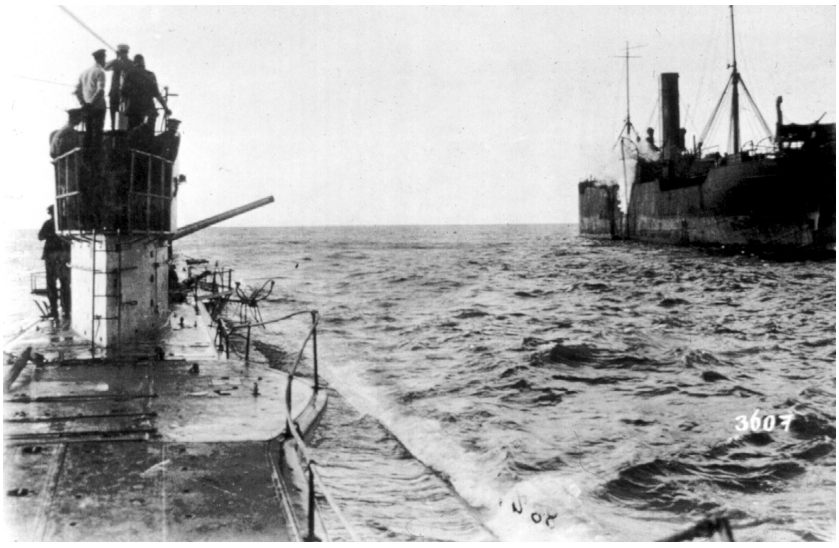


Restos del Sussex en el puerto de Boulogne, 1916.

Granados regresaba de Nueva York donde había estrenado su ópera «Goyescas», cuyo éxito indujo al presidente Wilson a invitarlo a la Casa Blanca por lo que tuvo que cambiar los billetes de regreso y eso le condujo a la fatal tragedia. Algún español más viajaba en ese mismo buque, como el ingeniero Sr. Cortázar, que presenció la caída al mar del matrimonio Granados, y que relató lo ocurrido al llegar a Bilbao.

Insólito apresamiento, el *Igotz-Mendi*

También conocemos la aventura experimentada en el buque de la compañía Sota y Aznar *Igotz-Mendi* que, en 10 de noviembre de 1917, fue apresado en el Índico por el crucero auxiliar alemán *Wolf* y conducido con dotación de presa abordo (para así asegurarse el *Wolf* carbón para su consumo) al archipiélago de Nazareth (NO de isla Mauricio) donde le transbordaron 900 Tons. de carbón y recibió 21 prisioneros de las anteriores presas del corsario. En su regreso a Europa y debido a la entrada en guerra del Brasil, el comandante del Wolf ejecutó un carboneo en alta mar tras abarloarse al *Igotz-Mendi,* recibiendo con mucha dificultad, por los peligrosos bandazos provocados por la mar de fondo, otras 600 Tons. de carbón. El 10 de enero del 1918 repitieron la operación en aguas de Islandia, 700 Tons., tras lo cual le fijaron un *Rendez Vous* (R/V) previo a la entrada por el Skagerrat.



Detención de un carguero por un submarino alemán.

Las relaciones con la dotación de presa fueron difíciles y la habitabilidad a bordo, debido a haber prestado los oficiales sus camarotes a los matrimonios británicos prisioneros y al racionamiento de agua y víveres de la tan aumentada tripulación, complicada.

El primer oficial del buque español se jugó el tipo lanzando al agua los explosivos que los alemanes habían dispuesto en la estación de la TSH. Fue encerrado permanentemente en un camarote, se le impuso una multa de 2.000 marcos y una pena de reclusión en Alemania de tres años, que no llegará a cumplir.

El *Wolf* arribó felizmente y victorioso a Kiel el 24.02.18, pero sin poder mostrar su presa que había faltado al R/V. ¿Cómo? Pues bien, confundiendo la dotación de presa, en tiempo de niebla cerrada, la sirena de un faro danés con la de un barco-faro de aquellas difíciles aguas, el *Igotz-Mendi* varó a 1600H del mismo día en que su captor entraba en Kiel. Los daneses efectuaron un impecable salvamento, repatriaron a los prisioneros y encarcelaron a la dotación de presa. Un remolcador de la Svintzer Salvage Co., previo pago en especias (140 Tons. carbón) por parte española, sacó al *Igotz-Mendi* de la varada, siendo reparado entre el 02.04.18 y el 11.05.18 Enseguida continuó libremente viaje a Newcastle donde cargó carbón de nuevo y entro, por fin, en Bilbao el día 21 de junio de 1918, recibiendo una emocionada y emocionante, bienvenida. Su capitán era D. Quintín Uralde y el primer oficial D. Gervasio Susaeta[2]. Este buque tuvo larga vida en la compañía hasta que fue vendido a otra en 1953, terminaría en el desguace en 1971.

Reparaciones de guerra

España recibió siete buques mercantes en reparación de las pérdidas sufridas, pero esto dio lugar a fuertes tensiones con Francia que, como en política internacional no se pagan los favores, se resistió decididamente a dicha reparación.

El transatlántico Carlos de Eizaguirre.

[2] VALDILASO, José María y TORRES GOIRI, Manuel, *Ciento cincuenta aniversario 1861 a 2011.* pp. 57-65, abundante documentación gráfica.

De esos buques, el *Neuenfels* (alemán de 5.514 Tm) que estaba refugiado en el puerto de Vigo y era propiedad de la compañía Hansa de Bremen, fue incautado por el Gobierno español al finalizar la guerra y navegó con el nombre de *España nº 6*. En septiembre de 1921 fue adscrito al Ministerio de Marina que lo remodeló en los talleres *Vulcano* de Barcelona, convirtiéndolo en el primer portaaeronaves de la Marina española, el *Dédalo*, con un desplazamiento de 9.900 Tm y capacidad para transportar 18 hidroaviones y 4 globos cautivos. En septiembre de 1936 el Gobierno de la República ordenó su desguace.

Por otro lado, finalizada la guerra, los submarinos alemanes U-39, U-56, UB-23 y UC-74[3], internados en diversos puertos españoles, fueron entregados a Francia en este concepto de reparaciones de guerra.

Salón de 1ª clase del Carlos de Eizaguirre.

Punto final

A pesar de su neutralidad, combatida ardientemente desde dentro y desde fuera, España participó en la Primera Guerra Mundial en tierra como lugar de actuación de espías de los dos bandos y en sus mares por mor de la actividad corsaria submarina. Ambas modalidades de lucha estuvieron a punto de terminar con dicha neutralidad.

[3] BORDEJE MORENCOS, Fernando, ***Vicisitudes de una política naval.*** Editorial San Martin. Madrid, 1978.

Apéndice

Estadísticas

Cuadro 1

	Numeral SS y fecha	Buque y Tonelaje (Tm)	Carga	Hundido	Muertos	Lugar
1.	UC 48 (22.10.1917)	AIZCORRI MENDI. 2.272	Carbón	X		Newcastle-Bilbao-Barcelona. A 15' NW Brehat Island.
2.	U 53 (28.01.1917)	ALGORTA. 3.239	Hierro, naranjas.	X	2	Sagunto-Stockton 30' WSW Ouessant
3.	UC 65 (28.04.1917)	ALU MENDI. 3.260	Hierro	X	4	Sagunto-Glasgow. 12' SE faro Tuskar.
4.	UB 21 (10.05. 1918)	AMBOTO MENDI. 2.115	Hierro	X ¿mina?		Sagunto-Middlesbrouge. en Ensenada río Tees
5.	¿U? (4.12.1916)	ANITA. 1.073	Pinos	X		Villagarcía-Cardiff. 90'de Swansea,
6.	UC 75 (12.03.1918)	ARNO MENDI. 2.827	Cobre	X	16	Bilbao-Ayr 7' Este de Skerries (Irlanda)
7.	U 157 (20.03. 1918)	ARPILLAO. 4.000	Lastre	X		Barcelona-Tenerife. Aguas Canarias. En ruta a EEUU, orden Gobierno italiano.
8.	UB 38 (17.12.1916)	ASON. 3.500	Cobre	X		Santander-Glasgow. 27' Islas Scilly
9.	UB 125 (27.08.1918)	ATXERI-MENDI. 2.424	Carbón	X		Glasgow-Barcelona 6' faro Tuskar (SE Irlanda).
10.	U 39 (24.05.1916)	AURRERÁ. 2.845	Carbón	X		Glasgow-Livorno. Aguas Córcega
11.	UB 80 (7.06.1918)	AXPE MENDI. 2.900	Carbón	X	1	Middlesbourgh-Bilbao. Aguas Canal Mancha
12.	U 84 (01.07.1917)	BACHI. 2.220 Tm.	Carbón	X		Newport-Bilbao 5' W Les Sables d'Olonne
13.	U-20 (30.04.1916)	BAKIO. 1.906 Tm. de la Naviera Sota y Aznar	Hierro	X	25	Sagunto-Newport. Se desconoce situación hundimiento aunque pasó por Peniche 29.04

	Numeral SS y fecha	Buque y Tonelaje (Tm)	Carga	Hundido	Muertos	Lugar
14.	Buque corsario alemán *MÖWE* fondeó mina. (13.01.1916)	BAYO. 2.776 Tm.	Pirita de hierro	Mina	25	Huelva-La Pallice, 40'SW La Pallice
15.	UC 70 (23.05.1917)	BEGOÑA III. 2.699 Tm.	Hierro	X	7	Almería-Barrow 29'N Ouessant (48°55'N/05°04'W)
16.	U 35 (07.03.1918)	BEGOÑA IV. 1.850 Tm-	General	X		Barcelona-Pireo a 60' NW Isola di Marettimo (Sicilia),
17.	¿U? (11.07.1917)	BEGOÑA V. 1160 Tm.	Madera	X		Bergen (Noruega)-Santander. N Escocia
18.	Se atribuye al corsario alemán *MÖWE* la colocación de la mina. (15.01.1916)	BÉLGICA. 2.668 Tm.	Carbón	Mina	2	Glasgow-Burdeos 36' de la Couvre
19.	U 63 (15.01.1918)	BONANOVA. 933 Tm (Netas)		Averia por torpedo	1	Argel-St. Louis du Rhône, 19' SSW Faraman (Golfo de León). Localizado por unidad militar francesa y remolcado a Marsella.
20.	UB 39 (07.12.1916)	BRAVO. 1.512	Carbón	X		Cardiff-Bayona 7' millas de Ouessant
21.	U 39 (15.11.1917)	BUENAVEN-TURA. Velero es 257 Tm	¿?	X		Aguas Cabo Spartivento Náufragos acogidos en Cagliari.
22.	U 67 (01.02.1917)	BUTRÓN. 2.434	Mineral de hierro	X	2	Bilbao-Cardiff 90' Punta Gálea
23.	U 61 (05.08.1917)	CAMPO LIBRE. Pesquero, 50 Tm		X	3	40' Bilbao
24.	UB 92 (25.08.1918)	CARASA. 3.790 Tm	Mineral de hierro	X	8	Bilbao a Cardiff Canal de Bristol, a 2,5' Trevose-Head (50°29'N/05°07'W).

	Numeral SS y fecha	Buque y Tonelaje (Tm)	Carga	Hundido	Muertos	Lugar
25.	(25.05.1917)	CARLOS DE EIZAGUIRRE. Transatlántico 4.623 Tm	Carga general y pasaje	Mina	134 y 25 náufragos	Barcelona-Manila 20' Isla Robbins (Ciudad del Cabo)
26.	U 34 (10.05.1917)	CARMEN. 550 Tm	Vino e higos secos	X		Valencia-Cete. 15' desembocadura Llobregat.
27.	U 152 (09.02.1918)	CEFERINO. 3.647	General y sal	X		Barcelona-Torrevieja-Manila. Aguas de Canarias
28.	U151 (09.12.1917)	CLAUDIO ¿Tm?	¿?	A cañonazos	9	Océano Atlántico (fuera de la zona de exclusión) 50' costas españolas
29.	U 55 (10.03.1918)	CRISTINA. 2.083 Tm	Carbón	Torpedo	4	Port Talbot-Bilbao. 3' Isla de St. Agnes
30.	¿? (02.02.1917)	DOS DE NOVIEMBRE. Velero 1.000 T				¿?
31.	UB 105 (19.06.1918)	EGUZKIA. 1.181 Tm (conocido formalmente como PUEBLA),	Algodón	X	Nº indeter-minado	Alejandría-Barcelona. 70' N Bardia
32.	UC 72 (02.06.1917)	EREAGA. 2.333 Tm	Carbón y pintura	X		Glasgow-Bilbao. N Bayona, frente a Mimizam
33.	UC 53 (16.06.1917)	ESPERANZA. Velero 98 Tm	¿?	X		Cerca de Argel
34.	UC 53 (16.06.1917)	F.7.SB. Velero 50 Tm	¿?	X		Cerca de Orán
35.	U-35 (09.08. 1916)	GANEKOGORTA MENDI. 3.061 Tm	Carbón	X		Newcastle a Savona. 10' millas NE de Port Vendrés
36.	¿U? (28.12.1916)	GENERAL GORDON. Pesquero coruñés de 200 Tm		A cañonazos		Aguas Coruña
37.	UC 21 (06.12.1916)	GERONA. 1.328 Tm	Pinos	X		Oporto-Cardiff
38.	U 152 (25.01.1918)	GIRALDA. 4.400 Tm	Piritas de hierro	X		Huelva-Pasajes. Aguas Galicia
39.	U 53 (11.03.1917)	GRACIA. 3.129 Tm	General	X		Liverpool-Habana. 5' S Ballycotton

	Numeral SS y fecha	Buque y Tonelaje (Tm)	Carga	Hundido	Muertos	Lugar
40.	U 154 (17.03.1918)	GUADALQUIVIR 2.132 Tm	Algodón y acero	X		Nueva York-Génova. Aguas Gibraltar. Carga para Gobierno italiano
41.	U 33 (09.08.1917)	INDUSTRIA 51 Tm	¿?	X		Golfo de León
42.	U 66 (09.07.1917)	IPARRAGUIRRE 1.161 Tm	Madera	X		Hacia Santander W Orkneys.
43.	U 38 (17.08.1915)	ISIDORO. 2.044 Tm	Hierro			Bilbao-Glasgow. Cerca Canal San Jorge.
44.	¿U? (17.05.1918)	ITURRI-BERRI. 582 Tm	Brea	X		Maryport-Avilés. Holyhead en aguas británicas
45.	U 156 (30.12.1917)	JOAQUÍN MUMBRÚ. 2.703 Tm	General	X		Barcelona-Nueva York. 300' Las Palmas y 70' S Madeira
46.	UC 27. (19.09.1917)	JOAQUINA. Velero 69 Tm	Cebollas	X		Valencia-Cette. 8' Cadaqués UC 27 enarbolaba bandera francesa hasta la cambió por la enseña alemana.
47.	U 155 (15.03.1918)	JOAQUINA. Velero 450 Tm		X		E Azores
48.	UB 29 (07.12.1916)	JULIAN BENITO. 1.200 Tm		X		40' SO costas británicas
49.	UC 22 (14.08.1917)	JULITA. Velero 45 Tm		X	5	Aguas Alejandría
50.	UB 56 (17.11.1917)	LALEN MENDI. 2.200 Tm	Carbón	X	5	Middlesbrough-Bilbao-Barcelona. Canal de la Mancha (frente a Beachy Head)
51.	UB 18 (28.11.1916)	LUCIENNE. 1.320 Tm	Mineral de hierro	X		Bilbao-Cardiff. 25' NNW Ouessant.
52.	UB 18 (11.09.1916)	LUIS VIVES, 2.160 Tm	Cebollas y fruta	X		Valencia y Almería a Liverpool. Aguas Isla Scilly
53.	UB 74 (12.04.1918)	LUISA 3.603 Tm	General	X	3	Barcelona-Liverpool Canal de Bristol

	Numeral SS y fecha	Buque y Tonelaje (Tm)	Carga	Hundido	Muertos	Lugar
54.	UC 72 (04.05.1917)	MAMELENA nº 9. Velero de pesca. 115 Tm		A cañonazos	6	SW Contis
55.	UC 72 (04.05.1917)	MAMELENA nº 12. Velero de pesca 111 Tm		A cañonazos	3	SW Contis
56.	UB 38 (16.01.1917)	MANUEL. 2.419 Tm	Mineral cobre	X		Bilbao-Glasgow 70' Ouessant
57.	UC 21 (14.02.1917)	MAR ADRIÁTICO 3.410 Tm	General	X		Lisboa-Burdeos Golfo Vizcaya
58.	UB 55 (23.03.1918)	MAR BÁLTICO 2.023 Tm	Carbón	X	4	Port Talbot-Bilbao Canal de la Mancha (49º20'N/5ºO)
59.	U 152 (16.02.1918)	MAR CASPIO. 2.724 Tm	Corcho	X		Palamós-Nueva York. 300' millas Canarias
60.	UC 23 (14.10.1918)	MARÍA. 2.165 Tm		X	7 Supertes. llegaron Valencia 10.11 tras larga odisea	Barcelona a Grecia 14' W Punta Kassandri.
61.	UC 21 (31.08.1917)	MARQUÉS DE MUDELA. 2.000 Tm	2.600 Tm mineral hierro	X	20, 4 supervivientes	Bilbao-Newport Golfo de Vizcaya, frente a Burdeos
62.	U 46 (23.12.1916)	MARQUÉS DE URQUIJO. 3.575 Tm	Mineral hierro	X		Bilbao-Middlesbourgh 50' N Bilbao
63.	UB 23 (08.09. 1916)	MAYO II. 3.044 Tm	Carbón			Newport-Burdeos, cerca de Ushant.
64.	Atribuido a UC 1 (18.06.1916)	MENDIVIL MENDI. 4.501 Tm	Carbón	Mina		New Castle-Bilbao, frente a Great Yarmouth
65.	U 91 (04.10.1918)	MERCEDES. 2.184 Tm		X	26 y 3 supertes.	Bilbao-Cardiff, 2,5' de San Sebastián
66.	U 152 (16.02.1918)	NEGURI. 1.859 Tm	General	X		Charleston-Marsella 200' W Canarias
67.	U 102 (13.12.1917)	NOVIEMBRE. 3.655 Tm	General			Nueva York-Bilbao-La Pallice. 16' La Couvre, La Rochelle
68.	(16.04.1918)	Nª Sª CARMEN. Velero 53 Tm		Mina	Los 13	Entre Orio y Guetaria
69.	U 53 (28.01.1917)	NUEVA MONTAÑA 2.039 Tm	Mineral hierro	X	2	Santander-Tyne Dock

	Numeral SS y fecha	Buque y Tonelaje (Tm)	Carga	Hundido	Muertos	Lugar
70.	¿U? (12.02.1917)	NUEVA VIZCAYA, 3.842 Tm		X		
71.	UC 17 (14.11.1916)	OIZ MENDI. 2.104 Tm	Mineral hierro	X		Agua Amarga-Middlesbourgh. 54'SW Lizard
72.	UB 39 (08.09.1916)	OLAZARRI. 2.585 Tm	Mineral hierro	X		Bilbao-Glasgow 20' SW Ouessant
73.	¿U? (25.06.1917)	ORIÑÓN. 2.571 Tm	Mineral hierro	X		Bilbao-Pavillac. Golfo Vizcaya
74.	U 35 (11-08.1916)	PAGASARRI. 5.600 Tm	4.000 Tm de carbón	A cañonazos	Náufragos 26 h a Tolón	Cardiff –Génova, 65' SW Tolón
75.	U 34. (16.05.1917)	PATRICIO. 2.164 Tm		X	1	Newport-Barcelona 2,5' Denia
76.	¿U? (11.01.1917)	PELAYO. 1.648 Tm			5	Aguas de Canarias
77.	¿U 27? (1908.1915)	PEÑA CASTILLO. 1.718 Tm	Mineral de hierro	Mina o ¿U 27?	23	Santander Glasgow 33' N Wolf Rock Canal de Bristol
78.	U 67 (29.01.1917)	PUNTA TENO. 1.300 Tm	Bananas y cebollas			Sta. Cruz Tenerife-Burdeos Aguas Cabo Ortegal
79.	U 92 (13.07.1918)	RAMÓN DE LARRINAGA, 3.058 Tm	Petróleo (14.819 barricas)	X	8, odisea supervivientes	180' cabo Finisterre
80.	UC 74 (11.07.1918)	ROBERTO. 910 Tm.				Pireo-Barcelona 60' N Alejandría.
81.	UC 71 (05.04.1917)	SAN FULGENCIO. 1.558 Tm	Carbón	X	Contaba con salvoconducto alemán	Newcastle-on-Tyne/ Barcelona
82.	U 70 (02.01.1917)	SAN LEANDRO. 1.616 Tm	Naranjas y limones	X		Cartagena-Málaga-Londres Aguas Ouessant
83.	U 34 (06.05.1917)	SAN PATRICIO. 3.500 Tm	Carbón	X	1	Newport-Barcelona 6'Cabo San Antonio
84.	U 152. (05.02.1918)	SAN SEBASTIÁN 2.563 Tm	Sal			Torrevieja-Nueva York. NW Canarias
85.	U 66 (08.04.1916)	SANTANDERINO 3.346 Tm	General	X	4	Liverpool-La Habana. 18' Ouessant
86.	U 155 (23.02.1918)	SARDINERO 2.300 Tm	Trigo y harina	X		Nueva York-Cette 54' N Casablanca
87.	U 152 (05.02.1917)	SEBASTIÁN 2.600 Tm	Sal.	X		Torrevieja-Nueva York. 75' Santa Cruz de La Palma

	Numeral SS y fecha	Buque y Tonelaje (Tm)	Carga	Hundido	Muertos	Lugar
88.	U 65 (27.06.1918)	SOTOLONGO. 3.009 Tm.	General	X		Barcelona-Manila 35' Isla Marittimo
89.	¿U? (02.06.1917)	TELESFORA 4.069 Tm	Cobre, acero, dinamita, aeroplanos, granadas y maquinaria.	X		Nueva York-El Havre. 50' El Havre
90.	UC 26 (14.04.1917)	TOM. 2.413 Tm.	Mineral de hierro	Mina	17 y 7 supervivientes	Bilbao-Cardiff. 17' W Burdeos
91.	U 35 (24.04.1917)	TRIANA 784 Tm	Cemento y ladrillos	Al cañón. Se recuperó y reparó	1 y 2 heridos.	Gijón-Cádiz. Aguas Cª S. Vicente, 0,5' Sagres
92.	UC 21 (02.12.1916)	URIBITARTE. 1.780 Tm	Mineral de hierro.			Bilbao-Cardiff. Aguas Ouessant
93.	U 90 (22.01.1918)	VÍCTOR DE CHÁVARRI 2.957 Tm.	Carbón	X	3	Newcastle-Bilbao. Canal de la Mancha
94.	U 28 (31.03.1916)	VIGO[4] 3.252 Tm	Pinos	X		Bilbao Cardiff. 100' Ushant
95.	UC 35 (15.05.1918)	VILLA DE SOLLER. 450 Tm	Cáñamo	X	12	Génova Barcelona, aguas del Cabo Draimont
96.	UC 21 (13.03.1917)	VIVINA 3.034 Tm	Carbón	X		Newport-Horta Golfo de Vizcaya
97.	(03.05.1916)	WINIFREDA. 2.300 Tm	General, frutas y vino	Mina		Valencia-Liverpool
	TOTAL	**204.609 Tm. Tonelaje medio Por buque: 2131 Tm. Entre 45 y 5.600 Tm. 20% de la flota española.**			**378, además 2 heridos y 72 náufragos salvados**	

Mayor buque hundido el *Pagasarri* 5.600 Tm y el menor el velero *Julita* de 45 Tm. La pérdida más lamentable (134 muertos y 25 náufragos) fue la del trasatlántico *Carlos de Eizaguirre*, pérdida completamente «atípica» pues fue la única en el Atlántico sur y por mina a la deriva.

[4] Considerado el primer mercante español hundido por un submarino, ya que los precedentes, *Isidoro y Peña Castillo, Bayo y Bélgica* pudo demostrarse que habían ido a pique o por el choque con una mina y por accidente de mar como el segundo de los

Cuadro 2

Tipo de carga principal declarada	Nº de barcos	%
Carbón	20	20,6
Hierro	19	19,6
Desconocida	19	19,6
General	11	11,3
Cobre	5	5,15
Fruta	5	5,15
Madera	5	5,15
Sal	2	2,06
Pesca	2	2,06
Brea	1	1,03
Vino	1	1,03
Trigo	1	1,03
Cemento	1	1,03
Petróleo	1	1,03
Lastre	1	1,03
Algodón	1	1,03
Cáñamo	1	1,03
Corcho	1	1,03
TOTAL	**97**	**100,00**

Algunos de los barcos, además de esa carga principal, transportaban: 1 vino, 2 fruta, 1 pintura y 1 acero. Se deduce de este cuadro que los materiales que más sufrieron fueron el carbón ingles de importación (altos hornos, locomoción...) y la exportación de hierro, el resto de mercancías no son tan significativas.

Cuadro 3

ZONA HUNDIMIENTO	Nº de barcos	%
Atlántico norte	68	70,1
Mediterráneo	18	18,5
Canarias	8	8,3
Atlántico sur	1	1,0
Indeterminada	2	2,1
TOTAL	**97**	**100%**

Se puede afirmar, a la vista de este cuadro que las pérdidas españolas se produjeron en el Atlántico norte (78,4 %) y el tráfico más afectado fue el del golfo de Vizcaya entre Bilbao y los canales de la Mancha y San Jorge.

citados. Al *Vigo* le sucedió con pocos días de diferencia, el *Santanderino,* torpedeado sin previo aviso según las propias declaraciones del capitán del buque, en las cercanías de Ouessant.

Cuadro 4

Numerales	Numerales	Numerales	Por	Desconocidos
U	UB	UC	Mina	¿?
20	18 (2)	1	9	10
21	21	17		
26	23	21 (3)		
27	29	22		
28	38 (2)	23		
33	39 (2)	26		
34 (3)	55	27		
35 (4)	56	35		
38	74	48		
39 (2)	80	53 (2)		
46	92	65		
53 (3)	105	70		
55	125	71		
61		72 (3)		
63		74		
65		75		
66 (2)				
67 (2)				
70				
84				
90				
91				
92				
102				
151				
152				
154				
155(2)				
156				
157				
Total 41	**16**	**21**	**9**	**10 TOTAL:97**

Numerales de los submarinos atacantes, varios de ellos produjeron más de un hundimiento español, el que lidera la cifra es el U-35 con 4 hundimientos. Hay algún dato confuso o atribuido tanto a mina como a torpedo o cañón.

Comentarios sobre las compañías de navegación afectadas

La Cía. Sota y Aznar (los *MENDI*, que significa monte en vascuence) perdió 11 buques. Esta compañía celebró en Bilbao, el día veintiocho de junio de 1918, un solemne funeral en la basílica de Begoña por las víctimas sufridas en esta Primera Guerra Mundial, por lo cual conocemos los nombres y los cargos a bordo, de todas las victimas habidas en los once buques que perdió[5].

La compañía de José Tayá 6, la compañía Marítima del Nervión 5, la compañía Echevarrieta y Larrinaga 4, la Vascongada de Navegación y la compañía de Navegación Begoña de JM Urquijo, perdieron 3 cada una. Perdieron dos buques cada una de las siguientes: Izarra, Olazarri, Bachi, A. Menchaca, Marítima Vizcaína, Naviera de Tenerife (uno, el *Punta Anaga*, se perdió por temporal, el 30.11.1916, frente al puerto de la Cruz), Bilbaína de Navegación y Cartagenera de Navegación, el resto de compañías solamente perdieron un buque. La mayoría de estas compañías armadoras eran de capital vizcaíno y el puerto de matrícula más repetido fue Bilbao.

Ya finalizada la guerra (1919) el *Manuel Calvo* de la compañía Trasatlántica Española, armadora del desdichado *C. de Eizaguirre,* sufrió en los Dardanelos la explosión de una mina por lo que tuvo que varar y después del salvamento, someterse a importantes reparaciones. Este buque desplazaba 5.617 Tons. y fue vendido por la compañía en 1952[6].

[5] VALDILASO, José María y TORRES GOIRI, Manuel, *Op. Cit.* p. 56.

[6] PLANAS, José: *Buques de la Trasatlántica en servicios de guerra.* Madrid, 1965.

Bibliografía

BORDEJE MORENCOS, Fernando: *Vicisitudes de una política naval.* Editorial San Martin. Madrid, 1978.

CEREZO MARTÍNEZ, Ricardo: *Armada española siglo xx.* Cuatro tomos. Madrid, Ediciones Poniente, Madrid 1983.

GARCÍA SANZ, Fernando: *España en la Gran Guerra*. Galaxia Gutenberg. Madrid, 2014.

PLANAS, José: *Buques de la Trasatlántica en servicios de guerra.* Madrid, 1965.

VALDILASO, José María y TORRES GOIRI, Manuel: *Ciento cincuenta aniversario 1861 a 2011.*

Fuentes documentales

Archivo general «Álvaro de Bazán» de la Armada Española y archivo del Museo Naval de Madrid. Archivo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

LUENGO GUTIÉRREZ, Pedro, *Manila, plaza fuerte (1762-1788). Ingenieros militares entre Asia, América y Europa*, **Madrid, Ministerio de Defensa – Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2013, 328 pp. ISBN: 978-84-00-09732-5.**

Jesús Cantera Montenegro
Universidad Complutense - CEHISMI

Este libro enlaza con una serie de estudios realizados por prestigiosos investigadores que han puesto de manifiesto la ingente labor llevada a cabo por los ingenieros militares de la Corona española, tanto en el territorio de lo que actualmente es España, como en las tierras que conformaron el Imperio español. Cabe pues ponerlo en la órbita de las publicaciones del profesor Horacio Capel y su equipo de investigadores, *Los Ingenieros Militares en España. Siglo xviii*, Barcelona, 1983, *De Palas a Minerva. La formación científica y la estructura institucional de los ingenieros militares en el siglo xviii*, Barcelona, 1988, la obra colectiva del Arma de Ingenieros del Ejército, *Abriendo camino. Historia del Arma de Ingenieros*, Madrid, 1977-2011, con cuatro volúmenes, las obras coordinadas por Alicia Cámara, *Fortificación y ciudad en los reinos de Felipe II*, Madrid, 1998, y *Los ingenieros militares de la monarquía hispánica en los siglos xvii y xviii*, Madrid, 2005, o la publicación tan relevante del general Carlos Laorden, *Obra civil en Ultramar del Real Cuerpo de Ingenieros*, Madrid, 2008.

Como decíamos, esta línea investigadora pone de manifiesto la inestimable tarea llevada a cabo por el Cuerpo de Ingenieros del Ejército desde el siglo XVI hasta el XIX, pero con una especial relevancia en el XVIII en la defensa y organización de las tierras de la Corona de España. Sin ellos, no habría sido posible mantener la cohesión en un territorio tan amplio, tan diferente y tan distante del centro regidor.

La investigación de Pedro Luengo se orienta en este sentido, centrándose en la actuación en las Islas Filipinas, y más concretamente en su capital, Manila, en la segunda mitad del siglo XVIII. Manila se había convertido en un punto esencial en la comunicación entre Asia y América en la zona bañada por el océano Pacífico, por lo que era esencial su cuidado en todos los sentidos, militar, social, cultural, etc., convirtiéndose así en un punto donde también la población china, conocedora de su importancia estratégica para el comercio, tuvo un asentamiento importante. Ello también propició la ambición de la plaza por potencias coloniales europeas, como ocurrió por ejemplo con los británicos que durante un tiempo ocuparon la ciudad. Estas circunstancias llevaron a la necesidad de mejorar y cuidar de una forma esmerada el sistema de fortificación que la protegía.

De esta tarea se ocuparon los ingenieros militares españoles que levantaron y atendieron las fortificaciones. Pero ellos no intervinieron sólo en esta cuestión pues, por su condición de servidores del rey y de encargados de las construcciones públicas, también tuvieron a su cargo la construcción de obras públicas y de edificios civiles y religiosos. Todo ello está estudiado minuciosamente por el autor del libro, basándose en la consulta y análisis de muy diversos fondos documentales, lo que sin duda es uno de los aspectos más significativos y valiosos de esta publicación. A este aspecto se une el examen de los más bien escasos edificios históricos de aquella centuria conservados hoy en día, así como de aquellos otros desaparecidos, con lo que la aportación de Pedro Luengo contribuye a un mejor conocimiento de la Manila histórica.

El período analizado por el autor se extiende entre los años de 1762 y 1788. La primera fecha se corresponde con la toma británica de la ciudad, lo que fue significativo porque quedó patente que sus fortificaciones estaban desfasadas y eran muy ineficaces, lo que llevó a que los ingenieros militares ocupantes proyectaran una serie de reformas para que resultaran válidas. Sin embargo, la presencia británica fue breve, pues en 1763 la plaza fue devuelta a España con la firma del Tratado de París. Esto tuvo como consecuencia el que los mandos militares españoles se plantearan la necesidad de afrontar una serie de reformas que hicieran de Manila una plaza en verdad inexpugnable, para lo que tuvieron en cuenta los proyectos de los ingenieros británicos, concepto analizado por el autor del libro. La fecha del final del período estudiado, el año 1788, corresponde al fallecimiento del rey Carlos III, lo que supuso un cambio

en la orientación del urbanismo y rasgos de la ciudad. Como dice el autor, la noticia de la muerte del monarca llegó a Manila dos años después, pero llevó consigo cambios en los gobernadores y en los ingenieros destinados en Filipinas, lo que coincidió con otras transformaciones sustanciales en el panorama geoestratégico de Asia oriental que perfilaron las ideas que finalmente estarían vigentes en el siglo XIX, pues como hace ver el autor, por aquellas fechas de finales de la octava década del siglo XVIII, el poder británico modificó los circuitos comerciales. Además, las tácticas militares también se habían transformado, de modo que la defensa de una plaza ya no podía confiarse solamente a una serie de baluartes y bastiones, que era lo que se había planteado tras la toma de Manila por los británicos en 1762, por lo que el concepto de ciudad abaluartada con capacidad para poder resistir cualquier intento de ocupación por una fuerza militar enemiga empezaba a quedar desfasado.

Ese período de veintiséis años, prácticamente un cuarto de siglo, fue singularmente significativo en la evolución arquitectónica de la ciudad, en la que los ingenieros militares desarrollaron una trascendental actividad para tratar de poner la defensa militar de la ciudad en consonancia con su importancia. Sin embargo, su actividad no se ciñó exclusivamente a la arquitectura estrictamente militar, sino también a la de uso público, como la construcción de aljibes, o a la construcción y mantenimiento de edificios religiosos y civiles.

En todo este estudio hay que resaltar la singular aportación documental que hace el autor, pues la búsqueda de datos le ha llevado a la consulta de los más importantes archivos, pero también de algunos otros locales y alejados de lo que podría suponerse el círculo documental de las Islas Filipinas, con lo que el libro tiene como uno de sus aspectos más valiosos la importante aportación de documentos, muchos de ellos de carácter inédito. Además, también es laudatoria la ingente labor de poner en relación y contrastar toda la documentación obtenida, con lo que hay una gran fiabilidad histórica en la información facilitada.

Otro factor a destacar en el estudio es el del verdadero papel que ejercieron los ingenieros militares en la historia de la Manila de la segunda mitad del siglo XVIII, pues completa los estudios anteriormente citados pero, aportando además de datos interesantes de su vida y obra, su relación con la metrópoli y las dificultades burocráticas que en ocasiones se producían, lo que suponía retrasos en la llegada de informes y proyectos a España para su aprobación y el regreso desde ésta con el visto bueno o las modificaciones propuestas, lo que en algunos momentos planteó serios problemas. También se desprende la adaptabilidad de los ingenieros al empleo de técnicas constructivas locales más adecuadas a la climatología, al terreno y a otras circunstancias de la zona, con lo que se produjo una perfecta simbiosis entre oriente y occidente y donde los ingenieros militares fueron determinantes, convirtiéndose así Manila en

un centro donde las redes de comunicación entre Asia, Europa y América fueron más allá de lo meramente comercial, implicando también importantes factores culturales.

El esquema del libro consiste en un capítulo de introducción, tras el cual hay otros tres grandes capítulos. De éstos, los dos primeros tienen un sentido cronológico para poder analizar didácticamente los aspectos más importantes de la ciudad de Manila en la actuación de los ingenieros militares durante el período de estudio planteado por el autor. Así, el primero tiene el título de *1762-1775. Los pies de barro del Imperio hispánico* y el segundo, *1775-1788. La plaza más fuerte de Asia*, estableciéndose la división entre los capítulos por las diferencias manifiestas entre los dos momentos, de modo que en el primero, tras la toma de la ciudad por los británicos y su retorno al Imperio español, se producen cambios en los ingenieros militares al cargo de la plaza y la adecuación a la nueva circunstancia. El segundo capítulo viene determinado por la ambición de los varios proyectos planteados, algunos de los cuales pudieron ser llevados a cabo como por ejemplo, la construcción del parián de San José de Mabolo como barrio intramuros, para tratar de atajar los problemas suscitados en algunos momentos de los siglos XVII y XVIII en que se produjeron revueltas de la población china.

En estos capítulos, el autor analiza pormenorizadamente la actuación de los ingenieros militares, tanto en las obras de carácter estrictamente castrense como en las civiles o religiosas en las que intervinieron, como por ejemplo, en la catedral o en el Real Palacio. Es de destacar que esto lo hace el autor basándose en el análisis de las obras, lo que le lleva a revalorizar la tarea de los ingenieros militares que supieron adaptar las características de la arquitectura europea a las necesidades y condiciones de Filipinas, enlazando al mismo tiempo con América, lo que propició una magnífica e interesantísima simbiosis de estilos y técnicas arquitectónicas.

El tercer capítulo lleva el título de *Manila y la ciudad europea en Asia*, en el que el autor hace un análisis de la evolución de la ciudad en su paso desde un concepto de urbe barroca a una urbe ilustrada, prestando atención a sus murallas, elemento arquitectónico que tanto condicionó la vida y el urbanismo de las ciudades. En este capítulo también se ocupa el autor de la personalidad de los ingenieros militares y de su vinculación con los círculos ilustrados como señal de su alto nivel científico y cultural.

Se completa el libro con un interesantísimo apéndice documental en el que se transcriben los más significativos documentos utilizados en la investigación, así como de una amplia selección bibliográfica dividida en dos apartados: fuentes y estudios, la cual sirve, y servirá, de ayuda inestimable a todo aquel investigador que tenga interés en estudiar la arquitectura, e incluso la sociedad y el modo de vida, en la Manila del siglo XVIII. Cabe incidir en el valor de esta parte del trabajo porque uno de

los aspectos más significativos de la publicación de Pedro Luengo es el apoyo documental en el que ha basado su investigación, habiendo sabido interpretar correctamente la documentación consultada, con lo que afirma una gran seriedad y fiabilidad en su trabajo.

Otro de los valores a tener en cuenta en el libro es el aporte de imágenes, con cincuenta y seis figuras en las que se muestran diversos aspectos referentes a los asuntos tratados en el trabajo, pero donde tienen una especial relevancia los planos de los ingenieros militares relativos a las fortificaciones y al trazado urbanístico de la ciudad, algunos de ellos de carácter inédito.

Finalmente procede decir que el autor del libro, Pedro Luengo Gutiérrez, es un joven investigador ligado a la universidad de Sevilla, en la que se doctoró y donde desarrolla su labor docente e investigadora. Se ha especializado en los estudios de la arquitectura y el arte de Asia oriental, focalizando su investigación en el papel de Filipinas como puente entre China, Europa y América, aspectos que se tienen en cuenta en el libro que comentamos y que conoce bien por haber participado en diversos proyectos de investigación con una temática semejante y haber realizado estancias de investigación en muy diversos archivos y centros de investigación, especialmente de España, México, Italia y Filipinas.

Francisco Arroyo Martín, *El gobierno militar en los ejércitos de Felipe IV: El marqués de Leganés,* **Madrid, Ministerio de Defensa, 2013, 382 páginas. ISBN 978-84-9781-836-0.**

Antonio José Rodríguez Hernández
Departamento de Historia Moderna, UNED

El primer marqués de Leganés sigue siendo un personaje poco conocido, ya que no ha recibido la suficiente atención historiográfica. Posiblemente la culpa de ello no la tienen sus logros, o su persona, sino la época en la que vivió y murió –el siglo xvii–, poco trabajado por ser el momento en el que España perdió su hegemonía. Pero también otro factor ha sido clave, su parentesco y cercanía con otras figuras políticas –que sí que han generado un mayor número de biografías, como el conde-duque de Olivares–, lo que hasta el momento ha eclipsado el estudio de personajes como Leganés, considerados de segunda fila.

Diego Mexía provenía de una cuna noble, pero no de la aristocracia más poderosa y rancia, sino de una rama modesta y menos importante de señores de vasallos. Tras servir en Flandes desde joven, pudo obtener distintos ascensos en su carrera militar, lo que sumado a ser pariente del Valido, le permitió ascender rápidamente, tanto en puestos cortesanos como militares. De hecho es un personaje que brilla con fuerza por compaginar hábilmente la faceta de militar con la de cortesano, conse-

jero del rey y fiel pariente y colaborador de Olivares. De hecho incluso se cambiaría el apellido tras su nombramiento como marqués, pasando a ser Diego Felípez de Guzmán, en honor al rey y al valido.

Paradigmáticamente su cercanía al valido, y al monarca, ayudarán en su encumbramiento social, ya que pocas personas pasarán en su vida de un humilde papel, como segundón de una familia nobiliaria, a ser nombrado marqués (1627), conseguir nuevos títulos para sus herederos y así consolidar su linaje (1635), hasta conseguir la máxima y exclusiva distinción nobiliaria, la Grandeza de España a perpetuidad (1639). Todo ello en un tiempo record, sobre todo si tenemos en cuenta que muchas familias sólo lo conseguían tras varias generaciones. Honores nobiliarios a los que irían acompañados otros militares, como ser capitán desde 1631 –y hasta su muerte– de una de las compañías de caballería de las Guardas de Castilla, algo al alcance de muy pocos nobles.

Es cierto que sus redes familiares, y su papel cortesano, influirían en su promoción. Pero no debemos desdeñar su valía militar, y su experiencia en la base de los ejércitos –empezando como simple soldado–, que en algunos casos se ha puesto en tela de juicio, ya que como bien cita el autor de esta monografía muchos de sus ascensos y mercedes se debieron a sus maniobras palaciegas y no a sus combates en campaña (p. 46), criticándose su valor como militar por muchos contemporáneos como Novoa (pp. 134-135). En la época, a pesar de todo, muchos lo consideraban un militar, en un momento en la que en la Corte no había suficientes españoles –veteranos de los ejércitos– a los que pedir consejo, o que fueran aptos para comandar ejércitos.

En ocasiones sus decisiones militares fueron cuestionables, algo que demostró en la batalla de Tornavento (1636) al esperar a atacar un día, lo que daría tiempo a los franceses a recibir refuerzos y fortificarse, lo que posibilitó la victoria táctica francesa a pesar de tener más bajas. Pero en líneas generales hemos de considerar que Leganés era un general experimentado, a la vez que un hábil político, y un cortesano relevante y de fiar para un gobierno al que le faltaban cabezas experimentadas en la guerra, ante la tendencia habitual de muchos Grandes de la época a evitar servir en el ejército en puestos poco relevantes, desde simples soldados, para allí aprender desde abajo antes de ser mandados. Algo que se volvió crónico en esta época ante la decisión de muchos de abandonar la carrera de las armas, frente a la carrera cortesana o administrativa, que podía representar una mejor opción, siendo más segura y lucrativa, ante la aspiración de todos de servir como virreyes en alguna de las posesiones españolas, más por derecho de sangre que por méritos propios. Leganés tiene un nombre propio dentro del colectivo de generales españoles del siglo XVII que comandaron ejércitos en toda Europa, como Aytona, Caracena, Fuensaldaña o Mortara. Todo ello justifica la publicación de este libro.

Sobre la figura del primer marqués de Leganés también disponemos de la tesis doctoral de José Juan Pérez Preciado (*El marqués de Leganés y las artes,* tesis doctoral inédita, Universidad Complutense, 2010), que a pesar de centrarse en el arte nos muestra un manejo documental y una biografía del personaje nada desdeñable. Pero Francisco Arroyo ha sido uno de los primeros en publicar, tras presentar en 2002 una memoria de investigación de doctorado en la UNED, un trabajo científico que tenía como objetivo realizar una pequeña aproximación al personaje (*El marqués de Leganés. Apuntes biográficos*, Revista Espacio, Tiempo y Forma nº15, 2002). Algo que culminó 10 años después con la lectura de su tesis doctoral (*Poder y nobleza en la primera mitad del siglo XVII: el I marqués de Leganés,* Universidad Carlos III, 2012), que en buena parte –con escasas modificaciones– está recogida en este libro, galardonado con el Premio Ejército 2012 en investigación en Humanidades y Ciencias sociales.

La estructura de la monografía que aquí reseñamos se divide –tras el prólogo– en siete capítulos formales, y una presentación inicial, si bien los últimos capítulos son un epilogo (a modo de conclusiones), y dos apartados en donde se exponen la bibliografía y archivos utilizados, además de los índices onomásticos y de ilustraciones, secciones que quizá no deberían aparecer como capítulos al uso.

La presentación del autor (pp. 17-24), es sin duda demasiado escueta. Tras resumir el autor sus intenciones en poco más de página y media, nos presenta en sociedad el personaje que intenta biografiar. A partir de ahí nos hace una pequeña introducción historiográfica sobre los trabajos relacionados con la guerra y la nobleza, la revolución militar,... aunque por falta de espacio se han olvidado numerosos estudios específicos.

En el primer capítulo, el autor –a modo de introducción– nos presenta en 15 páginas el origen y los inicios de la carrera militar del marqués de Leganés (pp. 27-41), algo que a todas luces parece muy escaso. En concreto se trata de los primeros 27-30 años de servicio de Diego Mexía a la monarquía, y su paso de simple soldado a capitán de caballos, Maestre de Campo, castellano de Amberes, general de la artillería y después de la caballería ligera de Flandes. Es una pena que este periodo tan poco conocido no haya sido profundizado más al detalle, sobre todo para sus primeros años de carrera militar, lo que nos sería muy útil a los historiadores para conocer mejor su ascenso en el escalafón militar, ya que el texto cuenta con muy pocas fuentes documentales directas inéditas, y simplemente se encarga de situar a Leganés en los conflictos de la época hasta su vuelta a España. Es una pena que la contribución documental vaya poco más allá de lo ya aportado por José Juan Pérez Preciado en su tesis (*El marqués de Leganés y las artes,* 2010) o por Alicia Esteban Estringana (*Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno en la etapa postarchiducal (1621-1634),* Lovaina, 2005). También es una pena que el periodo de su

actividad como General de la Artillería de España haya sido obviado del conjunto, ya que se trató de un cargo administrativo y de responsabilidad que generaba una ingente documentación que continúa depositada en Simancas y que no ha sido aprovechada para conocer en profundidad la figura de Leganés, al igual que su participación en el sistema polisinodial de la monarquía tras su nombramiento como consejero de Guerra. El cargo, y su participación en la corte en los sistemas que aconsejaban al monarca, serían seguramente fundamentales para la carrera político administrativa de Diego de Mexía, y le ayudaría a desarrollar conocimientos técnicos y administrativos para las etapas que llegarían inmediatamente después.

Los capítulos 2 y 3 son sin duda los más desarrollados, completos y extensos de la monografía, ocupando las 2/3 partes del cuerpo escrito de la obra. En ellos el trabajo realizado es mucho más minucioso y metódico, en base a la mayor brillantez de las fuentes utilizadas y la mayor disponibilidad de trabajos y relatos históricos de base que aportan un contexto al conjunto.

En el capítulo 2 nos transporta a una de las facetas más interesantes y reseñadas de la figura de Leganés: su participación en la expedición que llevó a Flandes al Cardenal Infante, y que se enfrentó y venció a los suecos en Nördlingen. Todo ello tras unos años en los que el autor no aporta nada de la vida de Leganés, algo que había que haber aclarado al lector –que no es capaz de adivinar si estuvo en Flandes o en Madrid–, algo que al autor le hubiera sido fácil de saber si hubiera realizado un estudio sistemático de las fuentes del Consejo de Guerra. Leganés, ya más como cortesano y colaborador del valido –pero sin perder su faceta de militar–, se encargó de acompañar al hermano del rey a Flandes, siendo el segundo al mando de la expedición, como gobernador de las Armas. Para narrar este hecho el autor utiliza fundamentalmente la conocida relación del viaje escrita por Aedo, y otra menos conocida escrita por un colaborador de Leganés, de ahí la originalidad del relato. El argumento narrativo del viaje y la batalla lo aportan estas dos narraciones, que se conectan y complementan bien, además de otras relaciones de sucesos publicadas y manuscritas que se pueden consultar en la Biblioteca Nacional de Madrid y otras bibliotecas como las de Sevilla, muchas de ellas ya on-line. También hay que hacer particular mención a las recopilaciones de fuentes que Quintín Aldea publicó para este periodo, y que el autor utiliza para elaborar el texto, a veces prescindiendo claramente de su compilador.

El siguiente capítulo recoge con profundidad de detalles un periodo muy relevante dentro del mando y control de los ejércitos: su etapa como gobernador de Milán (1635-40), que lo consolidó como uno de los grandes hombres de la monarquía. Militarmente hablando quizá es la etapa más brillante del ejército de Lombardía durante la guerra franco-española (1635-59), ante sus victorias frente a Francia y Saboya antes de la crisis de 1640, que

conocemos muy bien gracias a las recientes y minuciosas investigaciones de Davide Maffi (*Il Baluardo della Corona. Guerre, esercito, finanze e societá nella Lombardia seicentesca (1630-1660),* Florencia, 2007).

El capítulo 4 es el que tiene una estructura más difícil de definir, ya que abarca importantes experiencias vitales de Leganés. Todas ellas tienen que ver con su llegada a la península en 1641 para combatir al frente de los ejércitos de Cataluña y Extremadura, y su caída en desgracia ante la destitución de Olivares (1643) y su mala actuación al ser derrotado en batalla cuando intentaba sitiar Lérida (1642). Pese a ello consigue ser perdonado y volver a la vida pública, siendo nombrado Capitán General de Extremadura, en 1645, para después conseguir desquitarse al poder socorrer Lérida del asedio francés en 1646, hazaña que siempre intentaría representar ante el rey.

Con posterioridad continuó al mando del ejército de Extremadura, gozando en ese frente de cierta estima militar, como soldado y general, por su valor y reputación, sobre todo frente a otros nobles que le antecedieron en el cargo, mucho menos capaces. El desarrollo de una parte del capítulo, sobre todo sus dos etapas como comandante en el frente catalán, es más o menos adecuado, debido a la mayor frecuencia de las relaciones de sucesos, y la información fruto del encausamiento de Leganés tras la derrota de 1642. Pero en lo referente a su etapa en Extremadura las aportaciones del autor son escasas y algo indefinidas, ya que no quedan claros los dos periodos temporales en los que fue Capitán General (1645 y 1648-50), sus actividades bélicas, su tesón para reactivar ese frente olvidado y que a Extremadura llegaran soldados profesionales de naciones, sus innovaciones –como la introducción bajo su mando de varias compañías de dragones en el ejército, o de una compañía de minadores especialistas para los asedios–. Pero por encima de todo algo tan paradigmático como que el fuerte de Telena que él conquistó en 1645, y que poco después se llamó fuerte de San Juan de Leganés, cuestión que no deja de ser relevante ante el honor que ello representaba.

El conjunto es un libro de difícil definición, al estar a caballo entre una biografía al uso y un libro de historia política que utiliza la figura del marqués como hilo conductor para desarrollar los más importantes acontecimientos por los que atravesó España, especialmente entre 1634-1648, destacándose las acciones y hechos de armas en las que Leganés participó. Es difícil ver el libro como una obra de historia militar, ya que ni el punto de vista, ni el desarrollo de los acontecimientos, atienden a los parámetros habituales de esta disciplina. Así, por ejemplo, el autor no presta tanta atención –o investiga– los conflictos armados, los ejércitos, sus hombres, medios, su impacto sobre la sociedad, el armamento, la táctica, la estrategia o la historia social de los propios ejércitos –tan en boga en las últimas décadas–, sino que se dedica a contarnos la sucesión de acontecimientos y batallas, contextualizando los conflictos bélicos,

pero sin profundizar en los ejércitos o las fuerzas armadas. Por lo tanto no estamos en un estudio que nos ayude a comprender el ejército de la época o analizarlo. El problema radica en las fuentes utilizadas, que son fundamentalmente narrativas y que no dan lugar a una mayor profundidad. En el trabajo no abundan las fuentes administrativas que nos hablen de los ejércitos, y que nos den una visión más fiable y menos subjetiva de los acontecimientos, ya que la obra no ha profundizado sistemáticamente en la documentación generada por los consejos de Guerra y Estado.

La fuente principal que sirve de nudo gordiano para desarrollar la obra –y en particular los capítulos 2, 3 y 4–, son las relaciones de sucesos, colecciones de tratados diplomáticos, corpus documentales publicados más recientemente (Lonchay, Quintín Aldea, Elliott y de la Peña) o la propia historiografía sobre el reinado de Felipe IV editada en la época. Esto hace que la obra tenga un hilo narrativo muy interesante, con un corte político importante, pero que no haya una crítica a las fuentes, al utilizar fundamentalmente relaciones de sucesos escritas y publicadas por los primeros periodistas de la época –o los propios actores de los hechos–, en muchos casos bajo una estricta censura, y con una intencionalidad política clara, por lo que a menudo sólo nos presentan uno de los muchos puntos de vista de lo que realmente ocurrió, y que no son del todo fiables si no se compara y coteja la información con otras fuentes. Sin la capacidad de comparar con lo publicado por los enemigos de España, a veces las cifras y resultados presentados no parecen muy acordes con lo que debió ocurrir, ante la imposibilidad de recurrir a documentos administrativos más fiables, algo muy evidente cuando se habla de batallas, victorias o derrotas. Un buen ejemplo lo tenemos en la página 239, ya que usando sólo las relaciones de sucesos las cifras no parecen acordes a la realidad, no teniendo sentido que los sitiados en Tarragona tuvieran más hombres que los sitiadores. Cuestión que podría haberse cotejado con las fuentes administrativas para emitir un veredicto más profesional.

Al estilo de *Veni, vidi, vici*,... el autor nos presenta –con bastante claridad, y con un estilo ameno–, al personaje y los hechos, pero las fuentes utilizadas no dan juego a un mayor desarrollo interior del personaje, o a una aportación interesante o innovadora sobre el ejército o sus campañas militares. Es cierto que un punto interesante, y que mejora la narración, es que el autor dibuja continuamente el marco general del conflicto, y no sólo el particular del teatro de operaciones en el que combatió Leganés, lo que mejora la perspectiva. Pero el método empleado hace que difícilmente podamos considerar la obra como un estudio nobiliario, o simplemente como una biografía al uso. Nos introduce a la época y al personaje, pero no consigue profundizar en la persona, su psicología, sus acciones de mando, sus ideas, opiniones y decisiones,... algo que con otras fuentes podría haber sido posible. Aun así no deja de ser un hito en el estudio de un personaje, que ahora conocemos un poquito mejor.

O'Donnell y Duque de Estrada, Hugo (coord.), *Historia Militar de España. Tomo III. Edad Moderna. Vol. I: Ultramar y la Marina*, **Madrid, Ediciones del Laberinto, S. L., Coedición Ministerio de la Defensa, 2012, 509 pp., 39 láminas fuera de paginación, numerosas ilustraciones, croquis, mapas y planos en blanco y negro en el texto. ISBN 978-84-8483-373-4**

Ribot, Luis (coord.), *Tomo III. Edad Moderna. Vol. II: Escenario Europeo,*. **Madrid, Ministerio de la Defensa, 2013, 733pp, 41 láminas, numerosas ilustraciones, croquis, mapas y planos en blanco y negro. ISBN 978-84-9781-822-3**

Horst Pietchsmann
Universidad de Hamburgo

Para un historiador alemán, doctorado en 1969 con un estudio sobre las reformas administrativas novohispanas del siglo xviii y habiendo leído por entonces en busca de antecedentes de la organización militar española las *Memorias de D. Diego Duque de Estrada*, en la versión publicada por la «Biblioteca de Autores Españoles»[1], le resulta un reto especial comentar una obra coordinada por un reconocido historiador que ostenta el mismo nombre en su apellido. Este impacto especial deriva precisamente de la genealogía que el autor histórico de estas memorias da de sus antepasados y remonta vía la colonización romana a la villa de Stra[e]len, del Ducado de Gueldres, situado entre los ríos Mosa y Rin. Aun tomando en cuenta las forjas de genealogías de aquella época, el autor apunta precisamente a una región de mayor conflictividad en el «Sacro Imperio Romano de la Nación Germánica» con intensas actividades militares hispano-germanas. Por ahí transitaban y combatían tanto los ejércitos de los Alejandro Farnesio, Ambrosio Spínola y Tilly como sus contrincantes luteranos y calvinistas. Aun comentando un volumen sobre la marina cabe resaltar que don Diego sitúa a sus antepasados en la región de aquellos dos ríos cuya desembocadura ramificada albergaba en tiempos de los emperadores Maximiliano I y Carlos V la flota del Imperio, cerca de Middelburg en la isla de Walcheren. En los museos de allá se muestran cuadros de los seis a ocho barcos de guerra ahí estacionados en aquel entonces. Del *hinterland* de ambos ríos se reclutaba gran parte del ejército de embarque que Alejandro Farnesio llevó a las desembocaduras de estos ríos para el encuentro fracasado con la Gran Armada de 1588[2]. También perteneció

[1] Cfr. «Memorias de D. Diego Duque de Estrada», en: *Autobiografías de soldados (siglo xvii)*. Edición y estudio preliminar del Excmo. Sr. D. José Ma. De Cossío. Biblioteca de Autores Españoles. Tomo Nonagésimo. Madrid 1956, pp. 251 – 284.

[2] Cfr. Hugo José O'Donnell y Duque de Estrada, *La fuerza de desembarco de la Gran Armada contra Inglaterra (1588). Su origen, organización y vicisitudes*. Madrid, Editorial Naval, 1989.

la región al «Camino Español», estudiado por Geoffrey Parker[3], que garantizó, en última instancia, la lealtad a las dos líneas de la monarquía habsburga de los tres electorados eclesiásticos del oeste del Sacro Imperio: Colonia, Treveris y Maguncia, con sutiles intervenciones políticas desde propiedades españolas ex-territoriales en la zona[4]. Ya en tiempos de la Guerra de los Treinta Años todas las ciudades y villas a lo largo de la ribera izquierda del Rin tenían una guarnición militar española, según Jonathan Israel[5]. A través de estudios de geógrafos sabemos además que ambos ríos, el Rin y el Mosa, abastecieron a los Países Bajos de maderas para la construcción de barcos, provenientes de los bosques que atravesaban ambos ríos. Cada año, cuando los ríos estaban altos por las nieves fundidas, se formaban grandes balsas de troncos de madera con tripulaciones de una veintena de personas que de ciudad en ciudad vendían las maderas más ligeras para llegar con los grandes troncos a abastecer los astilleros en los Países Bajos. Además, fue en este escenario geográfico, incluyendo el canal de la Mancha e Inglaterra, en el cual a fines del siglo XVI y comienzos del XVII se organizaron las Compañías de Comercio que decidieron atacar a la monarquía española desde los extremos ultramarinos tanto por mar como por tierra.

Esta sucinta introducción nos hace ver ya desde el principio la enorme importancia de estos dos volúmenes de esta Historia Militar de España, por un lado. Por el otro, muestra que gran parte de las investigaciones sobre los escasos ejemplos mencionados han sido realizadas por historiadores tanto españoles como ingleses y si se ampliara el panorama también belgas, franceses y holandeses. En cambio brillan por su ausencia los historiadores alemanes. Incluso al conmemorarse hace algunos años los 450 años de los tratados de paz de Münster y Osnabrück con publicaciones sobre la Guerra de los Treinta Años y las negociaciones de paz preliminares a la firma de los tratados en 1648, este contexto se mencionó todo lo más como historia colateral en lo referente al Sacro Imperio[6]. Algunos trabajos de plumas inglesas o francesas fueron tra-

[3] Geoffrey Parker, *The Army of Flanders and the Spanish Road, 1567 – 1659*. Cambridge 1972.

[4] Cfr. por ejemplo la tesis doctoral presentada en la Universidad de Nimega de Juan Antonio Vilar Sánchez, *Kerpen y Lommersum, exclaves brabanzones en el sacro imperio germánico. Historia institucional de su período de unión a la monarquía hispánica, 1516 – 1713*. Granada, Ediciones Virtual, 2000.- Se trata de dos pueblos a poca distancia de la ciudad de Colonia que pertenecieron a los Duques de Brabante. En tiempos de Felipe II tienen cierto papel en impedir que uno de los arzobispos convirtiera el territorio al protestantismo.

[5] Cfr. Jonathan I. Israel, *The Dutch Republic and the Hispanic World 1606 – 1661*. Oxford 1982; idem, *Conflicts of empires. Spain, the Low Countries and the struggle for world supremacy, 1585 – 1713*. London, Humbledon Press, 1997.

[6] Hay que mencionar dos estudios importantes, relativamente recientes, que no tuvieron un gran eco en el marco alemán, cfr. Renate Pieper, *Die Vermittlung einer Neuen Welt. Amerika im Nachrichtennetz des Habsburgischen Imperiums 1493 – 1598*. Mainz, Verlag

ducidos al alemán, pero la gran masa de bibliografía internacional sobre marina y guerra en la España moderna quedó prácticamente desconocida. Volveremos al final de nuestros comentarios sobre este fenómeno historiográfico.

Centrándonos ya en esta *HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA* hay que destacar en primer lugar que el plan de la obra prevé VI tomos, de los cuales el tomo III está dividido en tres volúmenes. Dos de ellos se refieren a la época de los reyes de la Casa de Austria y son objeto del presente comentario, mientras un tercer volumen, ya publicado, sobre la época de los Borbones no se incluye en las consideraciones siguientes. El tomo IV, dividido en dos volúmenes, está dedicado a la época contemporánea, según la cronología clásica, de los cuales el primero se refiere a 1812 a 1898 y el segundo de 1898 a nuestros días. Un V tomo está dedicado a *Grandes batallas*, mientras el tomo VI contiene *Cronología, glosario y bibliografía*. Vale la pena de mencionar que a diferencia de las grandes ediciones españolas de historia militar del siglo XIX, relacionadas con nombres como Almirante, Portugués, etc. y centradas en la legislación militar, en la introducción el coordinador insiste en que la obra pretende abarcar el impacto castrense en su entorno social, prestando la atención debida también a los factores literarios y artísticos y, debería agregarse, técnicos y científicos, en la medida de la época. Para los lectores no especializados es preciso señalar que las tropas españolas, al menos desde los tiempos del Gran Capitán, no solamente daban ejemplo de cómo llevar la guerra en cuanto a organización, armamento e instrucción a otros países europeos, sino que a lo largo del siglo XVI y aun después se publicaron en la Península una serie importante de libros sobre materias militares y de la marina. Desde luego, aún falta una revisión comparativa de esta bibliografía militar de la época muy difundida a lo largo de la Europa de aquella época, aspectos mencionados de paso.

Continúa la introducción, sin embargo, resaltando que la sociedad de «la nueva nación española entra en la Modernidad con la fuerza expansiva de una potencia militar y naval mundial y sin precedentes…», frase que recuerda a la antigua visión histórica de equiparar a Castilla con España y dejar de lado no solamente a los reinos aragoneses sino también el hecho que aún durante la regencia de Fernando el Católico el orden de precedencias políticas y militares era diferente. A Fernando y a Cisneros les importaba quizás más poblar las ciudades musulmanes conquista-

Philipp von Zabern, 2000; Peer Schmidt, *La monarquía universal española y América. La imagen del imperio español en la Guerra de los Treinta Años (1618 – 1648)*. México, Fondo de Cultura Económica, 2012; el original de esta tesis de habilitación de la Universidad Católica de Eichstätt se publicó como *Spanische Universalmonarchie oder «teutsche Libertet». Das spanische Imperium in der Propaganda des Dreißigjährigen Krieges*. Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2001. La muerte prematura del autor le impidió conocer la edición de la traducción de su obra pionera.

das en el norte de África, invirtiendo en esta empresa los ingresos de la bula de la cruzada, que el vasto espacio atlántico con sus archipiélagos[7]. Para tal fin incluso el rey manda a la marina vasca a operaciones militares en el estrecho. Es Carlos V, por la coincidencia del regreso de Elcano de la vuelta al mundo, la conquista de México por Hernán Cortés y la pacificación de las Comunidades y las Germanías, quien con su lema *Plus Ultra* y la movilización de grandes capitales italianos y alemanes del sur reorienta el timón de los reinos heredados hacia el Océano, combinando los recursos del conjunto de sus herencias, incluyendo el imperio que por las convulsiones religiosas era una región muy a propósito para reclutar tropas. Tiene que llegarse hasta 1554 para que López de Gómara pueda exclamar en su obra famosa –publicada en Zaragoza y prohibida por Felipe II- que el descubrimiento de América es el acontecimiento más importante del mundo después de la resurrección de Jesucristo. En aquel momento se pudo calibrar de forma más realista lo alcanzado en la empresa de expansión. Afirmaciones como la citada llevan a la reflexión a un lector ocupado más de 50 años con la historia hispano-americana, también a la vista de obras generales más recientes y a pesar del conflicto en torno a la independencia catalana[8].

Tras la introducción, se remite brevemente a los capítulos en que se divide el volumen y a sus autores respectivos pasando a los agradecimientos debidos a las autoridades militares que hicieron posible la empresa y a los colaboradores estrechos del coordinador de la obra. Un párrafo final destaca que la Comisión Española de Historia Militar, presidida por el teniente general don Alfonso de la Rosa Morena, decidió que la cubierta del libro mostrara una fotografía de las dos caras de la medalla que hizo acuñar Felipe II tras el fracaso de la Armada Invencible por Trezzo, considerada simbólica de no abandonar los propósitos relacionados con la empresa fracasada.

El volumen está dividido en cinco grandes apartados que a su vez agrupan varios capítulos y se subdividen en párrafos cortos de unas cuantas páginas. El primer apartado «Descubrimiento y Conquista», comienza con un capítulo sobre las armadas descubridoras, escrito por Mario Hernández Sánchez-Barba, dividido en tres epígrafes denominados: «El

[7] Cfr. Rafael Gutiérrez Cruz, *Los presidios españoles del Norte de África en tiempo de los Reyes Católicos*. Historia de Melilla, 8. Ciudad Autónoma de Melilla, 1997.

[8] Ya 40 años antes de la publicación de este volumen José Antonio Maravall, *Estado Moderno y Mentalidad Social. Siglos XV a XVII*. Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, 1972, había mostrado muy detalladamente de cómo el estado moderno surgió debido a un largo proceso de cambios plurisecular. Cfr. más recientemente Antonio Miguel Bernal, *España, proyecto inacabado. Costes/beneficios del imperio*. Madrid, Fundación Carolina. Marcial Pons Historia, 2005; José Álvarez Junco, coordinador, Gregorio de la Fuente, Carolyn Boyd y Edward Baker, *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*. Vol. 12 de la Historia de España, dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares. Barcelona, Madrid, Ediciones Crítica, Marcial Pons Historia, 2013.

estado moderno de los Reyes Católicos», «Expansión atlántica: las Indias Occidentales» y «Expansión interoceánica: mar del Sur», unas 33 páginas que contienen densamente resumido, si bien ampliamente anotado y con referencias a la bibliografía más reciente al igual que el resto de los capítulos, lo que ya sabemos en un principio desde los manuales de Francisco Morales Padrón. Le sigue el segundo capítulo «Hueste conquistadora», escrito por Pablo Emilio Pérez-Mallaína, experto no solamente en el tema sino también en formas de presentación didáctica desde que organizó el Pabellón de los Descubrimientos en la EXPO 92 en Sevilla, por no mencionar su amplia obra sobre la vida en los trayectos navieros transatlánticos. Su contribución destaca sobre todo por basarse también en las pinturas, fabricadas en parte por indígenas, para ilustrar códices y relaciones geográficas de la conquista, demostrando las formaciones militares de las huestes compuestas por guerreros indígenas y gente española a caballo.

Con el siguiente apartado «Defensa militar de los reinos de Indias» se pasa ya a dos capítulos por orden geográfico, después de la «Defensa militar...» se continua con «Teatros de Operaciones navales» para pasar a «Guerra en el mar», el apartado más subdividido y detallado escrito por autores tanto españoles como anglófonos, concluyendo el tomo con «Gesta en el Recuerdo». Falta una parte introductoria que resumiera los cambios político-militares que, si bien se iniciaron poco a poco con la sucesión de Carlos de Habsburgo, pronto Carlos V y emperador del Sacro Imperio, quien en su coronación como emperador en Aquisgrán crea la grandeza de España, indicará las reorientaciones en cuanto al reclutamiento de personal directivo. El ascenso a emperador modificó considerablemente la situación marítima, tanto para la marina cantábrica y vasca, especialmente la de las Cuatro Villas como para la ya mencionada marina del Imperio, frecuentemente enfrentadas en los espacios marítimos del norte. Como además pronto se entró en guerra con Francia hubiera sido una buena orientación un capítulo cronológico introductorio para dar información sobre los cambios o continuidades de política militar y marítima producida en aquel entonces. Tanto más que a la «función militar en las flotas de Indias» precedieron cronológicamente actividades navales de variada índole. Así por ejemplo los viajes de Carlos V entre la Península y el Sacro Imperio en ambas direcciones, los titubeos en torno al tráfico atlántico entre Andalucía y el Cantábrico. En fin, el lector agradecería un intento de responder a la pregunta de hasta dónde el *Plus Ultra* del emperador produjo cambios de estrategia militar y marítima y si la política marítima en el Atlántico respondió solamente a necesidades defensivas. Desde luego es preciso admitir que por no haber visto el final del tomo II no es realmente posible apreciar cómo la obra resolvió estos problemas de transición de época y dinastía en una época bastante conflictiva. Si bien con la lectura detenida de los distintos incisos y capítulos a través del relato de sucesos y acontecimientos precisos y la cuidadosa anotac-

ión se reciben poco a poco tales informaciones, en base a las cuales el lector se formará su opinión.

En el primer capítulo sobre la función militar en las flotas de Indias, de autoría del coordinador O'Donnell, se detallan las primeras amenazas al tráfico indiano y las respuestas que se adoptaron y se dibuja un amplio panorama de problemas del entorno de la navegación a Indias, que los historiadores centrados en el tráfico con Indias generalmente pasan por alto. Así uno se entera del comienzo del corso, tanto francés, como berberisco y turco ya a fines del siglo xv, como la toma de un barco regresando de Indias en 1501 por berberiscos a través del cual llega información sobre las Indias al cartógrafo musulmán Piri Reis y a través de él al sultán Selim I. Se informa sobre aspectos de la rivalidad luso-española a lo largo de las costas africanas, así como sobre la situación marítima en torno a Canarias y el resto de archipiélagos atlánticos. Terminado este breve recorrido histórico hasta bien entrado el siglo xvii, el autor pasa al mando militar de las flotas puntualizando cómo después de la creación de la Casa de la Contratación aparecieron ya Capitanes Generales al mando de flotas, apoyados regularmente a partir de la ordenanza de 1574 por un almirante. Siguiendo el hilo de la cronología se va precisando la creciente reglamentación de funciones y procedimientos en las flotas, pasando después a la selección y las condiciones de los buques y su armamento, aspectos que como los anteriores van enriquecidos con ilustraciones de origen diverso. Los dos puntos siguientes se ocupan de la designación y del embarque del personal y de la navegación y sus prevenciones. En suma, una información densa escrita por un excelente conocedor de la materia, cubriendo el período entero con ilustraciones y notas, basadas mayormente en fuentes, en 38 páginas.

El segundo capítulo por Marina Alfonso y su esposa Carlos Martínez Shaw, notoriamente muy familiarizados en lo relativo al Atlántico y al Pacífico, recorre un extenso periplo geográfico introduciendo al lector en la defensa naval de los reinos de Indias en 20 páginas bien ilustradas y remitiendo de forma sucinta a la bibliografía más importante. Primero caracterizan la armada de la Guarda de la Carrera de Indias pasando después a la Armada de Barlovento, a la del Mar del Sur y a la de protección de Filipinas. El tercer capítulo por Esteban Mira Caballos, profusamente anotado por la multitud de establecimientos defensivos se ocupa en unas 53 páginas de la defensa terrestre de los reinos de Indias tratando en tres renglones las amenazas interiores –escasamente- y, sobre todo, las exteriores, entre corsarios/piratas y flotas enemigas, la protección de las costas y la pervivencia del sistema defensivo, presentando listas de piratas y corsarios, de fortalezas y hasta mapas continentales de las agresiones e ilustrando, como los precedentes, tanto planos de puertos como croquis de fortalezas. Un capítulo como éste hubiera sido interesante para tener una vista comparativa de los resguardos de las costas españolas, como

por ejemplo el sistema de vigías costeras o la fortificación de puertos, pero este tema se reservó al «Escenario Europeo», con lo cual no saldrá la dimensión marítima de la Península tan clara.

El tercer apartado «Teatros de operaciones navales» comienza con un capítulo, redactado por José Ignacio González-Aller Hierro, dedicado a «Flandes, mar del Norte y armadas contra Inglaterra», es decir al espacio caracterizado como un «teatro central de acciones», ya al principio con referencia al Duque de Estrada histórico y que ha producido un aluvión de bibliografía durante los decenios pasados. En escasas 30 páginas, dotadas de mapas e ilustraciones, el autor, subdividiendo lo que llamaría su «crónica de los sucesos» relata en cuatro renglones lo referente a las tensiones con Inglaterra en el marco europeo: la «empresa de Inglaterra», España en la Bretaña francesa y en Irlanda para volver al escenario atlántico con los ataques a los puertos españoles y los acontecimientos político-militares-marítimos posteriores hasta el final del XVII. Toda esta fase crucial para la historia europea y tan ampliamente discutida se desarrolla desde la perspectiva del paso de la hegemonía española a la de Inglaterra, y en base a recursos bibliográficos en los cuales figura de forma mucho más prominente Fernández Duro del siglo XIX que la bibliografía incluso española más reciente, como por ejemplo Ana Crespo del CSIC, que no figura del todo aunque sí incluye bibliografía holandesa. Todo el mundo está de acuerdo en que esta fase histórica no fue la fase más gloriosa de la preeminencia marítima–militar española, pero a un lector no-español le interesaría mucho conocer los argumentos españoles con que se explican estos reveses. De éstos se leen muchas explicaciones en toda la bibliografía de los otros países europeos y americanos, hasta explicaciones geohistóricas de relevancia contemporánea en la línea que en este período la Europa del norte se modernizó frente a la del sur en el teatro tremendo de las guerras coetáneas. Si se visita, por ejemplo, el actual astillero holandés de reconstrucción de barcos históricos del siglo XVII[9] y uno lo compara con el museo de los descubrimientos en La Rábida, Huelva, el visitante se percata de cómo durante poco más de un siglo habían cambiado los tiempos, de lo cual se había percatado ya muy bien Quevedo en su correspondencia con Justo Lipsio.

[9] http://www.bataviawerf.nl/startpage.html incluso a través de la página web se entienden estas causas más fácilmente, y hasta el aficionado de la ópera entiende porque el césar ruso Pedro el Grande trabajó algún tiempo incógnito en uno de estos astilleros, cfr. A. Lortzing, Zar und Zimmermann.- Incluso una fuente hamburguesa – la ciudad luterana se convirtió desde comienzos del XVII en uno de los abastecedores de materiales de guerra y mercurio para la minería novohispana - del último tercio del XVII que relata el viaje de un convoy de barcos hamburgueses a Cádiz facilita una impresión bastante vivaz de las realidades, cfr. Friedrich Martens, *Hispanische Reise-Beschreibung de anno 1671*. Herausgegeben von W. Junk. Berlin, W. Junk, 1925, presentando incluso dibujos interesantes de la bahía de Cádiz.

La siguiente parte del teatro de operaciones sobre la «Defensa del Mediterráneo: escenarios, objetivos y estrategias» y redactada por Beatriz Alonso Acero introduce muy bien su parte refiriendo los problemas centrales de su tema y discutiendo de forma sucinta la bibliografía abundante antes de entrar a desarrollar los dos renglones en que ha dividido hábilmente el espacio que se le había asignado: confrontación entre Monarquía Hispánica e Imperio otomano –el autor alemán se acuerda por supuesto de Leopold von Ranke y su historia sobre ambas potencias en un sólo tomo de su amplia obra– y en segundo lugar «Corso, guerra naval y defensa marítima». Hábilmente trasciende el marco geográfico estricto al ocuparse también de los sucesos en Canarias y las costas africanas colindantes del estrecho de Gibraltar, incluyendo también en sus consideraciones la expulsión de los moriscos y su paradero final a lo largo del Mediterráneo, todo bien ilustrado con mapas, planos de puertos y presidios y hasta del sitio de Malta y puntos neurálgicos como Túnez y La Goleta, remitiendo a la amplia bibliografía internacional. La gran obra de Abulafia sobre el Mediterráneo debe de haberse publicado tras terminar la autora su parte.

Habiendo llegado ya hasta la página 252 del volumen estamos pisando terrenos sólidos y mucho menos conflictivos. Comienza la parte sistemática de la obra con los dos últimos apartados: «Guerra en el Mar» y «Gesta en el Recuerdo». El primero de estos con sus más de 150 pp. es el más amplio y, por decirlo de una vez, el núcleo de la obra por tratar de las estructuras militares y los factores condicionantes y mucho menos expuesto a interpretaciones históricas e historiográficas.

Carla R. Rahn Phillips, autora de la bien conocida obra *Six Galleons for the King of Spain. Imperial Defense in the Early Seventeenth Century*, subtítulo que emplea el adjetivo entretanto casi generalmente en uso para la España de la época de los Austrias de «imperial», comienza esta parte analizando «tecnología y armamento en el mundo atlántico». Empieza con un primer renglón analizando el tipo de barcos que se empleaban en la navegación atlántica, pasando por los astilleros y los detalles de su construcción, portes, velas empleadas y la artillería con la cual se dotaban para finalizar con la navegación atlántica, sus derroteros y los instrumentos que se empleaban para seguir el curso. El capítulo está muy bien dotado con estadísticas técnicas, cuadros e ilustraciones relativas al tema y remite a la amplia bibliografía. José Luis Casado Soto, conocido por sus trabajos sobre la navegación en el Mediterráneo, trata a continuación de la «política naval y tecnología en el mundo mediterráneo, centrándose en las particularidades de este escenario como son las galeras y su armamento y los requisitos para pelear contra turcos, corsarios musulmanes y berberiscos, resaltando las variaciones que se dan en época de los distintos reinados de la dinastía. Le sigue un capítulo de José María Blanco Núñez sobre «el combate naval: táctica, buques, man-

do y organización», marcando en un primer renglón la batalla de Lepanto como punto de inflexión entre tácticas diferentes para tratar después el papel de galeras y galeones y el papel de los galeones en los grandes encuentros navales para terminar con la «protección de convoyes: armadas, escuadras y flotas». Ilustrado de excelente manera, el historiador normal, generalmente restringido a la información de los documentos revisados, aprende muchas cosas importantes y muy relevantes a través de éste y los dos capítulos precedentes. El cuarto apartado sobre «Desarrollo del poder naval», escrito por Patrick Williams, en 22 páginas concisas, bien dotadas de ilustraciones, mapas y datos, y relativamente escasa pero muy pertinente bibliografía, el autor desarrolla... lo que el lector se hubiera esperado al inicio del volumen. Correlaciona la enorme extensión geográfica casi global, por la cual España expande y destaca las necesidades marítimas enormes en cuanto al número de barcos, de materiales y toda clase de recursos, hasta de recursos humanos, que se tenían que movilizar para sostener estas empresas. Es precisamente este problema el que ha motivado que la mayor parte de la historiografía de los decenios pasados haya caracterizado a España como «imperio», al cual le pasaba lo que pasó a todos los imperios históricos conocidos: una fase dinámica de expansión con un tiempo más o menos largo de estabilización del dominio viene invariablemente seguida de un período de contracción por el exceso de recursos humanos, materiales y militares requeridos para su conservación. Durante sus estudios en la Universidad de Colonia este autor conoció en el departamento a un experto jubilado en asuntos forestales, casado con una española, que estudiaba la deforestación de España desde la Edad Media y la atribuyó en gran parte a las exigencias de madera para la marina. Publicó en España su libro, fruto de investigaciones de unos quince años que pasó desapercibido porque su autor no estaba vinculado con el mundo académico[10]. Concluye este penúltimo inciso con unas 16 páginas sobre «Sanidad y vida a bordo», escritas por Manuel Gracia Rivas, que es un aporte muy pertinente en el contexto de esta historia de la marina y de las difundidas experiencias de turistas actuales con los cruceros. La vida de a bordo era en aquellos tiempos sumamente dura, no solamente para los esclavos africanos que se llevaban a América y a los cuales se alude siempre. El estudioso de textos que relatan pasajes del océano tropieza de forma cotidiana con enfermedades, muertes, carestías, alimentos y agua podrida y detalles de este tipo, a pe-

[10] Erich Bauer Manderscheid, *Los montes de España en la historia*. (Madrid 1980);- Me acordé de este personaje al visitar el astillero holandés Batavia, ya mencionado, cuando se me explicó en la visita que ya en el siglo XVII las maderas para la construcción de los barcos llegaban de las costas del Mar Báltico ya entonces., y se cortaban y trabajaban de acuerdo a los conocimientos y prácticas de los habitantes de aquellas zonas. Todavía durante el siglo XVI humanistas españoles que acompañaban a Carlos V en sus viajes por Alemania usaban el término antiguo, acuñado por los antiguos griegos, con el cual se designaba aquellas zonas boscosas al este del Rin: la silva hercynia.

sar de que ya muy tempranamente se invirtió mucho en procurar el abasto y la sanidad necesaria para garantizar en lo posible el éxito del viaje.

El último apartado «Gesta en el recuerdo», subdividido en un capítulo de Fernando Marías sobre «Cañones y galeras: imágenes de guerra» y otro escrito por David García Hernán sobre «Guerra y literatura en los Siglos de Oro» merece aplausos especiales tanto al equipo editor como a los autores por integrar el tema del amplísimo recuerdo cultural en la pintura, el diseño, el teatro, la ópera y la bibliografía de aquella época en general en esta Historia Militar La abundancia de tales testimonios es tal que manejando bibliografía de la época moderna uno difícilmente escapa o a textos o ilustraciones relacionadas con guerra, armamento etc. No solamente clásicos de la literatura española, sino también de la italiana, francesa, holandesa inglesa, alemana y otras más cuentan con testimonios ampliamente conocidos de este tipo que muchas veces se han convertido hasta en estereotipos como el «español atento a su honor, orgulloso y hasta altivo» (en Alemania data de ahí el dicho clásico «Stolz wie ein Spanier»). Habiéndose dedicado muchos libros por artistas, humanistas, literatos, historiadores del arte, este autor prefiere terminar aquí la revisión del tomo, puntualizando que cada uno de los capítulos remite al final a algunas de las láminas en color al final del tomo para ilustrar de forma más vistosa lo expuesto en el texto. Las referencias bibliográficas completas, de lo que al final de cada texto parece abreviado y el índice analítico concluyen este volumen I.

Acercándonos ya al volumen II de este tomo III de la *Historia Militar de España* tan sólo el índice demuestra que este volumen debería haber sido el vol. I del tomo III sobre la Edad Moderna. Ya el índice demuestra que mucho de lo que se anotó de forma crítica acerca del primer volumen se hubiera podido sobreseer por tratarse de forma detallada en este segundo volumen. Habiéndose publicado el vol. 1 en 2012 y el II en 2013 nos encontramos frente al dilema al cuál tienen que enfrentarse todos los responsables de una obra magna de este tipo, que en el fondo resulta ser una primicia. Es decir: el primer intento serio de resumir casi dos siglos de investigaciones y publicaciones sobre una época sobre la cual investigadores extranjeros de ambos lados del Atlántico han acudido a los principales repositorios documentales en Simancas, Madrid y Sevilla. El autor de estas líneas experimentó este ambiente plurinacional en torno a aquellos archivos durante las décadas de los 60 y 70. Recuerda la variedad de actitudes, ideas, aproximaciones y métodos empleados: desde un boliviano de Potosí estudiando la encomienda a un sacerdote mexicano interesado en la historia del septentrión mexicano a un norteamericano de Durham estudiando de forma cuantitativa al fisco colonial, el joven historiador inglés estudiando la minería de Zacatecas, un francés ocupado del criollismo peruano discutiendo con otro inglés ocupado del criollismo mexicano, vía toda una serie de interesados de distintas proceden-

cia en Bartolomé de Las Casas y/o Juan Ginés de Sepúlveda o el grupo centrado en torno a figuras del siglo XVIII como Carlos III, José de Gálvez y otros. Apareciendo periódicamente los colegas, compañeros, amigos españoles de la Universidad Hispalense, conforme sus ocupaciones en la Universidad les permitían acudir al Archivo. Al tocarme dos decenios después organizar el primer manual de historia latinoamericana en alemán –dicho sea de paso, que en aquel entonces emplear el término «latinoamericano» o «hispanoamericano» significaba la adopción de una postura política– me encontré, aunque en medida mucho menor, en dilemas similares frente a los cuales se deben de haber encontrado los responsables de la obra que aquí comentamos[11]. Ante la necesidad de producir resultados después de un largo tiempo preparativo se publicó primero el vol. 2 de este manual en 1992, en 1994 el vol. 1, del cual era responsable solamente el que escribe, y finalmente en 1996 el vol. 3. Es posible que en el caso de la obra de la cual tratamos problemas similares hayan motivado invertir el orden lógico-histórico y publicar primero lo más distante por no haberse terminado aún lo más cercano y adecuado al curso de la historia.

Desde luego, al recibir ambos volúmenes como donación de la Comisión Española de Historia Militar con el compromiso de escribir una crítica de ellos, se revisó el índice de ambos, que sorprendían ya de entrada por la gran diferencia en su número de páginas. Saltó a la vista que el segundo volumen introduce la temática de forma muy diferente del primero: por un lado «el estado moderno de los reyes católicos» como inicio del volumen, por el otro un capítulo denominado «*Non sufficit orbis*? Las estrategias de la Monarquía de España» con las subdivisiones que quedan por discutir más adelante. Habiéndose publicado el volumen uno en 2013 y el segundo en 2014 este lector, siguiendo tradiciones académicas -y por estar más vinculado a la historia de España desde la periferia que desde el centro cortesano- empezó a leer primero el volumen uno. Normalmente una obra colectiva de dos volúmenes sobre un tema general como la historia militar en la época moderna contiene en su primer volumen la exposición y el análisis del marco temático, de suerte que no son solamente criterios formales de ocuparse uno primero más a fondo con el volumen 1 de una obra que del volumen 2. En el caso presente evidentemente hubiera sido mejor proceder de la forma inversa, ya que es posible que la diferencia sea el resultado de discrepancias de criterios entre los dos coordinadores o por problemas de tiempo. La honestidad, sin embargo, exige que el autor de estas líneas admita haber incurrido en sus dos li-

[11] Cfr. *Handbuch der Geschichte Lateinamerikas*, herausgegeben von Walther L. Bernecker, Raymond Th. Buve, John R. Fisher, Horst Pietschmann, Hans Werner Tobler. 3 vols. Stuttgart, Klett-Cotta, 1992 – 1996. Los 3 vols. de ca. 800 pp. cada uno agrupaban una treintena de colaboradores de distintos países europeos. Me había ceñido a invitar tan sólo a europeos porque aún no estaba difundido ni el internet, ni el correo electrónico y las comunicaciones postales con América podían tardar muchas semanas.

bros de calificación académica en la misma interpretación de la modernidad del estado de los Reyes Católicos[12]. Al empezar una línea de historia atlántica en la segunda mitad de los 90, releyendo muchas de las fuentes, inicié una serie de estudios de auto-revisión al releer textos del Conde de Aranda de la época de Carlos III y compararlos con fuentes del tiempo de Carlos V. Estas revisiones me llevaron no solamente a la adopción del concepto «imperio» para toda la época de los Austrias, sino también a la convicción que durante el siglo XVIII las llamadas «reformas borbónicas» eran precisamente el intento de desmantelar las estructuras imperiales, sustituyéndolas por un sistema de administración territorial, dentro del cual la naturaleza y el estatus étnico exigieron cambios. Habiendo explicado este proceso en una serie de artículos como anticipo de un nuevo libro[13].

Desde esta perspectiva más bien generalizadora el primer capítulo del vol. 2, escrito por Carlos José Hernando Sánchez, denominado como ya se mencionó «*Non sufficit orbis?...*» al atribuirle a cada uno de los reinados de los reyes de la casa de Austria no solamente lemas en latín –más o menos conocidos- como inicio de cada subcapítulo sino analizando brevemente el saldo de las experiencias militares de cada reinado, representa un gran avance respecto al volumen uno. Pero conforme se avanza al siglo XVII estas características metropolitanas discrepan en medida creciente de las realidades observadas desde la periferia. «Las esferas de la *Pax Hispanica*» para el tiempo de Felipe III aún parecen aceptables para la historia de gran parte del continente europeo. En cambio con «O subir o bajar. Las revoluciones del Rey Planeta» se entra en visiones históricas muy cortesanas e hispánicas, que sólo parecen adaptables a la corte y sus extensos alrededores o como referente simbólico a otras cortes europeas. Desde la ciudad de Colonia la historia de la ciudad en tiempos de la Guerra de los Treinta Años –de cuyo período se pueden aún observar en la actualidad muchos testimonios de la presencia española, lamentablemente apenas estudiados- presenciamos una ciudad libre del sacro imperio, sometida solo al emperador en Viena, que no vaciló ni un momento en su ortodoxia católica, fortalecida desde los Países Bajos por las tendencias contrarreformistas que influenciaban mucho desde ahí. Con todo, su cabildo mantuvo una política de neutralidad frente a todos los beligerantes, sin consideración ni al arzobispo de la casa de Wittelsbach,

[12] Cfr. Horst Pietschmann, *El estado y su evolución al principio de la colonización española de América*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989.; también la versión alemana: *Staat und staatliche Organisation am Beginn der spanischen Kolonisation Amerikas*. Münster, Aschendorff Verlag, 1980.

[13] De forma más reciente y sistemática en Horst Pietschmann, *Transatlantische Reichsbildung und Herrschaftspraxis: Spanien und Mexiko zwischen Kaisertum, Teritorialisierung und nationaler Eigenständigkeit (1521 – 1824). Eine Problemskizze*, en: Jahrbuch für Europäische Überseegeschichte (Harrassowitz Verlag, Wiesbaden), Band 13, 2013, pp.43 – 68.

cuyo jefe bávaro era el dirigente de la Liga Católica. En ella se publicaron por primera vez las obras completas de Juan Ginés Sepúlveda en torno a 1630, justo cuando los ejércitos suecos triunfaron a lo largo del país. Por consiguiente, se refugiaron en ella por muy fortificada, muchos de los príncipes eclesiásticos a la vez que señores territoriales al acercarse las tropas suecas, llevando consigo incluso sus consejeros y tesoros para poder mantener contactos desde su exilio católico. También la ciudad dio asilo a María de Medici, viuda de Enrique IV de Francia, que Richelieu quería apartar de Francia. Gran productora de armas la ciudad las vendió a quien pagara mejor precio fueran españoles, suecos, holandeses rebeldes o tropas imperiales o de la liga. De su zona agrícola circundante acumuló provisiones como trigo y otros bastimentos, los cuales se vendieron a todas las fuerzas beligerantes que actuaban a 100 kilómetros a la redonda[14]. La Guerra produjo una coyuntura económica muy buena para la ciudad. Algo diferente ocurrió en la ciudad hanseática luterana de Hamburgo que por vía marítima se constituyó en proveedor de España de armas, municiones, textiles y mercurio para la minería novohispana, aunque sufriendo pérdidas de parte de los barcos rebeldes calvinistas hasta en la desembocadura del río Elba[15]. Desde estas perspectivas la España de aquella época se presenta como una entidad multipolar con muchos centros con residencia de virreyes, gobernadores y otros digna-

[14] Para precisar la situación: la ciudad se mantuvo neutral en la guerra de los Países Bajos entre España y los rebeldes calvinistas, siguió fiel al emperador pero no se integró a la liga católica, capitaneada por el Duque de Baviera, Maximiliano, a la cual perteneció también el arzobispo de Colonia, hermano menor de aquel. Desde el siglo XIV la ciudad había alcanzada su independencia tras forzar al arzobispo y señor territorial del arzobispado a residir en la ciudad de Bonn y permitirle solamente en la fiestas religiosas mayores entrar a la ciudad para oficiar en la catedral, aún no terminada. El general principal de las tropas de la liga y del emperador era el Conde de Tilly, oriundo de Brabante, educado por los jesuitas muertos en guerra en 1632. Por ser la liga una organización de los señores territoriales, el emperador toleró la actitud ambivalente de Colonia para frenar este movimiento estamental. De los contornos de la ciudad, de Dillenburg, era oriundo también Guillermo de Orange, el jefe de los rebeldes antihispánicos y de la ciudad cercana de Siegen su familiar Juan Mauricio de Nassau, a mediados del siglo gobernador del Brasil holandés, como empleado de la Compañía de las Indias Occidentales holandesas.

[15] Cfr. Stefan Lewejohann, Hg., *Köln in unheiligen Zeiten. Die Stadt im Dreissigjährigen Krieg. Begleitband zur Ausstellung des Kölnischen Stadtmuseum vom 14. Juni bis 5. Oktober 2014*. Köln, Weimar, Wien, Böhlau Verlag, 2014; Hans-Wolfgang Bergerhausen, *Köln in einem eisernen Zeitalter 1610 – 1686. – Geschichte der Stadt* Köln, herausgegeben von Werner Eck, Bd. 6. Köln, Greven Verlag, 2010.- Para la ciudad de Hamburgo, de la cual en el siglo XIX se quemó gran parte de su archivo, hay que acudir al museo de la ciudad para enterarse de estos impactos militares. Por otra parte se conocen los convenios diplomáticos que la ciudad, bajo el rubro de ciudad hanseática, acordó con la España de Felipe III y de Felipe IV, tan pronto se habían firmados los tratados de Münster y Osnabrück en 1648. Cfr. Jorun Poettering, Handel, *Nation und Religion. Kaufleute zwischen Hamburg und Portugal im 17. Jahrhundert*. Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2013; El papel de Hamburgo se explica por la comunicación fluvial con la Bohemia habsburga.

tarios con los cuales se individualizó la comunicación, el comercio y hasta el intercambio militar[16].

Se mencionan estos ejemplos porque a lo largo del siglo XVII por más que se discuta la «pax hispánica» o del «rey planeta», las distintas autoridades españolas a lo largo de Europa actuaban con bastante autonomía, muchas veces ni siquiera de forma coordinada, y eran los interlocutores directos de las autoridades vecinas. Así empieza a diferir la visión española de la historia y la de mucha parte de la historiografía internacional por estar el rey con su corte muy lejos y sus representantes muy cerca[17]. Por supuesto que estas variaciones de perspectiva son completamente legítimas, ya que una obra como la que comentamos tiene que escribirse desde la perspectiva metropolitana. Pero no cabe duda, como hemos intentado indicar, que las realidades tan fraccionadas han producido guiones históricos diferentes en los múltiples reinados, principados, ducados etc. según variaban las situaciones interiores y exteriores, cuanto más cercanas tanto mayor impacto. Así el uso del concepto «imperio» representa o un intento de unificar un conjunto muy heterogéneo o se basa en tipologías de lo que se entiende por «imperio» sin referencia a si el dirigente histórico concreto lleva el título de «emperador» o no. En todo caso encontramos ya aplicados algunos conceptos empleados en este volumen también en obras sin referencia a la historia de España, como por ejemplo el término «edad de hierro» para caracterizar el reinado de Felipe IV en la historia de la ciudad de Colonia que se citó en la nota 14, como uno de los escasos ejemplos para caracterizar períodos comunes a la historia europea.

Para continuar comentando este volumen 2 hay que resaltar que gran parte de los autores representan a una nueva generación de historiadoras e historiadores que en base a buen conocimiento de fuentes documentales e impresas, haciendo extenso uso de mapas, cuadros, planos y estadísticas y siguiendo una división temática, familiarizan al lector con aspectos de la guerra moderna muy poco conocidos y muy poco tratados. Al primer capítulo sigue un segundo apartado histórico, escrito por Davide Maffi, que rastrea «Las guerras de los Austrias» reinado por reinado

[16] Para Hispanoamérica cfr. p. e. el estudio reciente de Anna More, *Baroque Sovereignity. Carlos Sigüenza y Góngora and the Creole Archive of Colonial Mexico*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2013.

[17] Incluso en casos de historiadores extranjeros tan reconocidos como J. H. Elliott se observa un cambio de terminología según publiquen en inglés o en español, utilizando «empire» en su lengua natal, «monarquía hispánica» en publicaciones en español; cfr. J. H. Elliott, *Empires of the Atlantic World. Britain and Spain in America 1492 – 1830*. New Haven & London, Yale University Press, 2006; el mismo, «Un rey, muchos reinos», en: *Pintura de los Reinos. Identidades compartidas. Territorios del mundo hispánico, siglos XVI-XVIII*. Coordinadora Juana Gutiérrez Haces. Introducción Jonathan Brown. 4 vols. s.l. [Madrid] 2008, reimpresa en México 2011, en esta edición vol. 1, p. 42, para mencionar tan sólo un ejemplo.

y finalizando con un apartado sobre «los soldados del rey» que abre paso a una serie de capítulos de tipo más bien sistemático, que subordinan los desarrollos históricos a un segundo plano. Cristina Borreguero Beltrán presenta «el ejército del rey». Tras una introducción sobre el paso de las huestes medievales al ejército de los Reyes Católicos en la guerra de Granada analiza el desarrollo de un ejército moderno en las guerras de Italia y ocupándose de la configuración del ejército de los Austrias se analizan la administración militar y el control del ejército, pasando por algunas reformas de la disciplina a la pirámide jerárquica y la administración de la justicia. «La Táctica y la Técnica españolas» y «El combate en sus diversos tipos» se presentan en algo más de 30 páginas muy concisas por Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, quien precisa un aspecto de la historia militar española sobre el que se encuentran muchas referencias, como la proverbial a los famosos «tercios españoles» -raras veces explicados-, en la amplia bibliografía extranjera sobre los conflictos militares en la Europa de aquella época. Antonio José Rodríguez Hernández continúa con un capítulo de unas 35 páginas sobre «los hombres de la guerra. El reclutamiento» en el cual se analiza a los reclutados en la Península muy pormenorizadamente en cuanto a proveniencia geográfica y social, edad, etc. y empleando mapas, estadísticas e ilustraciones sacadas de obras coetáneas. Con «logística y financiación», de extensión similar, resume Juan Miguel Teijeiro de la Rosa con excelente conocimiento de la bibliografía un tema que más que otros aspectos de la historia militar se ha discutido, a tal punto que en una fase de predominio de la historia cuantitativa hasta se consideró como el aspecto más importante de la trayectoria histórica de los conflictos militares europeos. No deja de mencionar cómo los procedimientos de gestión contribuyeron al enriquecimiento de importantes familias por medio de la especulación. Alicia Esteban Estríngana agrega unas 30 páginas sobre «el control y la fiscalización del gasto militar», un tema sobre el cual la autora contribuyó importantes estudios durante el decenio pasado y que se presenta al historiador con regularidad infalible en las crónicas de las guerras de Flandes. Pasándose ya al armamento y la protección de las tropas, Álvaro Soler del Campo dedica algo más de 20 páginas al «armamento individual», a lo cual Carlos Medina Ávila agrega unas 30 páginas de análisis de «la artillería», mientras Alicia Cámara cierra con otras tantas páginas sobre «la fortificación: el imperio de la geometría», tres capítulos sobre los medios con los cuales se desarrollaron los conflictos bélicos. Estos dos últimos capítulos tienen el gran mérito de entrar en detalle en los aspectos técnicos, científicos y hasta geográficos al analizar el papel fronterizo de las fortificaciones, haciendo uso de los tratadistas coetáneos. Si bien ya se publicó una serie importante de estudios sobre temas científicos dentro del marco de la historia de España, destacando hasta el interés científico de un rey como Felipe II, estos estudios apenas han trascendido al ámbito español. Así, desde la perspectiva extranjera, España sigue siendo en la historiografía europea primordialmente la gran potencia militar y católica, hegemónica

durante gran parte del período, que no ha tenido también un impacto importante en el mundo de la ciencia. Recurriendo a los dos trabajos referidos se entiende cómo en este ambiente de los Países Bajos un filósofo de origen francés como René Descartes, que desarrolló una parte importante de su vida en el entorno de la Universidad de Leiden –en el cubículo reservado a la espera de la promoción académica a Doctor, donde suelen los candidatos poner su firma en las paredes, aún en la actualidad se ve la suya- pudo sentar las bases del racionalismo filosófico con su discurso sobre el método y sus principios matemáticos[18].

El siguiente capítulo, de la pluma de María del Carmen Saavedra Vázquez dedica como 30 páginas a «la vida el soldado» en las situaciones diferentes que les podían tocar vivir, desde el adiestramiento para los tiempos de «guerra viva» hasta la vida en retaguardia, diferenciando bien con mapas los distintos escenarios.

A continuación Enrique García Hernán presenta de forma muy resumida en unas escasas 20 páginas la «tratadística militar», tanto la relativa a la guerra terrestre como a la marítima. A pesar de la amplia bibliografía que refiere, me parece que estamos ante todo un género de bibliografía que constituye un campo que supera la tratadística y el cual aún requiere mucha más profundización crítica en la investigación y comparativa. A nivel internacional la bibliografía coetánea -y no solamente la de los tratadistas sino también la de las memorias de actores hasta las relaciones de méritos, impresas o no- es enormemente amplia y debe de haberse vendido mucho, como las mismas ilustraciones de los dos volúmenes de esta obra sugieren. Muchos de los actores y autores deben de haberse hasta conocido personalmente o, por el contrario, haber sacado sus experiencias de vivencias y contextos muy diferentes unas de otras. Así este género de bibliografía militar aguarda a todo un equipo de investigadores, pensando tan sólo en las ya citadas memorias de soldados o en las relaciones de méritos impresas. Una persona como el capitán Contreras pretendiendo haberle provocado una especie de infarto a un presidente del Consejo de Indias al menos da a entender que los pretendientes militares en la misma corte constituyeron un problema, que se asemeja a obras literarias como los tres mosqueteros de Dumas. Por cierto que E. García Hernán con su capítulo inaugura una serie de capítulos que entran desde ángulos distintos en la problemática mencionada.

Continua Adolfo Carrasco Martínez con «A las puertas del templo de Jano. Percepciones de la guerra en la Monarquía de España de los siglos XVI y XVII» con el análisis de los problemas de legitimidad, razón y pru-

[18] Conviene recordar aquí al estudio bibliográfico del hispanista de la Universidad de Leiden Jan Lechner, *Repertorio de obras de autores españoles en las bibliotecas holandesas hasta el comienzo del siglo XVIII*. Houten, Hes & den Graaf, 1999, uno de los pocos intentos de rastrear el impacto de la imprenta española en las bibliotecas del adversario.

dencia política de la guerra y de su intensidad y consecuencias esperadas e inesperadas como la derrota. Esta temática ha recobrada bastante actualidad en los tiempos más recientes, por lo cual las ciencias políticas y la sociología se ocupan frecuentemente de estos temas con referencias históricas, por lo cual precisiones históricas como la presente resultan bien necesarias. Le sigue el gran maestro de la materia I.A.A. Thompson –permítaseme el calificativo, ya que como joven profesor me introdujo en la materia al poder reseñar su primer gran libro– dedicando unas 20 páginas densas y acertadas al tema «el soldado, la sociedad y el Estado en la España de los siglos XVI y XVII». Lo subdivide lacónicamente en «Sociedad del soldado», «Sociología del soldado» y «Sociedad y el soldado», temas que podrían dar fácilmente materia para otros dos gruesos volúmenes. Fernando Checa dedica a continuación 50 escasas páginas a «Héroes, guerreros y batallas en la imagen artística de la Monarquía española. De los Reyes Católicos a Carlos II», es decir a una iconografía militar de los reyes españoles, combinándola con la presentación y el análisis de cuadros contextuales. A la iconografía militar, Felipe B. Pedraza Jiménez agrega como parte final «los poetas ante la guerra y el ejército en los Siglos de Oro», campo que termina por desarmar al comentarista, que no es experto en literatura.

Cierran este excepcional y pionero volumen una cronología, el listado de manuscritos y fuentes impresas, la bibliografía completa, el Índice analítico y las láminas a color de la misma manera que el volumen 1. Conviene agregar que el índice del volumen lleva al final un índice cronológico de los mapas.

Tomando en cuenta la bibliografía sobre el Sacro Imperio y la línea menor de la dinastía de los Habsburgo este autor no conoce algo parecido para el ámbito complementario de la dinastía. Este hecho no sorprende, si se toma en cuenta la historia posterior del Sacro Imperio que se disolvió bajo presión napoleónica en 1806, al igual que el «imperio» español por causas similares a partir de 1808. Pero mientras la España continental europea quedó como unidad estatal, el Sacro Imperio se disolvió en muchísimas partes y no fue hasta el congreso de Viena en que se pudo unir en una confederación de unos 38 estados –entre ellos un imperio, varios reinos, principados, ducados, etc.- rivalizando entre sí. Después de dos guerras en 1864 y 1866 se eliminó el imperio austro-húngaro y en 1871 tras una guerra victoriosa bajo liderazgo prusiano contra Francia se formó el imperio alemán, del cual tras dos guerras mundiales surgió la República Federal de Alemania. Desde entonces existen sobre el territorio del Sacro imperio siete estados soberanos en los que se hablan seis idiomas diferentes y para una escribir su historia militar tendrían que revisarse al menos una veintena de archivos. Esta realidad ha hecho que, después de haber sufrido el desastre de dos guerras mundiales, la historia militar haya interesado a pocos historiadores. A pesar de la existencia

de un Instituto de Historia Militar bajo gestión del Ministerio de Defensa alemán, desde los años 60, siempre se interesó en la historia más propiamente alemana y en segundo lugar en la de Prusia y demás entidades federales, para dejar de hablar de las divisiones religiosas, vinculadas a la historia de estados federales parciales. Como además se disolvió hace unos quince años el Instituto Alemán de Investigaciones de la Fundación Görres en Madrid (y también en Lisboa) ya no existe una institución histórica alemana que vincule a la historiografía española y la alemana, tal y como hacen los Institutos Históricos alemanes en Roma, Paris, Londres, Washington, Varsovia y Moscú, por lo que por mucho tiempo el intercambio histórico entre ambos países quedará reducido a la literatura. De literatura hispánica existen en Alemania aproximadamente unos 50 profesores en otras tantas universidades, pero de historia estrictamente española actualmente tal vez tres y alguno que otro jubilado; aparte de éstos hay una quincena de americanistas dedicados a Iberoamérica, de los cuales una gran parte sigue convencida de que Alejandro de Humboldt fue realmente «el segundo descubridor de América». De modo que de aquí en adelante habrá muy pocos interlocutores para la mayoría de los temas que con tanto fundamento y peso se han tratado en esta obra que comentamos.

Al desconocer la bibliografía sobre la historia militar francesa, inglesa o rusa, no me resultan posibles valoraciones comparativas de un ámbito más amplio, a no ser algunas historias militares y hasta navales en varios tomos de países hispanoamericanos. Aun con todas estas salvedades, soy de la opinión de que a pesar de la infinita serie de libros sobre las comunicaciones transatlánticas con Hispanoamérica, España nunca fue en primer lugar una potencia naval y marítima, sino primordialmente un poder terrestre. De lo mucho que este historiador aprendió leyendo estos dos libros le quedan dos interrogantes. La primera se refiere al papel de los jesuitas en la formación profesional de dirigentes militares. En España El Colegio Imperial en Madrid logró constituirse en institución académica pretendiendo cultivar materias distintas que las Universidades de Alcalá y de Salamanca, insistiendo precisamente en geografía, asuntos marítimos y militares. Hemos visto que el general Conde de Tilly era alumno de los jesuitas. ¿Cuál era el impacto real de la Orden en la formación de oficiales del ejército y de la marina? Del tiempo de Carlos V se conservan al menos tres cuadros que muestran cómo un miembro de la familia de los Fugger rompe escrituras de deuda del emperador y tira los papeles al fuego. Ya hacia mediados del siglo xvi los miembros de la familia Fugger invierten sus ganancias en la adquisición de señoríos y forman un fideicomiso. Más adelante un miembro de la familia llega a ser general y otros, dedicados a la teología, ocupan obispados. Posteriormente el general imperial Wallenstein no solo financia como empresario al ejército imperial, también forma un gran señorío en Bohemia con lo cual llega a actuar con tal autonomía que al emperador no le queda más

remedio que consentir en su asesinato. En el ejército español Ambrosio Spínola, oriundo de una familia de banqueros, parece presentar ciertas similitudes con los dos casos precedentes. Quizás el Duque de Osuna como virrey en Nápoles con sus actividades de corso también se benefició bastante a pesar de prohibiciones reales. ¿Hasta qué punto tales carreras militares de autobeneficio y adelanto social son lo suficientemente frecuentes como para hablar de una especie de refeudalización en mayor o menor medida?

Independientemente de que este comentario haga distinciones varias veces entre los dos volúmenes, no cabe duda de que en su conjunto ambos constituyen una obra magna, bien estructurada y procurando una organización interna y sistemática paralela, ricamente ilustrada y muy bien editada.

Iglesias, Carmen (coord.), *Historia Militar de España. Tomo III. Edad Moderna. Vol. III: Los Borbones*, **Madrid, Ministerio de Defensa, 2014, 541 pp. + 44 ilustraciones + CDRom, ISBN: 978-84-9781-925-1.**

Óscar Recio Morales
Universidad Complutense de Madrid

Sólo recientemente la historiografía española de la Edad Moderna ha incorporado plenamente los estudios relacionados con la temática de «lo militar» dentro del ámbito académico de las universidades y otros centros de investigación. En España, el trauma de la Guerra Civil fue equiparable al sufrido por el resto de Europa con la Segunda Guerra Mundial. En una Europa centrada en su reconstrucción y empeñada en olvidar cualquier cosa que le recordara un conflicto tan devastador, el estudio de la historia militar era todo un desafío en las universidades del Viejo Continente, cuando no una abierta provocación. Sólo Gran Bretaña salió indemne de esta crisis de la historia militar y no es casualidad que los historiadores británicos tuvieran un papel relevante en el origen del famoso debate en torno a la «Revolución militar». Este debate derivó en una interesante polémica que, entre otras cosas, sirvió para llamar la atención sobre la importancia de volver al estudio de la guerra en la Europa de la Edad Moderna. Al hacerlo desde nuevas perspectivas –económicas, sociales y culturales– este debate también contribuyó a reflexionar sobre el inmenso valor de la paz: desde la segunda mitad del siglo xv la carrera armamentística europea había hecho posible la expansión de este continente fuera de sus fronteras, hasta llegar a una auténtica «europeización» de buena parte del mundo; sin embargo, esta competencia intraeuropea y su expansión colonial también derivó dramáticamente en los dos grandes conflictos del siglo xx, que terminaron en 1945 con la práctica destrucción de Europa y la muerte de millones de civiles.

A partir de la década de 1970, los historiadores británicos también tuvieron una indudable influencia en los estudios sobre los ejércitos de los Habsburgos españoles. Obras ya clásicas, como *El ejército de Flandes y el Camino Español 1567–1659* (1976), de G. Parker o *Guerra y Decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560–1620* (1981), de I.A.A. Thompson, son buenos ejemplos. Sin embargo, la labor de estos hispanistas anglosajones no tuvo en España la continuidad que cabría esperar y ni siquiera el debate en torno a la Revolución militar fue suficiente para estimular el estudio de «lo militar» entre los académicos españoles. Con la llegada de la Democracia, la historiografía española dirigió buena parte de sus energías a la redefinición de las entidades autonómicas y locales frente al centralismo y la historia militar pseudo-imperial y unidireccional de corte franquista. Esto provocó que en las universidades las investigaciones de carácter internacional y de temática militar fueran relegadas ante el predominio de los estudios locales y regionales.

A partir de la década de 2000 esta situación cambió radicalmente. Desde entonces hemos asistido a una auténtica eclosión de los estudios militares en España que, a su vez, han incorporado los resultados alcanzados por los estudios económicos, sociales, políticos, culturales e institucionales. Este auge de la historia militar se ha manifestado en numerosos libros, en monográficos de revistas universitarias y en importantes congresos internacionales, ya albergados sin ningún complejo en las universidades y otras instituciones como el CSIC. En este reencuentro de la historia militar con el ámbito académico, el Ministerio de Defensa –editor de este quinto volumen de la *Historia Militar de España*– ha ocupado un lugar de primer orden. Su colección de textos clásicos sobre tratadística militar, la convocatoria anual del Premio Ejército, las ayudas a proyectos de investigación y su constante apoyo institucional a congresos y publicaciones han sido cruciales para acercar el ámbito profesional militar al mundo académico. En este acercamiento también han tenido un papel muy relevante la encomiable labor de algunos de sus profesionales, como el propio director de la *Historia Militar de España*, Hugo O'Donnell y, dentro del ámbito académico, el trabajo de profesores como Enrique García Hernán (CSIC) y Enrique Martínez Ruiz (Universidad Complutense de Madrid).

Las 541 páginas de este volumen (más 16 páginas de ilustraciones a todo color) reúnen un total de diecisiete ensayos de destacados especialistas del ámbito militar del Setecientos. El hecho de poder contar con un volumen monográfico sobre este periodo dentro de la *Historia Militar de España* resulta en sí mismo algo destacado, porque en el «redescubrimiento» de los estudios militares en España, la etapa de los Habsburgos (siglos XVI y XVII) se ha abordado con una mayor intensidad que la de los Borbones. La obra se enriquece con una serie de mapas de gran calidad e intercalados en las distintas contribuciones, con una útil cronología al

final del volumen (pp. 457-462) y con un completo índice analítico que proporciona un gran valor añadido al libro. El tomo se acompaña de un CD-Rom que recoge los *Nombramientos de oficiales del Ejército y de la Armada en la Monarquía Hispánica, 1500–1700*, fruto del esfuerzo archivístico llevado a cabo por el Dr. Phillip Williams en el Archivo General de Simancas, Valladolid, y el Archivo General Militar de Madrid.

El título de la interesante presentación de este volumen por su coordinadora, Carmen Iglesias, «España y Europa en el Siglo xviii» (pp. 15-30) refleja a la perfección la idea de uno de los momentos históricos en los que España estuvo más cerca de Europa. Esta autora enmarca las diecisiete contribuciones del libro en cuatro grandes bloques temáticos: un primer bloque dedicado a aspectos generales, que irían desde la organización de la administración hasta la financiación del ejército, pasando por la necesidad de unificar los símbolos militares y las expediciones científico-militares; un segundo bloque sobre las reformas y características del ejército en España e Indias; un tercer bloque dedicado a la Real Armada y, por último, un cuarto bloque que se ocupa de la historia militar desde la perspectiva social.

Sin embargo, esta división en cuatro bloques no se refleja en el índice del libro, lo que habría ayudado a orientar al lector y hubiera aportado una mayor homogeneidad a la obra. Dentro del primer bloque propuesto por Carmen Iglesias, este volumen de la *Historia Militar de España* se abre con la magnífica contribución de Feliciano Barrios sobre el régimen ministerial borbónico y la transferencia de conocimientos y práctica desde la administración del ejército hasta el ámbito civil. El servicio de los empleados públicos y otras instituciones de protección de los servidores del Estado –como los montepíos de la Corte– son buenos ejemplos de esta influencia del mundo castrense en el ámbito administrativo, consecuencia de lo que el autor denomina una "militarización de la administración de la monarquía" (p. 38). Esta idea coincide con la mayor parte de los expertos cuando constatan una militarización del conjunto de la sociedad española del Setecientos tras la guerra de Sucesión (1702–1714). El problema de la organización administrativa también puede seguirse en la contribución dedicada a la «Financiación de la guerra» (pp. 47-66), a cargo de Francisco José Corpas Rojo, mientras Hugo O'Donnell aborda la necesidad de unificar banderas y uniformes en su ensayo «Los símbolos militares. El nuevo pabellón de Marina» (pp. 67-86). Esta organización estatal está muy bien representada en el libro, aunque se echa en falta su aplicación territorial: nos referimos a la importancia de las capitanías generales (especialmente en territorios de tradición austracista como Cataluña, Valencia y Baleares) y a otros cargos político-militares de la administración territorial borbónica como intendentes, corregidores y gobernadores de plazas, cuya organización institucional y práctica diaria a nivel local y regional quizás hubiera merecido una contribución.

Dentro de este primer bloque, la contribución de Germán Segura sobre la organización y la táctica militar (pp. 115-145) se complementa perfectamente con el ensayo de Carlos J. Medina sobre «Industria militar y armamento» (pp. 181-208). En la contribución de Segura García se apuntan ya algunas de las principales características de los ejércitos europeos del XVIII, como el problema táctico (que no fue resuelto por el famoso orden oblicuo prusiano), el aumento de los contingentes y los problemas logísticos que ocasionaba su movilidad y abastecimiento por unas redes de transporte todavía muy deficitarias.

El segundo bloque, dedicado a las reformas y características del ejército en España e Indias, cuenta con dos contribuciones: «Los ingenieros. Fortificación en España y Ultramar», de Juan Carrillo de Albornoz, y la más específica sobre Indias, «El ejército de América», de Juan Albi. Este autor destaca las dificultades del servicio en América y la tradicional reluctancia de los militares peninsulares a un servicio tan lejano y con unas características más duras que el frente europeo. Cuando la Corte española fue sacudida por la toma inglesa de La Habana en 1762, las reformas borbónicas –argumenta Albi–, trataron de remediar esta situación. Teniendo en cuenta los limitados recursos humanos y económicos, uno de los mayores éxitos de estas reformas fue lograr implicar a la población local en la defensa del territorio gracias a las reformas de las milicias. Desde nuestro punto de vista, la extensión e importancia del territorio americano justificaría alguna contribución más en este bloque que pudiera complementar este interesante ensayo de Juan Albi, especialmente en lo relativo a la defensa de los territorios de frontera en el interior del continente y al papel de los militares al frente de los gobiernos en Indias.

El tercer y el cuarto bloque aparecen como los más homogéneos de la obra. El tercero dedica tres contribuciones a la Armada («La Real Armada» y «Táctica y acciones navales», ambas de Blanco Núñez, y «La construcción naval dieciochesca», de Hugo O'Donnell). A este bloque podría unirse la contribución de la profesora Dolores Higueras dedicada a las «Expediciones científico-militares» (pp. 87-114), donde puede seguirse el papel clave de la Real Armada en la ciencia ilustrada.

Por último, el cuarto bloque incluye tres contribuciones vistas desde la perspectiva de la historia social. Esta línea ha sido una de las más desarrolladas en el ámbito universitario durante los últimos años: temas como el impacto de la militarización del país sobre la población civil, el problema de la venalidad, del mérito y de la endogamia, o la producción y difusión de los libros y la cultura por parte de los militares ilustrados han dado lugar a magníficas monografías. Pensemos en *El sonido del dinero. Monarquía, ejército y venalidad en la España del siglo XVIII* (2004) de Andújar Castillo o *El arma de la palabra: los militares españoles y la cultura escrita en el siglo XVIII (1700-1808)* (2002), de García Hurtado. Estos dos autores

presentan en este volumen dos ensayos donde están recogidos muchos de estos aspectos socio-culturales en torno al ejército borbónico.

En «Ejército y marina. Una historia social» (pp. 299-416), Andújar Castillo plantea la aparente paradoja de encontrarnos ante un ejército que aparece como un crisol social, pero que es claramente desigual al estar articulado en torno a la nobleza tradicional, que ocupa mayoritariamente la oficialidad y los altos cargos. Este fuerte carácter estamental, reflejo de la sociedad del Antiguo Régimen, no es tan evidente en la Marina –argumenta Andújar Castillo–, por ser su oficialidad de reciente titulación nobiliaria o compuesta por segundones. No obstante, a pesar de este carácter aristocrático del ejército, este autor llama la atención sobre otra interesante paradoja: entre 1701 y 1808 los militares sólo obtuvieron apenas un 6% de los aproximadamente 820 nuevos marquesados y condados concedidos por el rey, lo que puede indicar una escasa compensación por los servicios realizados, al menos en cuanto a la obtención de títulos nobiliarios (algo que, recordemos, era una de las máximas aspiraciones de la sociedad de la época).

Por su parte, en su contribución «Los militares y las letras» (pp. 443-455), García Hurtado estudia la labor del militar ilustrado como autor, traductor y consumidor de libros. Aparte de los conocidos casos de Jorge Juan, José Cadalso y Manuel de Aguirre, esta labor no ha sido valorada lo suficiente y, según este autor, resulta todavía un campo que necesita de una mayor profundización. La contribución de José Luis Díez «La guerra y las artes en la Corte española» resulta también un magnífico complemento a los dos ensayos anteriores. Díez hace un seguimiento de los usos propagandísticos de las obras de arte –preferentemente pintura y, en menor medida, escultura– a lo largo del reinado de los monarcas borbónicos. De esta manera puede seguirse el deseo de perpetuar en la memoria colectiva los grandes triunfos a través de las obras de arte (y también de olvidar las derrotas). Además de la originalidad del trabajo, en esta contribución llama la atención la puntualísima información proporcionada por el autor sobre cada una de las obras de arte referenciadas.

Según señala la propia Carmen Iglesias en su presentación, en este bloque dedicado a la historia social podría también añadirse la contribución de Borreguero Beltrán, «*Al servicio de Su Majestad el rey de España:* soldados, reclutamiento y vida cotidiana», donde se traza un perfil del soldado borbónico, algo tradicionalmente poco estudiado. Por último, la presencia de oficiales de origen extrapeninsular también ha sido un aspecto desarrollado por la historiografía durante los últimos años y recogido extensamente en la contribución «Regimientos extranjeros: continuidad y ruptura de una élite privilegiada», de Enrique García Hernán (pp. 277-302). Además de las tres naciones privilegiadas ya presentes en los ejércitos de los Austrias y que continúan su servicio bajo los Borbones –flamen-

cos, italianos e irlandeses–, García Hernán se ocupa de otros dos grupos mucho menos estudiados, como suizos y franceses.

El Siglo xviii es también el «Siglo de las Academias» y las escuelas militares ocuparon un lugar esencial en la ciencia y la técnica ilustradas. Así puede seguirse en la excelente contribución de Carrillo de Albornoz sobre «Los ingenieros. Fortificación en España y Ultramar» (pp. 209-233), que analiza el importante papel del Cuerpo de Ingenieros Militares en esta expansión de las academias. Sin embargo, en el libro se echa en falta un ensayo específico sobre la labor de estas academias militares del xviii como lugares de producción y circulación del conocimiento. Estas academias –la de Guardias Marinas de Cádiz (fundada en 1717), la de Matemáticas de Barcelona (1720), el Seminario de Nobles de Madrid (1722), el Colegio de Artillería de Segovia (1764) o la Real Escuela Militar de Ávila (1774)– fueron también lugares de encuentro y socialización de los aspirantes a la oficialidad. El estudio de estas relaciones podría aportar interesantes claves sobre el *esprit de corps* transversal a los distintos cuerpos del ejército, algo que ya se ha demostrado para el interno de la plana mayor de cada regimiento. En este sentido, las privilegiadas Guardias Reales son un buen ejemplo, como puede seguirse en la contribución de Enrique Martínez Ruiz, «La Guardia Real. Antecedentes y desarrollo» (pp. 253-276). Finalmente, junto a la ciencia y la técnica –y al mundo específico de las academias–, otro de los temas que podrían haber sido más explorados en este tercer volumen es la participación directa de los militares en la política española del xviii, puesto que la mayor parte de los ministros y diplomáticos españoles de esta centuria provienen de las filas del ejército: pensemos sólo en Ricardo Wall (1694–1777) o Pedro Pablo Abarca de Bolea (1719–1798), conde de Aranda.

En todo caso, este quinto volumen de la *Historia Militar de España* dedicado al Siglo Ilustrado resulta una obra de referencia obligada para todos los interesados en la historia militar, y un utilísimo estado de la cuestión sobre el tema para los especialistas. De hecho, sobre este último aspecto hubiera sido de gran ayuda incluir una contribución de carácter historiográfico: qué se ha hecho hasta hoy, dónde nos encontramos y cuáles son las nuevas perspectivas de estudio sobre el ejército borbónico. Desde nuestro punto de vista, la obra consagra la estrecha y fructífera colaboración en España –desde hace algo más de una década–, entre el Ministerio de Defensa y el ámbito académico universitario. Esto es muy destacable, porque al apoyo institucional y al conocimiento profundo y directo por parte de los profesionales del ejército se une la libertad científica del ámbito académico, su masiva utilización de fuentes primarias archivísticas complementarias al mundo militar y la producción de tesis doctorales. Esta unión refuerza sin duda alguna la rigurosidad y la apertura científica de esta obra.

Sin embargo, a pesar de todo el esfuerzo realizado por la «revolución de la historia militar española» durante los últimos años, es necesario avanzar en algunos temas que todavía no han sido suficientemente investigados, tal y como ponen de relevancia los propios autores. Ha llegado el momento de integrar esta historia militar española del Setecientos en la historia militar europea y para ello son necesarios nuevos estudios comparativos que logren superar una única perspectiva desde el Estado-nación actual: en realidad estaríamos más bien hablando de las «tropas del rey» y de conflictos dinásticos que, en numerosas ocasiones, se anteponen a cualquier interés «nacional». Hacen falta además nuevas biografías de militares, más allá de figuras conocidas como José Cadalso (1741-1782); una mayor profundización en el estudio de la tratadística militar que supere al de la fortificación, tal y como señala García Hurtado; una historia de la Marina desde la perspectiva social, algo que según Andújar Castillo «está por hacer» (p. 408); y, finalmente, estudiar mejor la vida cotidiana del soldado borbónico, tal y como apunta Borreguero Beltrán. Esta necesidad de conocer más sobre el ejército y la sociedad borbónica del siglo xviii en España y América es sin duda el otro gran logro de este quinto volumen de la *Historia Militar de España*.

PUBLICACIONES DE DEFENSA

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE DEFENSA
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
SUBDIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES Y PATRIMONIO CULTURAL